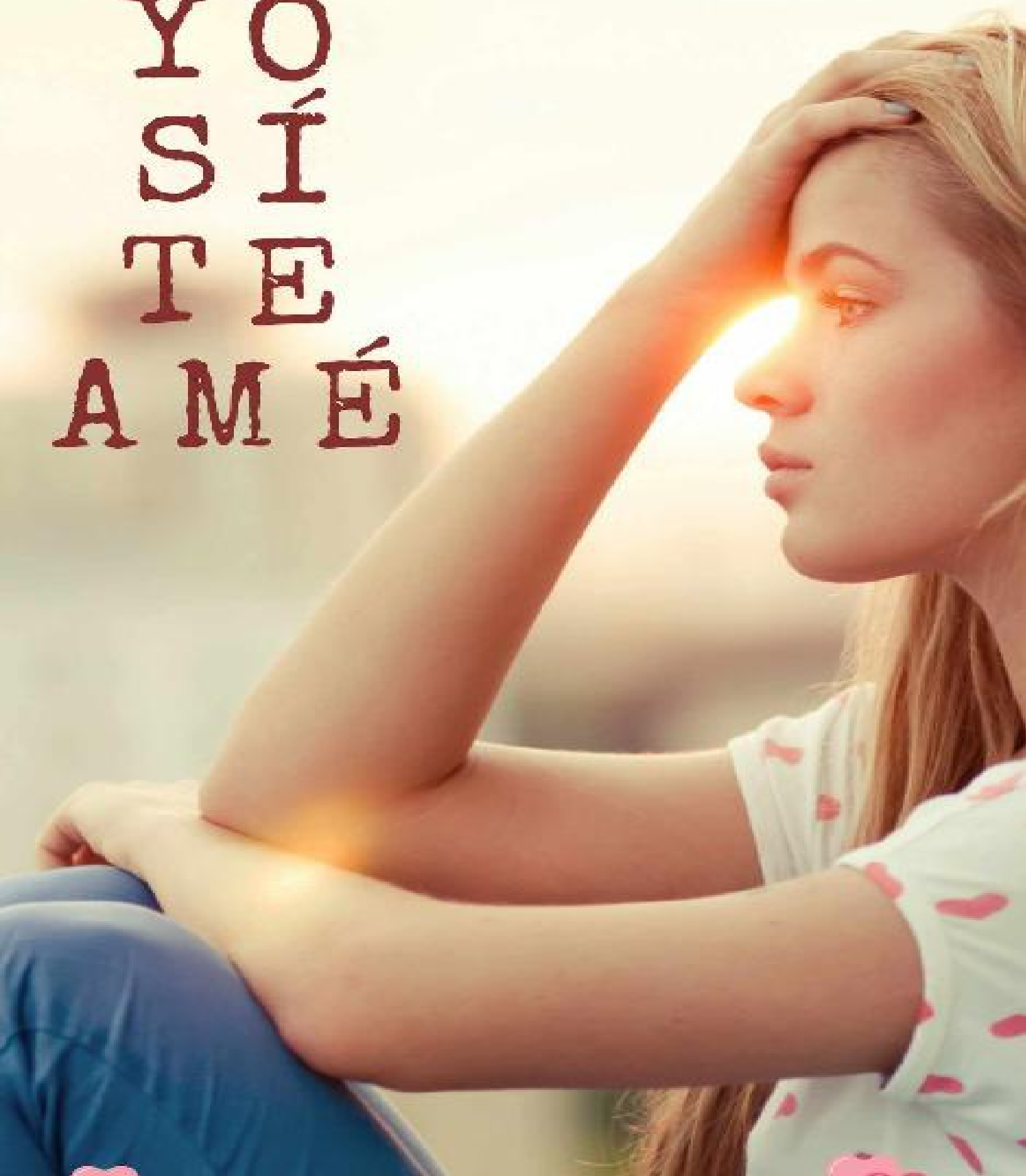


YO
SÍ
TE
AMÉ



KARLA TRIER



YO SÍ TE AMÉ

KARLA TRIER

Título: Yo sí te amé
© 2016 Karla Trier
©Todos los derechos reservados.
1ªEdición: Enero, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1

“My heart will go on” de mi querida amiga Celine comenzó a sonar en la escena donde Jack toma las manos de Rose y el momento más romántico y comprado del mundo del cine comienza a rodar. Jack se acerca al rostro de

Rose y...

— ¡Penny! —grité, a mi sobrina de un añito que desafortunadamente ya sabía caminar cuando desconectó el cable del televisor mirándome como si no supiera lo que había hecho. Y es que en realidad no sabía, pero no quitaba que lo hubiese arruinado. Me levanté, quitando la sábana de mi cuerpo y la tomé para que se alejara del toma corriente. Acercó su puñito a mi nariz y haló mi piercing como solía hacer cada vez que tenía oportunidad— ¿Qué estás haciendo aquí chiquita? No puedes estar cerca de esto. Es peligroso— me dirigí hacia la puerta buscando a Caroline, su madre— Carol, Penny entró a mi cuarto.

— ¡Oh cielos!—gritó corriendo hacia donde estábamos— llevo horas buscándola como loca, ven aquí—alzó los brazos para cargarla.

—Arruinó mi película—me quejé riendo.

—Déjame adivinar—se asomó para visualizar la carátula— Otra de tus películas de romance sobrevaloradas.

—Es Leonardo Di Caprio—me ofendí.

—Que también está sobrevalorado—rodó los ojos recogiendo los juguetes de Penny sobre el piso.

—No puedo creer que hayas dicho eso—dije ayudándola.

—Deberías salir más Hannah, divertirte, no lo sé.

—Yo me divierto —refunfuñé.

— ¿Cómo? —Rió —Estar todo el día en una computadora y/o viendo televisión no es diversión.

—A mí me divierte —rodó los ojos.

—Hablo de contacto físico, amigos, personas, ¿sabes lo que significa?

—No eres graciosa, Caroline.

—Bueno, como sea, ya Michael debe estar por llegar, será mejor que esté en casa antes— acarició mi cabello— Te veo luego, te amo. Piensa en lo que te dije, de verdad me preocupo por ti.

—No seas tan exagerada, también te amo—abrí la puerta para ella—y a ti también. pequeña bola perjudicial—toqué la barbilla de Penny y rió.

—Cuando sea grande y sepa lo que significa. te odiará por eso.

—No lo hará—sonreí despidiéndome con la mano.

Suspiré al escuchar la puerta cerrarse y me quedé parada sin saber qué hacer. ¿Contacto físico? Tenía bastante de eso. Okay, trabajar rodeada de personas con las que efectivamente no convivía y por eso no tenía amigos no sé si contaba, pero para mí estaba bien. Froté mi frente y escuché el teléfono sonar. Un mensaje.

“Necesito que vengas al centro comercial en diez minutos”

¡Allí está!, me dije a mí misma, las personas me adoraban. Querían pasar tiempo conmigo. Era divertida. Reí tristemente.

Oh vamos, me quedaría sola el resto de mi vida.

—Hola, mamá—la saludé en cuanto llegué, al encontrarla con la que supuse era la vendedora en el pasillo de vestidos.

—Mi querido caramelo—dijo, llamándome así desde que tenía uso de razón — qué bueno que hayas venido, pensé que tal vez estarías ocupada y no podrías— me reí mentalmente. Qué linda, creía que estoy ocupada.

Tenía puesto en la cabeza lo que creí que era un turbante azul. Y sus uñas postizas al igual que sus pestañas estaban extremadamente largas. Mamá siempre había sido extravagante, escandalosa y estrafalaria, como si quisiera tomar posesión de toda la atención que rondaba por el universo entero. Nunca me había quejado de eso, pero no fue precisamente cómodo cuando invité a mis compañeros de sexto grado a casa y comenzó a darles una charla de cómo llegaban los niños al mundo particularmente vestida de algo que no era apto para todo público. Y menos infantes.

—Sí, sí, tenía algunas cosas que hacer pero tenía tiempo que no te veía así

que, ¡aquí estoy! —Sonreí— ¿Qué era tan urgente que “necesitabas” verme?
—hice las comillas con las manos.

—Pues ahora que Caroline tiene a Penny pues— lo imaginé, segunda opción
— no quería molestarla con estas cosas. Estoy algo vieja y anticuada y quisiera una opinión fresca y animada sobre esto—señaló los vestidos de enfrente.

— ¿Y en serio me llamaste a mí?

—Vamos Hannah, es importante, será una noche especial para mí y quiero lucir preciosa para George.

— ¿Por qué estás tan nerviosa? Lo has visto un millón de veces.

—Es MI compromiso Hannah, me propondrá matrimonio—volteó a verme ofendida— ¿cómo quieres que no lo esté?

—Has tenido otros antes—resopló volviendo al espejo estirando la tela sobre su cuerpo.

—Este es diferente. No lo entenderías.

Negué con la cabeza concordando. No, no lo entendería. No planeaba casarme, así que mucho menos estaría pensando en algún tipo de compromiso. No lo estaba desde ya hace un tiempo. Mamá se había casado muchas veces, 6 bodas desde que tenía 11 años, no era precisamente

sorprendente cada vez que pasaba. Por eso no comprendía su nerviosismo sobre uno más. Siempre decía con cada uno de ellos que ese era el indicado. Y terminaba dejándolos o ellos dejándola a ella. Yo había tenido novios pero nunca había sentido que uno de ellos si era el indicado, o por lo menos esa necesidad de casarme que ella sentía. Claro, siempre llega uno que te hace sentir más especial de lo que todos pudieron haberte hecho sentir pero creo que cada quien tiene algo que puede hacerte sentir diferente. Aunque algunos hayan hecho que quisieras matarlos, o hayan querido matarte. O simplemente tuvieran esa etiqueta odiosamente imborrable de “No me superes nunca, sé que me amas aún”. Sacudí la cabeza y puse atención en frente para dejar de pensar en eso. Solo había que tener en claro que es una experiencia nueva cada vez, pero que bueno, ya mamá quería pasarse de experiencia.

—Pues, este es lindo—cogí uno morado que se encontraba delante de todos.

— ¡Es perfecto!—chilló— Ya me lo había probado pero no estaba segura. Gracias —sonrió.

—Un placer ser de tu ayuda mami—suspiré enrollándolo para llevarlo a la caja.

— ¿Sigues trabajando en Monic's Café? —preguntó mientras pasaba la tarjeta y acariciaba el tatuaje de mi hombro que me había hecho por ella.

Sabía que amaba las rosas así que para que me marcara por toda la vida ese hecho me tatué tres rosas rojas. Y a ella le encantó, que fue lo mejor.

—Sí, de lunes a viernes de mesera o cajera. Los fines de semana casi siempre encuentran que ponerme a hacer —fruncí los labios— como cantar o algo así — le conté. No sabía por qué me apenaba y acertaba las cosas, mamá siempre me había animado a que lo hiciera. Y me iba muy bien, porque a veces las propinas resultaban ser más de lo que me pagaban en la semana. Pero no era una persona que fuera buena en mostrar sus virtudes o talentos al público así que al principio fue difícil.

—Que bueno caramelo, sabes que hagas lo que hagas siempre estaré orgullosa de ti. Y más si es algo que te gusta— me acarició el cabello dándome un beso en la frente.

—Gracias mamá, es muy bonito que lo digas.

—Y estoy segura de que tus muchos padrastros también lo estarían—bromeó chocándome el hombro.

—No lo creería de Roger—reí.

Capítulo 2

Mackenzie, la chica que solía servir conmigo cuando me tocaba del lado de la caja se veía tan ocupada cuando entré que sentí que había llegado tarde. Pero no había ni una sola persona en el café así que pensé que solo era ella actuando exageradamente. Dejé mis cosas en la parte de atrás y me apresuré a ponerme el extraño uniforme que nos tocaba esta semana. Nos hacían usar uniformes diferentes toda la semana y era una de las cosas que hacía al café más “único y especial”. ¿Cómo se suponía que en un café llamara la atención usar algo de marinera? ¡Es un café! Sin quejarme más mentalmente abroché el cinturón que tenía y salí colocándome el estúpido gorro que también nos obligaban usar con cuidado.

— ¿Tuviste un buen fin de semana? —preguntó tratando de aminorar el silencio.

—Nada importante, mi hermana va a visitarme de vez en cuando con su hija

pequeña.

— ¿Cómo se llama?

— ¿La bebé?

— Sí, he visto a tu hermana

— Penny—frunció el ceño.

— ¿Wise?—rió descontroladamente asustándome. La miré por un segundo y luego de entender la referencia le mostré el pulgar arriba sonriendo— ¿vives sola? Que afortunada—dijo después de limpiar las bordes de sus ojos con sus dedos.

—Uno de los esposos de mamá pensó que era bueno que tuviera mi propio espacio— para él poder apoderarse de el nuestro— Pero no es nada especial, a veces extraño la comodidad de mi antigua casa.

—Sí pero, no tienes que lidiar con tus padres, eso te hace afortunada. Es bastante fastidioso, ¿sabes?

—En realidad no lo sé—sonó el timbre.

Una de las razones por las que amaba pasar tiempo con mamá era que a pesar de sus múltiples matrimonios nunca dejó de prestarnos atención ni echarnos a un lado a Caroline o a mí. Incluso al momento de mudarme sola dijo que no tenía que hacerlo si no quería, porque sabía lo mucho que me costaba estar

sin nadie. Pero era momento de separarme de sus alas, tenía que aprender a vivir como era. Claro, sabía que su favorita era Caroline, pero nunca lo demostró de manera que pudiera sentirme mal.

De adolescente recordaba tener muchos amigos, pero el pasar del tiempo hace que todo sea diferente. Y no fue fácil acostumbrarme a eso, pero lo he logrado. De ahí mi miedo a la completa soledad, el quedarme completamente sola.

La gente ya había comenzado a entrar y limpié la mesa rápidamente con el primer mantel que conseguí. Los otros trabajadores habían llegado. Y al parecer, Mónica, la dueña, una señora regordeta de cabello corto y anteojos excesivamente grandes también. Entrecerré los ojos para mirarla con mayor claridad porque en realidad era muy extraño verla aquí. Creo que me vendría bien que compartiera un poco de su aumento conmigo. Llevaba 3 años trabajando aquí y solo la había visto tres veces, una cada año cuando venía para premiarnos con algún bono o algo así, así que esto no era buena señal. Saludó a todos y le sonreí de lejos al ver que no se acercaba.

— ¿Crees que pase algo? —susurró Mackenzie mientras tomaba el azúcar de mi lado para el café de la pareja que se encontraba en frente.

—No lo sé, es raro que esté aquí, puede ser—dije en el mismo tono.

—Sólo espero que sea para un bono, no estoy para malas noticias ahora.

Asentí concordando porque la verdad yo tampoco. Ahora que mamá había dejado a Waldo, ya tenía que pagar el alquiler de mi apartamento yo sola. Y casi no me alcanzaba para pagar todo lo demás que estaba entre mis necesidades. Nunca me había gustado ser dependiente de nadie pero él había sido digamos, considerado, en pagarlo meses después que mamá lo dejó.

Vamos, no iba a seguir manteniendo a la hija de su ex esposa, era entendible. Pasé las manos por el delantal secándolas porque solía sudar cuando estaba nerviosa y luego de que hubo terminado el primer turno de la mañana, Mónica nos llamó a todos a la parte de atrás.

—Buenos días chicos— habló, su voz fuerte— sé que piensan que es extraño verme aquí pero como esperaban, no vengo a traer buenas noticias— y como era de esperarse nuevamente, el espacio se llenó de quejidos, incluidos los de Mackenzie con más impulso— Al menos no para todos—dirigió su mirada hacia mí y me encogí como si fuera algo directo— Debido a circunstancias personales, he tenido que verme en la obligación de mudar el local.

— ¿Mudar el local? —preguntó Tina casi que sin dejarle terminar, una de las que estaba hoy de mesonera.

—Mudar el local—repitió— este lugar lamentablemente ya no me está funcionando y necesito que lo haga.

—Pero ¿qué pasara con nosotros?

—Están invitados a irse. Y si no, seré justa según la ley.

El silencio se hizo inminente y procedí a quitarme el delantal y a tomar mi chaqueta para quitarme lo que quedaba del uniforme. Todos me miraron expectantes y al terminar de doblarlo se lo entregué a Mónica en sus manos.

— ¿Qué estás haciendo?

—No me iré a otro lado señora, no puedo. Solo espero a que su pago justo llegue para descansar en paz—me sonrió.

— ¿Cantas aquí verdad? —arrugué las cejas impresionada.

—Sí, ¿cómo sabe?

—Espera a que todo el mundo se vaya y hablaré contigo—susurró.

Asentí escuchando detrás el bullicio de preguntas y quejas que se había formado y me senté en la primera mesa que había cerca sosteniendo mis cosas. ¿Qué querría hablar conmigo? ¿Sería algo malo? ¿Y si por no haber trabajado por más tiempo que los demás no iba a pagarme? ¿Y si...? sacudí la cabeza, dejando de ser intensa conmigo misma con las preguntas. La paciencia no era mi fuerte.

Me levanté al escuchar un ruido esperando a que Mónica saliera pero solo me encontré con los ahora antiguos compañeros. Tina me hizo una seña de que me esperaban allí dentro y Mackenzie se despidió acariciándome el hombro.

Nunca había sido cercana a ella pero fue una de las pocas con las que llegué a tener algo de contacto. No significaba que la extrañaría pero tampoco que no me acordaría de ella.

—Hola de nuevo querida, sólo quería darte esto— me entregó lo que parecía ser una tarjeta— pero no quería que tus colegas lo vieran porque tal vez pensarán que tengo un tipo de convenio contigo.

— ¿Qué es esto? —pregunté extrañada tratando de leerla.

—Te he oído cantar, hay algo bonito en ti. Espero te sirva—me sonrió rápidamente— ahora desalójame el lugar.

— ¿Qué? —dije algo confundida.

—Shu shu—hizo señas con las manos.

Volví a la tierra y asentí despidiéndome de la misma manera que me sonrió. Vaya, que rápido. Sentí el sol arder contra mi piel en cuanto salí y lamenté no haberme traído el coche. No solía hacerlo porque una de las ventajas de mi trabajo era que quedaba muy cerca de donde vivía pero hoy no me habría caído nada mal. Había recibido buenas recompensas de los esposos de mamá. Todos decían amarme. Y Kendrick me regaló un coche cuando cumplí los dieciocho, cosa que nunca le dejaré de agradecer. Aunque ni siquiera sepa que si todavía esté presente en alguna parte de la tierra.

Me desplomé en el sillón tirando todo lo que tenía en las manos menos la tarjeta que me había dado Mónica. Tenía que pensar en qué haría con mi vida, no podía ser mantenida por nadie, porque ni siquiera en estos momentos iba a ser capaz de mantenerme sola. No podía quedarme sentada frustrada con mi existencia sin hacer nada al respecto. Algo había que hacer. Bien, hora de descubrir que con esto. Los destellos del fondo era atrapantes. ¿Qué rayos? Sólo un número de teléfono y una dirección. ¿Nada más? ¿Qué se suponía que tenía que hacer con esto? Mi memoria se encendió como un bombillo. Cantar, ella había dicho algo de cantar. ¿Sería qué...? Un ruido me interrumpió de una mis casuales conversaciones conmigo misma y voltee de inmediato para averiguar qué pasaba tomando uno de los floreros de plástico que estaban en la mesa.

— ¡Por Dios!—grité lo más duro que logré lanzando por impulso el florero. Me había quedado paralizada.

— ¿Estás loca? —respondió casi al mismo tono tapándose los oídos y esquivándolo.

Creía que había olvidado su voz, pero seguía siendo la misma.

— ¿Qué... qué estás haciendo aquí?

— ¿Cómo qué que estoy haciendo aquí?— refunfuñó— Tú me invitaste.

— ¿Yo te invité? —arrugué las cejas mi boca aún abierta.

—Vamos Hannah, esto es estúpido—rodó los ojos.

—En serio lo es. No sé qué estás haciendo aquí, ni siquiera sabía que aún existías.

—Que cruel—ladeó la boca— Pues para no hacerlo, aún tenías mi teléfono.

— ¿Se supone que te llamé? —mis cejas seguían tan arrugadas que creí que me daría un dolor de cabeza.

—Dijiste que querías verme, que necesitabas un amigo con quien hablar— puso una mano en su cadera como si estuviese diciendo lo obvio.

—Oh por dios, estoy realmente confundida—sacudí la cabeza recordando un gran detalle— ¿Cómo...Cómo entraste aquí?

—Dejaste tu llave afuera Hannah—alzó la voz, ya molesto.

— ¿Mí llave? —Busqué como loca mi cartera— ¿Mí llave? —Repetí— Mí llave está aquí.

—Pues no sé qué es esto entonces—la hizo sonar entre sus dedos. Abrí los ojos excesivamente cuando vi el objeto metálico rodar entre sus manos. Me acerqué y se lo quité. Yo no tenía una segunda llave, pero definitivamente esta era una copia que seguía en duda de de donde había salido.

Estaba diferente desde la última vez que lo vi, unos meses después de salir de secundaria. Había sido mi primer novio cuando estaba en el tercer año y no

era alguien que precisamente llamara porque necesitaba un amigo. A pesar de que nunca me esforcé por mostrarle real odio o rencor, él había sido un verdadero idiota conmigo. Uno de los de verdad. Nunca más fue mi amigo. Por mi mente nunca pasó volverlo a considerar de esa forma. Tuve que soportarlo los años después que volvió de quedarse con su papá, para tenerlo todos los días de nuevo y no era algo que quisiera revivir.

A veces cuando me preguntaban por mis novios, no sabía si contarlo, porque no sé cómo se les llama cuando eres la otra. No lo supe hasta que terminamos así que simplemente terminaba por contarlo como sí.

Se había dejado el cabello largo amarrado en una cola hacia atrás y se lo había teñido de amarillo. Andaba bien vestido, una corbata roja estrangulando su cuello. Nunca lo había visto vestido así, Ángel siempre había sido más deportivo. Y estúpido. Su ego era más alto que él mismo y nunca sabía nada de lo que había sido de su paradero a menos que fuera que terminaba en casas diferentes de gente que él no conocía pero yo sí debido a su grado de ebriedad.

—Ángel, siento mucho que hayas tenido que venir, pero de verdad yo no te llamé.

—Tal vez estabas borracha y no lo recuerdas, me ha pasado— sonrió. Negué con la cabeza.

—No, lo dudo mucho—caminó hacia donde yo estaba.

—Dios Hannah, sea quien sea que haya llamado, ¿no crees que es bonito encontrarnos de nuevo? —no pude evitar bufar.

—No— alzó las cejas— digo, no es que sea malo, tenía mucho tiempo sin verte pero no significa que sea bonito.

—Exacto, ha pasado mucho tiempo—acercó su mano a mi cara y de inmediato al esquivé— ¿No crees que sería bueno que...?

—Aprecio mucho tu “cariño” —porque sabía muy bien qué es lo que él creía que sería bueno— pero creo que ya deberías irte. Es una locura que estés en mi apartamento y yo ni siquiera tenía idea—lo tomé del brazo y me devolvió la jugada tomándome a mí.

—Hannah, han pasado años ¿escuchas? Aaños. Y mira, nos encontramos— volvió a tomar mi cara con sus manos— todo lo malo ha pasado ya.

—Cómo si te acordaras—me reí.

—Tienes razón, no lo hago— pasé la lengua entre los dientes— Pero, ese es el punto. Soy un adulto y tú eres una adulta también, los rencores quedaron atrás— rodé los ojos y quité de nuevo su contacto— casi ni puedo acordarme de cuando eras una chiquilla extraña.

—Me alegro por eso, y fue bonito verte de nuevo— mentí— pero ya tienes

que irte.

— Por Dios, aprende a superar niña, te vendría bien— suspiró. Abrí la boca sonriendo incrédula— Sigues igual de boba que antes— finalizó.

—Y tú igual de idiota que siempre— le hice señas de que saliera.

—Como sea, fue una pérdida de tiempo— asentí— Y Hannah, trata de no darle tu llave a desconocidos. Y tomar algo para la locura.

—Como sea—grité cuando me aseguré de que había salido y podía cerrar la puerta.

Llevé mis manos a mi cabeza del dolor que me había provocado el impacto y grité. ¿Qué carajos había pasado? ¿Quién le habría podido dar una llave de MI apartamento? Estaba dentro de MI apartamento, incluso antes de que yo lo hiciera. ¿Y si otra persona había entrado de la misma manera y nunca me había enterado? Iba a morirme si no sabía qué era lo que exactamente había pasado. ¿Una llamada diciéndole que quería reunirme con él porque necesitaba un amigo? Vamos ¿Qué se suponía que era eso?

Me tumbé en el mueble y sequé mis manos que como causa del nerviosismo habían comenzado a sudar y cerré los ojos tratando de encontrar paz.

—En serio mamá— le repetí por cuarta vez— estaba dentro de mi

apartamento. ¡Había entrado primero que yo!

No había podido evitar ir con mamá a contarle porque los nervios iban a comerme viva si seguía maquinando dentro de mi cabeza.

— ¿Cuál era?

— Ángel

— ¿Ángel? —Apagó el cigarro que tenía en el cenicero que estaba sobre la mesa— ¿El jovencito egocéntrico?

—El jovencito egocéntrico que fue el único que te llegó a gustar— rodé los ojos. Mamá amaba a Ángel antes de que fuéramos novios, porque éramos amigos desde que entré a ese colegio y siempre habíamos sido cercanos así que cuando “formalizamos” nuestra relación se emocionó mucho. Supongo que porque era el primero. Y porque era Ángel.

—Bah, fue antes de que no fuera capaz de sacar su cabeza de sí mismo— asentí concordando— Además no fue el único que me gustó, este muchacho el que...— la interrumpí.

—En fin, ¡ese no es el punto mamá!—alcé la voz chillando— el punto es que él tenía una llave, así que cualquiera pudo habérsela dado. Lo que quiere decir que otro también la tenía Lo que pudiera llevar a pensar ¿Y si también entró a mi apartamento sin que yo supiera? —hablaba tan rápido que me

parecía realmente sorprendente que pudiera entenderme.

— ¿Alguien más que tu si sepas tiene llave? ¿Algún amor fugaz que le hayas dejado una copia por si quería volver a visitarte?

—Caroline es la única que tiene—arrugué las cejas— pero es porque siempre va a pasar los fines de semana allá.

—Pues ¡no lo sé mi amor!—pegó sus manos contra sus piernas— entiendo que estés preocupada, pero hasta que no sepas no puedes hacer nada— cerré los ojos y me tiré junto a ella en el pequeño sillón — asegúrate de guardar bien la copia que tengas y ten cuidado cuando vayas al trabajo— chasqueé los dientes.

—Respecto a eso—levantó mi cabeza para verme.

— ¿Te botaron?

—A todos—me encogí de hombros— la dueña estaba descontenta con el desarrollo que estaba teniendo el café en el lugar que estaba así que decidió mudarlo de sitio y pues, simplemente los que no se muden con él, se irán.

— ¿Y tú que vas a hacer?

—Es obvio mamá, tengo que buscar otra cosa. No me iré junto a eso— recosté mi cabeza de nuevo.

—Estoy segura de que encontrarás algo caramelito, ya verás.

—Ojalá así sea— recordé— aunque, la dueña me dio algo antes de que me fuera.

— ¿Un bono? Es lo menos que podría hacer después de algo tan repentino.

—No no—alcancé mi cartera— me dio esto, aún no se que es. No tiene nombre ni nada.

Lo tomó y entrecerró los ojos para verlo bien. Mamá tenía los mismos problemas de vista que yo, con la única diferencia de que su miopía era entendible por su edad y la mía por estar todo el tiempo detrás de una pantalla no. Alzó las cejas y me sonrió.

—Yo he ido a este lugar, ¿ella te dio esto? — sus grandes pestañas revolotearon como una mariposa y se acercó a mi cara.

—Sí, me preguntó que si cantaba y luego me dio eso—me extrañé— ¿Por qué? ¿Es importante?

— ¡Es hora de mostrar tu talento caramelito! —respondió chillando.

Le había prometido a mamá que iría al lugar en cuanto pudiera dormir un poco y me calmara acerca de lo que había pasado pero aún seguía en incógnita de lo que era tan emocionante. Tenía curiosidad por eso.

Había sido un día pesado, necesitaba más que nada un baño.

Tomé mi toalla y suspiré al ver el desastre que había hecho Penny en el baño. “Nunca tendría hijos” dije entre mí mientras recogía las botellas de shampoo regadas.

Recordé cuando Caroline nos dio la noticia de que estaba embarazada porque fue algo difícil para ella ya que no era algo que hubiese esperado. Siempre hay fallas en todo. Y a ella le tocó una en su método de protección. Así que no era su culpa lo que había pasado. A pesar de ser tres años mayor que yo, no era algo que Caroline hubiese planeado.

Sólo le asustó al principio, se veía tan feliz con su barriga que por un momento sentí nostalgia y curiosidad de saber cómo se sentiría. Pero un hijo no es sólo sentir las pataditas que te da cuando está dentro, también te tocará soportar las que te da cuando está fuera. Y eso fue lo que me hizo despertar acerca de mis locuras sentimentales.

Salté en cuanto el agua fría de la ducha pegó contra mi cuerpo intentando entrar completa hasta que lo logré. Dios, se sentía tan relajante que podría intentar dormir parada si me lo propusiera. Tenía una ligera obsesión con lavar mis tatuajes más de dos veces, como si sintiera que se ensuciaban más que el resto de mi cuerpo. Todos los que tenía eran cosas que habían marcado mi vida. Cada uno con un significado. La vida es un viaje y las lecciones son su atractivo. Ese era uno y vaya que lo creía. A pesar de que había cosas que

quería olvidar, el tenerlas presente sólo hacía que fuera más fácil superarlas.

Porque entendí después de muchos baches que no se trata de olvidar. Habían sido parte de mí vida, así que ¿por qué no hacerlo parte físicamente de mí?

Lavé mi cabello que por culpa del estúpido gorrito olía mal y me apresuré a salir para dormir. Tenía tiempo que no sabía lo que era levantarme tarde un día de semana, no iba a desaprovecharlo por nada del mundo.

Otro día venía y sólo podía esperar que no fuera como este.

Capítulo 3

“Toc toc” escuché martillar en mi cabeza y arrugué las cejas mirando hacia el piso. Bah, debía ser algo que se había caído. Arrimé mi cara más cerca de la almohada y me tapé hasta la cabeza. “Toc toc” volvió a sonar esta vez más fuerte. Por Dios, ¿Qué podría ser? Coloqué la almohada por encima de mi cabeza tapando mis oídos y aún así sentí la vibración de la puerta cuando el sonido se hizo más fuerte. Miré el reloj que estaba al lado de la cama y daban las ocho de la mañana.

Maldición, ¿quién sería a estas horas?

Levanté mi cuerpo como pude y me coloqué las pantuflas tomando la bata de baño para amarrármela y no salir como solía dormir siempre, desnuda. Debía ser Caroline, lo que me parecía extraño porque no era fin de semana y muy bien ella podía entrar con su llave. Caminé tambaleándome aún con el sueño más que vivo y abrí la puerta casi que con los ojos cerrados. Un muchacho con bigote y camisa de cuadros estaba al frente y restregué mi ojo para ver quién era, pero no hizo falta en cuanto habló y lo reconocí.

— ¿Hannah?

Todo el sueño que tenía se había ido y grité todo lo que pude. Cerré la puerta deseando que fuera un sueño y volví a abrirla para asegurarme de que se había cumplido, pero no pasó. Julius Borges estaba aquí, en mi puerta. La tercera relación romántica de mi corta vida.

— ¿Hannah? —Alzó la voz— ¿estás bien?

— ¡¿Qué clase de complot es este?! ¿Están unidos? —sus cejas se arrugaron y me miró casi que a punto de correr del miedo por mi reacción. Pero yo estaba en las mismas, así que no había diferencia. Podíamos estar a mano.

— ¿Por qué estás así? ¿Qué te pasa? —sus gestos se habían hecho diferentes, como más delicados y lo noté extraño a como yo lo recordaba.

Julius Borges, había sido una de las relaciones más bonitas que había tenido. Pero como todo lo bonito, se acabó. Solo que esta vez por mi culpa. No tenía nada de qué quejarme de él, sólo que a veces podía ser algo intenso y lo fue cuando terminamos pero de resto era una gran persona. Él era el hombre perfecto. Pero no el hombre perfecto para mí. Y en realidad no pienso excusarme de nada, sé que es culpa mía. Perdimos contacto después de mucho tiempo y no le atribuiría ese peso a él, me hacía falta como amigo pero no quería lastimarlo dándole falsas ilusiones porque sabía que podía tomárselo de esa manera. Así que simplemente quería esperar a que estuviera

listo y pudiera hablar conmigo sin sentir que su vida iba a acabarse por mí, pero nunca pasó, nunca más volvimos a hablar. Hasta ahora, que había llegado a mi apartamento.

—Están volviéndome loca— coloqué una mano en mi frente y suspiré—
¿Cómo llegaste aquí? —rió silenciosamente.

— ¿Cómo llegué aquí? Tú me llamaste Hannah— alzó su brazo en dirección a mí.

Creí que se me había bajado la tensión porque las manos comenzaron a sudarme como una cascada. Esto de verdad iba a volverme loca. Tenía que recapitular la situación. Ángel se había metido a mi apartamento sin ningún tipo de esfuerzo indebido porque tenía una llave, diciéndome que yo lo había llamado pidiéndole que viniera porque necesitaba de un amigo. Cosa que yo nunca en mi vida haría. Ahora Julius, estaba al frente de mí diciéndome lo mismo.

Si, tal vez se me iba a bajar la tensión.

— ¿Yo te llamé? —Balbuceé— ¿Puedes decirme para qué?

—Dijiste que querías verme Hannah—se veía realmente confundido. Sin ganarme a mí por supuesto— que necesitabas de mi compañía porque te sentías sola. Ya sabes, revivir viejos momentos— acomodó sus lentes.

—Por Dios— me arrimé a la puerta antes de que desmayara.

—Sé que tal vez puedas estar pasando por una situación difícil y quieras ¿Cómo fue que dijiste? Revivir viejos momentos conmigo pero creo que eso...—lo interrumpí moviendo exageradamente mis manos.

—Julius no, yo no—suspiré— yo no te he llamado. No lo he hecho ni siquiera por equivocación—negué con la cabeza y su cara pasó a sorpresa.

—Pero me diste tu dirección, pediste que viniera. No hubiese venido si no me hubieras llamado, nunca más supe de tu paradero.

—Quien sea que lo haya hecho quiere desquiciarme, yo no lo hice. No quiero sonar cruel, pero no me hacías falta como para ni siquiera llamarte.

—Auch—sonrió— aún sigues pegando fuerte— negué con la cabeza de nuevo apenada.

—Lo siento, lo siento. Esto es tan extraño. Siento que hayas tenido que venir hasta aquí— deja vú. Necesitaba despejar mi mente.

— ¿Estás teniendo problemas últimamente? — hizo referencia mi cabeza.

— ¡No!—me quejé recordando a Ángel— estoy completamente bien. No tengo problemas de nada. Sólo que esto no tiene sentido.

—Lo sé, nunca creí que después de tanto tiempo te antojases de mí—rodé los ojos.

—Eso no pasó, ni pasará—bien, respuestas a esta locura. Eso era lo que quería. Y Julius podía servirme para eso— ¿Podrías decirme todo acerca de esa llamada? Necesito saber que realmente pasó.

— ¿Vestida así? —sonrió de nuevo.

Abrí los ojos exageradamente recordando que me encontraba en bata de baño y quise gritar de desesperación una vez más.

—Puedes pasar y esperar a que me cambie—apreté más la cinta alrededor de la bata— al menos tú no entraste sin que yo supiera—dije en voz baja.

—Ahm Hannah, no vengo solo—replicó en un tono incómodo.

—Ah, pues ¿Quién viene contigo?

Grandes pasos se escucharon en cuanto pregunté y me asomé al ver a un hombre de más estatura que Julius con actitud seria y grandes botas de seguridad.

—Mi pareja—dijo.

Julius y el hombre extra mega alto que aún me provocaba mucha inseguridad se encontraban sentados en la sala mientras yo les preparaba un café y esperaban que rápidamente me pusiera algo con lo que no se pudiera notar que acababa de levantarme y no tenía nada más cerca que ponerme. No estaba precisamente contenta con eso pero si pasaba Julius pasaba él y

necesitaba respuestas, así que, qué más daba.

Había dicho su pareja. No estaba loca, no imaginaba cosas. Otro enigma para la colección. La cafetera comenzó a hervir y apagué la cocina mirando disimuladamente hacia donde estaban. La mano de él hombre sobre la pierna de Julius y asentí. Sí, no estaba loca.

—Aquí tienen— coloqué las tasas en la mesa para que la tomaran.

— ¿Tú no vas a beber? —preguntó el hombre, su voz gruesa como esperé. Intimidante.

—No, gracias, no tomo a esta hora.

— ¿Qué quieres con Julius? —dijo, casi ni dejándome terminar de hablar. Alcé las cejas en sorpresa— Sé que ustedes tuvieron algo.

—Primero, no tuvimos “algo” cariño —hice las comillas con mis dedos— fui su novia— se acomodó relativamente para quedar cerca de mí en el sillón y quise mejor no haber dicho nada. Podía sentir su aliento casi como un toro furioso— Y segundo, no quiero absolutamente más nada que saber porque está aquí diciendo que yo lo llamé queriendo que viniera porque ya ésta es la segunda vez que pasa y no creo seguir cuerda si vuelve a pasar.

— ¿Cómo? ¿Ya te ha pasado antes? No entiendo—habló Julius acercándose a mí también.

—Ayer Ángel entró a mi departamento, con llaves, sin que yo hubiese entrado—se sorprendió— ¡tenía llaves de él!—chillé— y me dijo exactamente lo mismo que tú. Que yo lo había llamado pidiéndole que viniera ¿puedes creer eso? Qué horror—me desplomé.

— ¿Ángel el Ángel de...— pausó por unos segundos— Ángel?

—Excelente referencia—pulgar arriba— pero sí, supongo que sabes de cual hablo.

— ¿De cuál hablas? —saltó a su lado.

—Es su ex Damián, basta—refunfuñó Julius haciendo que Damián, (bien, ya sabía su nombre) se moviera hacia atrás y se desplomara en la sillón como yo.

—El punto es que hay alguien que está haciendo esto y es alguien que me conoce, que sabe donde vivo y quienes son ustedes— señalé contando con los dedos— y que quiere hacer que me vuelva loca.

—Yo tengo el número de donde llamaron, si no es el tuyo puedes averiguar de quién es al menos— dijo Damián encogiéndose de hombros, su voz de miedo presente.

— ¿Qué? ¿Lo tienes?

—Le di mi teléfono hace tiempo porque compré otro, pero la línea sigue

intacta. El que llamó creería que yo aún lo tenía—explicó Julius.

— ¡Claro! —Chasquéé los dedos— ¿lo tienes allí?

Rebuscó entre sus bolsillos y me pasó el móvil desbloqueado en la aplicación de llamadas recientes. Arrugué las cejas al ver el número porque me parecía conocido. Pero bueno, tal vez fuera una buena señal. Tomé un cuaderno que había dejado junto a la cocina y lo anoté devolviéndoselo al momento.

—No puedo creer que esto haya pasado— hizo un gesto con su mano para acomodar sus cejas y entendí porque había notado que ahora eran diferentes — nunca pensé verte de esta forma Hannah. Ni tampoco que conocieras a Damián de la misma—sonrió— En realidad no esperaba que lo conocieras.

—Yo tampoco —le devolví la sonrisa—ni tampoco lo primero. Esto de verdad es muy extraño.

—Tu pasado quiere hacerse presente.

—Ni que lo digas—reí.

Después de conversar un rato y quedar en vernos de nuevo cuando el tiempo nos los permitiera Julius y Damián se habían ido. Nunca hubiese pensado en volver a verlo y menos con una pareja como Damián. Ya saben, hombre. Pero de verdad me alegraba por él, se veía feliz. Llevaban 3 años de relación

y como toda persona buena que es, se lo merecía. Sin importar cual fuese su orientación ahora.

Saqué el chocolate caliente de la hornilla y al verterlo en mi taza negra preferida de corazones rojos porque sentía antojo de algo así me senté con el teléfono para atreverme a llamar a quien sea que se hubiese estado metiendo en mi vida sin permiso. Busqué el cuaderno donde lo había anotado y procedí a marcarlo. Seguía pareciéndome conocido.

Volvió a aparecer el dolor de cabeza en cuanto mi ceño se frunció más de lo debido. Por Dios, el número estaba registrado. Golpeé el mueble de una patada y tiré el teléfono sobre él. Esto no tenía sentido.

— ¿Dónde están tus llaves?

— ¿Mis llaves? —Rió nerviosa mientras sostenía a Penny en una mano y con la otra acariciaba su flequillo como siempre hacía cuando iba a mentir— en mi cartera, como siempre.

— ¿Cómo siempre?

—Sí—tragó saliva— siempre las guardo en mi cartera.

—Entonces no tendrás problema en buscármelas, ¿verdad? las necesito.

— ¿Para qué? ¿Perdiste tus llaves?

—Búscame las llaves Caroline—alcé la voz. Puso esa cara que tanto odiaba de perrito regañado y le hice un gesto con la mano de que se apresurara.

Sus ojos se cerraron y dejó a Penny en su silla de comer.

—Oh, perdóname Hannah—empezó y puse las manos en mis caderas ante su cinismo— ¿acaso estás molesta?

— ¿Estoy molesta? —Chasquéé los dientes— ¡¿Estoy molesta?! Por Dios Caroline ¿Cuán cínica puedes ser? ¿Si quiera sabes la gravedad de lo que hiciste? —Su silencio fue inminente y termine por explotar— ¡Le diste mis llaves a un desconocido maldición!

Podía recordar la sensación del aliento de Damián sobre mi cara, como un toro molesto. Pero en este momento yo era más que un toro molesto. Estaba realmente furiosa.

— ¡No le di las llaves! Sólo le mencioné que estaban afuera, no esperaba a que fuera a entrar.

—De todas las excusas que has dado esta ha sido la más estúpida— caminé en por el pasillo— ¿Por qué tenías que llamarlo a él? ¡Y también llamaste a Julius! Fueron a mi casa, ¡saben mi dirección ahora! ¿Qué se suponía que querías hacer?

— ¡Sólo quería que tuvieras alguien con quien hablar! Contacto con la gente,

¿recuerdas?

— ¿Y no se te ocurrió otras personas que mis ex novios? Por Dios—abrí mi boca incrédula— ¿En qué cabeza cabe eso? ¡Te hiciste pasar por mí para mentir!

— ¡Nunca te conocí más amigos Hannah! Siempre estabas sola y los amigos que supuestamente tenías ni siquiera eran tus amigos de verdad.

—Gracias por recordarme mi miserable vida, no se me ocurre una manera de agradecerte—suspiró en queja.

—Hannah, no era mi intención que te molestaras, sólo quería que te relacionaras más, no puedes pasarte la vida del trabajo a la casa y viceversa. Necesitas salir.

— ¡Tú no sabes lo que necesito Carol! no estuvo bien de ninguna manera lo que hiciste. ¡Se metieron en MI apartamento sin mi autorización! Una persona que no veía desde secundaria y que ni siquiera quería volver a ver— mi voz se había vuelto aguda debido a lo mucho que estaba gritando. Penny había empezado a llorar por el escándalo y Caroline había corrido a agarrarla — ¡Dentro-de-mi-apartamento! ¿Entiendes eso? Y por si fuera poco, estabas mintiendo solo para complacerte un capricho loco de verme “relacionándome” con gente.

—Por Dios Hannah, no es para tanto, ¡no pasó nada! Al menos supiste lo que

era hablarle a alguien en años.

Había explotado y si Caroline seguía hablando iba a hacer que explotara ella también.

—No quiero que vayas más a mi apartamento, busca donde pasar los fines de semana— agité las llaves que le pertenecían entre sus dedos, acercándome a Penny para darle un beso— gracias por el detalle.

Apreté las manos en el volante del coche con la necesidad de golpear algo pero traté de calmarme lo más que pude. Necesitaba ir otro sitio, ir a casa no haría que me relajara en nada. Sabía que Caroline no era una mala hermana, pero hacía cosas que no tenían sentido para nada. ¿Llamar a mis ex para que me relacionara con la gente? Uno ya estaba relacionándose explícitamente con otra persona y el otro quería relacionarse de la misma forma al verme. Era una completa locura.

Tal vez lo de que no quería que fuera más a mi apartamento había sido algo exagerado. Pero Caroline no debió haber hecho eso. Por mucho que quisiera ayudarme. Me había vuelto loca preocupándome por quien habría podido ser y el hecho de que entraran a mi apartamento que no me di cuenta de que tenía la respuesta en mis narices.

Si me pidieran dar una definición de estos días, no encontraría otro adjetivo

que una verdadera locura, no podía dejar de pensarlo si quiera. Solo no esperaba tener que encontrarme con otro de ellos. No odiaba a ninguno, fueron parte de mi vida y yo misma había dicho que todo se trataba de una experiencia y había que vivirla pero el hecho de que no era una persona de rencores no querría decir que me sentaría con ellos a tomar un té todos los días por la tarde. Cada quien tenía sus vidas. Yo también tenía la mía. Y aunque Julius dijo que el pasado quería hacerse presente no era algo que yo buscara que pasara.

Era increíble como todo cambiaba. Sentía cierta nostalgia por eso. Tenía 25 años y casi que podía verme 12 años atrás con mi camisa azul, sentada con Ángel, admirándolo como si fuera la mejor cosa que me había pasado. El primer “amor” se supone que siempre debería ser algo lindo y que cuando lo recuerdes sonrías. Pero era una niña, la vida no se había encargado de arrastrarme con rudeza hacia los caminos de la desesperanza y la desilusión. Aún no me había hecho partícipe de las lecciones que me daría la vida sobre que las personas no son lo que piensas, y que nunca terminas de conocerlas. Lo admito, me costó superarlo por tiempo. No estaba preparada para que me lastimara de la manera en que lo hizo. Pero era bueno y reconfortante el verlo de nuevo y no sentir absolutamente nada. Tal y como me sentí ese último día que lo vi en la secundaria.

Tal vez había sido extraño recordarlo con tanta viveza.

Julius nunca causó ese efecto en mí de sentir que no quería volver a verlo, porque sabía que él no era una mala persona y que todos podemos llegar a cometer estupideces cuando sentimos que por un amor se nos acabará la vida. Ya estaba consciente de eso y había tenido que madurar por obligación. Sé que llego a odiarme, pero también sé que me amaba mucho como para mantener ese sentimiento por toda su vida. Y aunque no pude asegurarme de eso, era lo que esperaba.

Era bonito recordar los viejos tiempos con cierta nostalgia ¿Pero reencontrarme con ellos para futuro relacionamiento después de tantos años?

¡Maldición, que estupidez! Golpeé el tablero del carro de un manotazo y mi cartera cayó en el piso. Perfecto, lo que faltaba. Sin quitar la vista del frente intenté recoger todo lo que se había caído y por casualidad tomé la tarjeta de Mónica. Mordí mi boca dudosa entre sí ir o no y después de ver bien la dirección, me animé.

A parte de pensar en las cosas que me habían pasado no tenía nada más que hacer. Y lo primero no era una opción favorable.

Estacioné el coche donde pude y me sorprendí al ver tantos que casi ni quedaba espacio para el mío. Miré de nuevo la dirección y me aseguré de que fuera la correcta. Ajusté mi chaqueta a la orilla de mis dedos cuando sentí el

frío inminente que hacía debido a la hora que era y caminé hacia la entrada.

Era un establecimiento grande y en la fachada tenía los mismos destellos que se veían en su tarjeta. Definitivamente era aquí. Pegué mi cabeza contra algo que se encontraba cerca de la puerta y me quejé frotándomela. Miré hacia arriba para ver que era y un guardia gigante se me colocó en frente.

— ¿Puedo ayudarte en algo preciosa? —dijo sin expresión alguna. Me asusté pero me mantuve firme.

—Me recomendaron aquí— se agachó insinuando que no había escuchado. Me sentí más pequeña de lo que mis 1.54 cm de estatura pudieran describir— aquí, me recomendaron aquí. Me dijeron que viniera.

— ¿Traes la tarjeta? —bien, algo de lo que conocía.

—Claro—asentí sacándola de uno de los bolsillos de la chaqueta y pasándosela. Salté cuando escuché el sonido de la rasgadura cuando la rompió sin compasión y me la devolvió. No quería botarla así que la guarde toda rota en uno de los bolsillos del jean.

Creí que me dejaría afuera y se iría cuando se dio la vuelta pero solo me estaba haciendo espacio para que pasara. Le sonreí algo intimidada y me devolvió una sonrisa algo extraña para su cara ruda. Asentí y entré quedando impactada al instante. El vello de mis brazos se erizó ante la vista de todo el bullicio y el entusiasmo.

Las luces moradas pegaron contra mi cara divisándose su reflejo por todas partes. La música se escuchaba a tan alto volumen, que sentí que mi cuerpo vibraba junto a ella. El suelo se hacía eco de los latidos de los altavoces, y me quedé sin palabras al ver tanta actividad en un solo espacio. La gente bailaba, jugaba, saltaba, comía y bebía.

Miré a todos lados y me acerqué a lo que parecía ser una tarima donde había una gran cantidad de gente. Una chica golpeó mi cadera con la suya sin darse cuenta y uno que estaba delante de mí llevó su codo hacia mi frente. “Auch” me quejé en voz alta, sabiendo que nadie me escucharía. Me alcé de puntillas para ver si lograba ver lo que todos disfrutaban pero era casi imposible con tantas personas moviéndose hacia mí. Dejé que el movimiento me llevara y choqué contra la pared de la esquina.

— ¿Disculpa? ¿Sabes donde...? ¿Disculpa? —repetí a todos los que estaban cerca, pero nadie podía escucharme.

Empujé con mi propio cuerpo a los chicos que se encontraban delante de mí para intentar llegar al frente pero resbalé y caí en lo que parecía una cabina súper pequeña. Me levanté rápido asustada y mi corazón se aceleró en lo que sentí que una mano me halaba.

— ¿Sigues tú cierto? —me habló una muchacha un poco más chiquita que yo. Tenía el cabello hecho en una coleta alta teñido de morado. Usaba un

piercing como el mío en la nariz y su actitud era indiferente —Como sea, vamos —me haló más fuerte hacia unas escaleras del lado de la tarima donde había chocado.

— ¿Qué? ¿Si sigo? ¿Seguir de qué?

—No puedo escucharte nena, sube, la gente espera

— ¿La gente espera? ¿De qué hablas? —grité confundida cuando me arrastraba hacia arriba.

Me colocó un aparato extraño en el bolsillo trasero del pantalón y empujó mi espalda delicadamente para bajar de la tarima.

Bajó, de la tarima.

Por dios, había bajado de la tarima y me había dejado sola, sin saber qué hacer. Me paralicé al escuchar el bullicio de la gente pidiendo una canción y abrí los ojos exasperadamente dándome cuenta de que me habían montado para cantar. La misma muchacha que me había subido gritó hacia mí “¿Estás lista Diana?” pero estaba tan asustada que sus palabras se juntaron.

Un momento, había dicho Diana, yo no era Diana. Ella ni siquiera se había asegurado de quién era. Aún podía escapar. La música comenzó a sonar cuando me preparaba para bajar corriendo y una de las luces moradas pegó directo a mí. La gente comenzó a gritar para que empezara y tragué saliva

fuerte. No había sido una buena idea venir. Miré hacia abajo y todos elevaban sus manos al ritmo de la canción. Traté de concentrarme para al menos saber cual era y reconocí Stay the Night de Zedd. Bien, me la sabía. Pero no estaba preparada para esto.

Sentí un siseo a mi espalda y un hombre que supuse que era el Dj me hizo señas de que me apurara. Negué con la cabeza y arrugó las cejas moviendo sus manos sin importarle.

El público me hacía querer vomitar de los nervios pero solo mis manos habían comenzado a sudar. Gracias al cielo. Todos estaban empezando a extrañarse y me miraban de la misma forma. Si no hacía algo pronto, algo pasaría.

Tomé el micrófono que estaba en frente y volví a tragar lo más fuerte que pude esperando a que llegara el momento donde tenía que cantar.

Cerré los ojos para no tener que verlos y las palabras empezaron a salir de mi boca en cuanto el poco de valor que tenía brotó también. Mi mente rebuscaba la letra y seguí cantando tratando de no equivocarme por nada del mundo. ¿Por qué me pasaban estas cosas a mí? ¿Qué tipo de pecado imperdonable había cometido?

No sé cuantos minutos pasaron pero los gritos se habían hecho más fuertes y otro de valor brotó y pestañeeé para ver al frente. Mi boca se abrió cuando vi a

todos saltando con euforia y no pude evitar sonreír. No dejé de cantar por un segundo y la música al igual que los gritos me atraparon. Las luces no dejaban de dar vueltas por todo el lugar y una emoción en mi pecho se hizo presente. Podía sentir los aplausos en todo mi cuerpo cuando la música había terminado y sonreí al ver el escándalo. Me sacaron de mi sueño real cuando halaron mi brazo y me di cuenta que era la muchacha de cabello morado haciendo que bajara.

—Lo hiciste muy bien preciosa, no sé por qué tan nerviosa.

— ¿Sí sabes que no soy ninguna Diana verdad? —sus ojos se agrandaron.

— ¿Qué?

Un señor regordete que me recordó de manera alarmante a la señora Mónica por las facciones de su cara estaba sentado en su escritorio pidiéndome mi nombre. Me habían llevado a una pequeña oficina que quedaba detrás de la manada de gente que se formaba y podía decirse que era un espacio tranquilo. El único hasta lo que había visto.

—Hannah—respondí.

— ¿Diana no?

—No, Hannah Mason.

— ¿Por qué subiste si no estabas en el programa para hacerlo?

—Yo no subí—refuté—me subieron.

—Fue mi culpa señor—saltó la muchacha que me había acompañado hasta allá— la chica cumplía con las características de la otra y al verla tan cerca de la tarima pensé que era ella.

— ¿Cómo lograste estar tan cerca?

—No lo sé, resbalé en algo y de pronto ya estaba allí. Yo solo venía a preguntar algo, no me esperaba que esto fuera así.

—Te vi cantar—dijo el señor, sin prestarme atención a lo que acababa de decir dándole un toquecito al monitor que tenía en frente. Entrecerré los ojos para ver el nombre que estaba en su escritorio y logré visualizar “Carlos A.”
Y nada más.

—Todos me vieron señor Carlos.

— ¿Dónde trabajas?

—No estoy trabajando ahora.

— ¿Y en que solías trabajar? —preguntó, inquieto.

— Monic’s Café, no sé si ha tenido la oportunidad de ir —me encogí de hombros — Aunque no lo creo —sonrió y después soltó una risita que me provocó cierto escalofrío.

— Mónica es mi hermana.

Claro, de ahí el alarmante parecido.

Chasquéé los dedos mentalmente, claro, por eso la tarjeta. Pasó una mano por su traje y acomodó la corbata morada que tenía puesta.

Creo que tenían un pequeño problema con ese color.

—En fin —continuó —no necesitamos a más nadie nuevo pero hiciste bien.

—Gracias señor —respondí y negó con la cabeza.

—No me refería a ti —señaló con la boca a la muchacha y mis orejas se pusieron rojas de la vergüenza — sea quien sea Diana, tú eres mejor que ella.

Capítulo 4

Cuando era pequeña, me gustaba formar recuerdos. Me gustaba guardar cosas, pequeñas, grandes. Cosas que la gente no consideraba importantes, que podían verse sin valor. Solía robarle a mi madre los contenedores de tinte para el cabello que quedaban vacíos, junto con pequeños pinceles. Tomaba de la cocina los moldes para galletas y las bolsitas de dulces que más me gustaban.

Debido a que mamá era una compradora compulsiva, nunca se daba cuenta cuando las cosas faltaban.

Guardaba carritos, y los repuestos de las lámparas.

Dibujos, cartas que yo misma le escribía a mis escritores, mis cantantes favoritos. Incluso una vez pensé en enviarle una a John Lennon, pero después recordé que estaba muerto, así que me la quedé.

Tenía guardadas tantas cartas, de mis antiguos amigos. Y de mis ex novios. Claro, Ángel no entraba en ese paquete porque nunca se preocupó ni por darme una nota con un te amo. Si es que en realidad me amaba.

Incluso tenía los empaques de las primeras golosinas que me llegaban a dar. Tenía cada uno de los regalos que recibía, porque siempre he sido muy sentimental con ese tipo de cosas. Tenía cartas que yo misma les había escrito pero que nunca había entregado.

Recuerdo que mantuve guardado muy en el fondo de mi armario un collar de perlas que me había comprado papá cuando tenía 7 años. Nunca me lo puse, pero me encantaba la forma en que se acomodaban unas al lado de otras. Su brillante color blanco, y su perfecta redondez. Tal vez por eso no me lo he puesto, porque era muy perfecto para mí. Y porque era el único recuerdo que tenía de papá, un recuerdo físico por así decirlo. Nos abandonó cuando cumplí los ocho y de allí mamá empezó a salir con otras personas. Lo entendí un poco después, papá ya no quería estar con nosotras. Y eso a mamá le dolía, así que simplemente quería buscar compañía. No lo veía con que no le bastaba con nosotras, solo que era algo muy diferente. A Caroline si le pegó más que a mí y generalmente se molestaba cuando mamá llevaba otro hombre a casa.

Ella también me regaló muchos lazos para el cabello, pero como era de

esperarse tampoco me los puse. Mi cabello era muy corto en ese entonces, y cada vez que intentaba hacerme una, la liga acababa en el piso. De pequeña usaba el cabello corto al igual que Caroline, porque quería parecerme a ella, pero a medida que fui creciendo tomé mi propio estilo.

Mi cabello ahora llegaba hasta mi trasero, marrón como el chocolate. Al igual que mis ojos.

Tenía escondido varias hojas, de varios cuadernos, aún sin escribirles nada. Solía guardarlas porque me gustaba su diseño. Y si llegaba a escribir, eran generalmente frases que me llamaban la atención. Mi letra se deslizaba con sumo cuidado para no arruinar la forma de ellas con mi torpe escritura.

Ese era el tipo de recuerdos que me gustaban. Los únicos que tenía. Eran recuerdos, de más recuerdos. Recuerdos dentro de ellos mismos. Los había traído todos conmigo cuando me mudé, no quería que se quedara nada que pudiesen botar.

Sonreí tristemente cuando al alborotar los papeles apareció una carta de mi último ex novio y negué con la cabeza. No tenía en claro aún si habíamos terminado o no porque él simplemente se fue sin dejar rastro. Era un gran mago, el mejor de todos. Su mejor truco había sido desaparecer sin razón alguna. Lo hizo muy bien. Nunca supe más de él. Así que se acabó. Y aunque nunca quedamos mal, ni él queriendo matarme, ni yo queriendo matarlo,

porque ni de eso me dio tiempo de deducir no volví a saber de él ni él de mí. Lo odiaba por haberme abandonado sin decirme nada y por ese toque que tenía de parecer inolvidable, de hacer que todo lo fuera. Pero daba igual, porque eso nunca se lo dije. Y nunca se lo diría. El día que supe y me di cuenta que nunca volvería lloré como no había llorado en años. Si ya no me amaba, podía habérmelo dicho sin necesidad de hacer eso, teníamos la suficiente confianza para eso. No me imaginaba el verlo de nuevo, no era algo que estuviera en mis planes tampoco. Incluso me parecía triste que algo pudiera haber sido más y no lo fue.

Repasé lo que decía y sonreí tristemente de nuevo porque Matt nunca había sido bueno escribiendo y en ocasiones me era difícil de entenderlo. Pero me encantaba cada vez que conseguía una guardada en alguno de mis cuadernos esperando a ser encontrada. Matt había sido ese en mi vida de “No me superes nunca” pero eso no podía ser así porque ya yo era un adulta y no podía quedarme en lo que alguna vez pudo ser y no fue. Sacudí mis pensamientos alejándolos de toda esa mierda sentimental y cerré esa gaveta.

Tomé la hoja que me había dado el señor Carlos el día anterior y la metí en la cartera que había dejado sobre la mesa. Había dicho que tenía que conservarla al menos la primera semana que fuera.

No había esperado conseguir trabajo tan rápido y la cantidad que ofrecían era

realmente tentadora pero aún estaba indecisa. ¿Y si no resultaba ser lo suficientemente buena y me botaban? Ugh, me di una pequeña cachetada y resoplé. Tenía que dejar de tener tantos pensamientos negativos.

Las presentaciones la mayoría y casi siempre eran nocturnas así que también tenía que pensar en eso. Por lo que sabía era una especie de club, solo que algo diferente. Muy original. O no sé si como nunca había ido uno me parecía fenomenal. Ya entendía porque a mamá le gustaba y me había dicho que era hora de mostrar mi talento. Pero si soy sincera, no pensé que fuera a ser de esa forma.

Vi la cara de todos cuando canté, esa cara que te hace querer seguir dándolo todo, de euforia y emoción total. Debía dejar de ser tan insegura. “Sea quien haya sido tú eres mejor que ella” se apareció en mi mente.

La puerta sonó y de inmediato salté del susto. Dios, solo podía rogar que no ocurriera nada como lo que estaba pasando. Ya había tenido mucho como para otro más.

Caminé lentamente hacia ella y me pegué para ver si escuchaba alguna conversación que pudiera decirme quien era pero me alejé cuando volvieron a tocar la puerta y me decidí por abrirla de una vez.

Pequeñas manitas me dieron un hola y no pude evitar sonreír cuando los dientecitos de Penny se abrieron en una sonrisa también.

—Hannah—dijo Caroline, su expresión seria. Se veía tan extraña de esa forma que me preguntaba a que vendría. Había sido algo dura con ella cuando la había visto que al verla me doblegué. Pero necesitaba ser fuerte. Me crucé de brazos mirándola y suspiró— sé que me dijiste que no viniera más a tu apartamento pero mamá me obligó venir a disculparme—alcé una ceja— y yo también quería, no solo fue por eso. Sé que lo hice no estuvo bien, y sólo espero que me disculpes. Prometeré no volver a meterme en tu vida de esa forma.

Fruncí los labios y me miró expectante.

—Entenderé si no lo haces—casi que pude sentir las comillas en el entenderé y rodé los ojos mentalmente. Caroline y su estúpido orgullo. Ojalá hubiese sacado algo de eso. El cabello de la parte de arriba de su cabeza que nunca se acostaba capturó mi atención y al Penny reír de la nada terminé de doblegarme por completo.

—Pasa Carol—dije al final sonriendo.

—Sabes que te amo—se abalanzó para darme un húmedo beso en la mejilla.

—Yo también lo hago—le di uno en la frente alzándome de puntillas porque Caroline era mucho más alta que yo.

No sabía a quién había salido tan pequeña, por lo que podía recordar papá no lo era. Y mamá tenía tamaño promedio.

Penny se había quedado en el piso jugando con la alfombra y me quedé vigilándola hasta que pudiera ver que no se la llevara a la boca. No había perdido esa mala costumbre.

—Mamá me dijo que te habían botado, no me habías contado nada—
mencionó sentándose cerca de la cocina mientras yo le preparaba un café.

—No habría podido decirte, no te había visto. Y cuando te vi, bueno, tú sabes.

—Sí—ladeó la boca—pero bueno, ¿ahora qué piensas hacer? Puedo decirle a Darwin que te ayude a conseguir trabajo si quieres.

—Ya me ofrecieron uno

—Wow—agrandó sus ojos, que ya de por sí eran lo suficientemente grandes como para que hiciera eso— qué rápido, ¿de verdad?

—Mi jefa me dio una tarjeta cuando nos despidió.

— ¿Una tarjeta? ¿Cómo? ¿Un bono o algo así?

—No—reí al recordar a mamá y me separé corriendo de la cocina para buscarla en el pantalón en el que la había guardado y la junté de manera que se pudiera ver completa— no sabía que era hasta que fui. Solo dijo que tenía que ir.

—Para ver—alargó su brazo para tomarla y se la tiré para apagar la llama del

café. Escuché un gritito de su parte y miré rápidamente para ver si a Penny le pasaba algo, pero solo la encontré dando vueltas como una bola sobre la alfombra.

— ¿Qué te pasa? —arrugué las cejas.

— ¿Te ofreció trabajar aquí? —su boca estaba abierta y tomé un pañuelo y una taza frunciendo los labios.

— ¿Yo era la única que no sabía qué era eso?

—Tú no sales Hannah—mover la cabeza como si fuera obvio.

— ¿Habías ido? —ignoré su acusación razonable.

—Este lugar es encantador. Es uno de los pocos que son buenos aquí. Sus presentaciones siempre son increíbles—suspiró. Lo que se conocía comúnmente como suspiro de enamorada y pausó, como recordando algo, interrumpiéndose ella misma— Espera ¿vas a cantar aquí?

—No lo sé, tal vez, aunque aún estoy algo indecis...—su grito hizo que me quemara y maldecí en voz alta haciendo a Penny llorar.

— ¿Estás loca? Tienes que hacerlo. ¡Amas cantar!

—Amo cantar en la ducha, en el coche, aquí cuando estoy sola.

—Cantabas cuando trabajabas en el café

—Iban mínimo veinte personas y casi todas eran parejas que no le prestaban atención más que a sí mismas. ¿Has visto la cantidad de gente que va allá? Me paralicé al ver a todas las personas que esperaban a que yo hiciera algo. Me sentía tan pequeña en esa enorme tarima.

— ¿CANTASTE ALLÍ YA? —tapé uno de mis oídos cuando su chillido me lastimó.

—No era mi plan, sólo quería ir a preguntar. Pero me metí donde no debía y me confundieron con otra persona. Ya al menos saben que soy yo, pero eso ni siquiera era mi plan—repetí— Les gustó como lo hice y me pidieron que fuera de nuevo.

— ¡Por eso tienes que hacerlo! —Golpeó mi brazo— No puedes ser tan estúpida.

— ¡Hey!—me quejé levantando a Penny del piso tratando de hacer que no chillara.

—Hannah es una oportunidad increíble, de hacer lo que siempre has querido — se levantó para acercarse a mí— y no puedes desperdiciarla por tu inseguridad. Además, te ofrecieron pagarte bien ¿o no? —hice a asentir y gritó de nuevo antes de que siquiera pudiera terminar de moverme— ¡¿Ves?! No puedes quedarte estancada en el pasado de servir cosas o pasar el día metida en una caja registradora ¡Esto es perfecto!

—Lo sé, pero...—volvió a interrumpirme como una centinela.

—No hay peros, irás esta noche. Iré contigo.

— ¿Y Penny? —la batuqueé para que se diera cuenta de que existía.

—Darwin está libre hoy—sonrió.

— ¿Estás segura? —pregunté frunciendo los labios.

—Yo no soy la que tiene que estar segura, tú eres la que tienes que estarlo—
me dio un golpecito en la frente— y si no lo estás pues me encargaré de eso.

—Estás loca.

—Ya quisiera tener tu voz.

El cuerpo de Caroline se veía hermoso en el vestido negro que se había puesto después de tres mil elecciones fallidas mientras que yo había optado por uno azul claro de su mismo repertorio. No era amante de los colores claros pero ese me pareció bastante lindo y además, no era algo que llamara la atención. Ya bastaba con pararme en una tarima. A pesar de que Caroline era alta y había sido protagonista de un embarazo el cuerpo que tenía era espectacular. Como si no hubiese tenido que llevar una barriga enorme por nueve meses.

No me quejaba del mío, pero tampoco era algo de lo que me enorgulleciera.

Mi estatura no era algo que me ayudara tampoco.

El grandulón que me había dejado pasar ayer estaba de nuevo en la puerta y lo saludé, dudosa de si se acordaba de mí.

— ¿En qué puedo ayudarte hoy? —bien, tal vez sí.

Pestañeeé varias veces dejando que las ruedas en mi mente se pararan. ¿Cómo funcionaba esto? ¿Qué se suponía que tenía que decir? Un bombillo apareció sobre mi cabeza y sacudí la cartera que cargaba. Caroline había insistido en que no llevara nada pero algo dentro de mí me había dicho que sí tenía que cogerla. Agradecí a lo que fuera que hubiese estado dentro de mí en ese momento y saqué la hoja que me había dado el señor Carlos.

Asintió sin tomarla y después de mirar de arriba abajo a Caroline asegurándose de que si venía conmigo se hizo a un lado para que pasara dedicándome esa sonrisa extraña que tenía.

—Qué bonito es poder pasar rápido.

— ¿Por qué lo dices?

—Es un lugar de reservaciones, es horrible cuando se hace fila y tienes que esperar a que tu nombre aparezca.

Mis ojos se iluminaron al ver las luces y sonreí al notar que hoy eran azules, como mi vestido. Los chillidos de Caroline me sacaban de mi ensueño pero

lo entendía. Aunque yo no fuera escandalosa como ella.

La muchacha de cabello morado pasó por frente cuando nos aproximábamos al bullicio de gente y rápidamente la halé llamándola. El cielo me la había mandado. Sus cejas se arrugaron al momento pero en cuanto descubrió que era yo su expresión se suavizó. Había entrado sin saber qué hacer y ver que ella estaba rondando por ahí me alivió por completo.

—Hola—la saludé sonriendo.

—Hola cariño—saludó también. Suponía que tenía que estar acostumbrada a tratar a la gente de esa manera porque su actitud de indiferencia no concordaba— ¿Qué pasa?

— ¿Sabes si puedo pasar ahora?

—Claro—chasqueó los dedos— tú eres Danna, la chica de ayer

—Hannah—corregí.

—Hannah—repitió— Puedes venir conmigo—miró la libreta que tenía en la mano— ya casi es tu turno. El señor Carlos estaba preguntando por ti. Qué bueno que estabas aquí.

—Gracias al cielo tú estabas aquí—suspiré. Tomé a Caroline de la mano para llevarla conmigo pero la chica me negó con la cabeza.

—Sólo puedes pasar tú hacia allá corazón, tu acompañante puede quedarse

aquí abajo—miré hacia Caroline y asintió varias veces sonriendo. Más emocionada que yo.

—Te estaré viendo desde aquí, ve antes de que no puedas pasar— dijo abalanzándose sobre mí para darme un beso, típicos de sus muestras de cariño.

Sonreí y antes de que me arrastraran logré darle uno en al frente.

— ¿Tu hermana? —preguntó la chica, la cual necesitaba saber su nombre, su voz ya escuchándose algo borrosa por los altavoces.

—Sí, es mi hermana—grité.

—Me recuerda mucho a la mía—logré escuchar mientras se hacía paso a un espacio pequeño que había cerca de la pared y sacaba un pequeño distintivo de su bolsillo y me lo ponía en la blusa— De ahora en adelante tienes que colocarte ese distintivo cada vez que te toque y vas a tener que venir aquí sin que nadie te vea, esto te llevara de una vez a las escaleras de la tarima. La “gente normal” no sabe que este espacio existe, así que ten cuidado— “la gente normal” sonreí ante eso— Generalmente tú eliges que cantar pero como ya es tu turno dile al Dj y él se encargará de eso rápido. Tienes suerte de haberte sabido la canción ayer—alzó las cejas apenada.

—Igual no tenía preparado nada—rió silenciosamente.

—Estarás bien ¿Nerviosa?

—Si ¿tú nombre?

—Grace—sonrió dándome un empujoncito hacia dentro de lo que parecía ser un pedazo de pared pero solo era tela. Claro, aquí era que había caído.

Como cosa extraña mis manos se sentían mojadas y un susto recorrió mi pecho cuando escuché la música parar. Ya venía yo. Tropecé con mi propio pie cuando intenté subir el primer escalón y maldecí todo en voz baja. Una chica había bajado y tocó mi hombro con sus uñas cuando pasó por mi lado. Lamí mis labios que se sentían tan secos como el desierto y me acerqué al Dj en cuanto después de dejar de temblar logré subir.

—Soy nueva en esto, ayúdame— puso su mirada en mí y sonrió al ver mi expresión desesperada.

— ¿Qué quieres cantar? —preguntó poniendo sus dedos en sus audífonos.

—No lo sé—chillé.

—La gente está esperando nena—dijo como si hubiese sido la voz de Grace, señalando la multitud y resoplé.

—La la la—dije al final.

Se me quedó mirando como si esperara algo más y me di cuenta de que no me había entendido.

—De Naughty Boy, la la la—aclaré—así se llama la canción.

—Oh oh claro, sí—acomodó los audífonos mirando hacia abajo— ¿lista?

Asentí aunque no me estuviese viendo dándome la vuelta de inmediato. Quise salir corriendo al ver a lo que me enfrentaba pero me abofeteé mentalmente ante cualquier pensamiento de inseguridad.

Abrí la boca sonriendo cuando logré ver a Caroline saltando entre la multitud para que supiera que ella estaba allí. Parecía una hormiga dentro de tanta gente y me reí. Bien, era mejor que estar frente a una multitud de desconocidos. La música jugueteó en mis oídos y sin pensarlo más de dos veces después de acomodar el cabello que se había escapado hasta mi cara porque podía arrepentirme comencé a cantar.

Es cierto, amaba cantar. Y aunque no estaba acostumbrada a hacerlo así no se sentía mal. La gente aplaudía y eso avivaba mi deseo. Era bonito y estaba bien. Así que no sabía porque mis estúpidas manos seguían sudando. Las aferré al micrófono y por un momento me sentí la dueña del lugar.

Caroline no dejaba de saltar y hacer señas y por lo que pude entender quería que me moviera. Pero había tropezado tratando de subir un escalón y tenía dos pies izquierdos. Bailar no era una buena idea ni tampoco una opción favorable. Cerré los ojos para intentar no verla y no cometer ninguna locura y mi pulso dejó de sentirse como un puñal atravesando varias veces mi cuello

en cuanto sentí que la canción había terminado. Mordí mis labios y al sonreír y despedirme con una mano de todos bajé dando paso a un muchacho que subía con una melodía de Future.

Era tan increíble todo esto. No creía en la suerte pero no podía ser más que eso. De pequeña esto era lo que había querido y no sentía que la vida se había tardado, pero no podía creerlo aún. ¿Casualidad tal vez?

Miré hacia atrás y me alegré por los que habían conseguido la oportunidad también.

Respiré profundo y salí buscando por todos a Caroline, pero me mareé al voltear tan rápido y pegué mi cara contra alguien. Mi nariz ardió y no pude evitar chillar. Un caliente la recorrió y subió hasta mis ojos. Rayos, me había dado fuerte.

— ¿Estás bien? —preguntaron tomando mis hombros.

Asentí varias veces intentando que el dolor pasara llevando la nariz a mi mano y al subir la mirada para pedir disculpas un escalofrío recorrió toda mi espalda.

— ¿Matt? —preguntó Caroline cuando llegó a donde estaba robándome las palabras de la boca ya que fui incapaz de hablar cuando lo vi.

— ¿Carola? —se sorprendió al voltear hacia ella sonriendo preparado para

recibir el abrazo al que se le había lanzado.

Desde que la conoció nunca lo había escuchado llamarla por su nombre, y al parecer la costumbre no se había perdido.

Las ruedas de mi mente se habían paralizado de nuevo y me quedé estupefacta. Mi pulso comenzó a acelerarse y la sensación de tener un puñal en el cuello dando sin frenar apareció otra vez.

Esto nada más podía ser obra de Caroline.

—Pensé que ya habíamos hablado de esto—le susurré cuando se separó de él, molesta.

— ¿Qué? —arrugó sus cejas. Entrecerré los ojos preparada para escupir sobre lo cínica que estaba siendo y reaccionó— Hannah, Matt fue el único que no llamé. Nunca conseguí su número.

— ¿Llamarme? —preguntó Matt aún parado en frente de nosotros. El escalofrío volvió a hacerse presente cuando habló y traté de ignorar el estremecimiento—Hola Hannah—dijo metiendo sus manos en los bolsillos de su pantalón frunciendo los labios.

No quise sonreír pero tampoco sabía qué hacer, justo como cuando me paré en la tarima y mi estómago se revolvió. Pero aquí si no hacía algo rápido de verdad iba a vomitar.

No quería ver a Matt. No quería encontrármelo jamás. Eso solo me hacía recordar lo mucho que me había dolido lo que había hecho. Y era tan extraño volver a verlo.

Me dirigí de nuevo hacia Caroline y en su cara no se veía nada de culpa. Sabía que era extremadamente mala para mentir así que pude estar casi segura que esta vez no lo estaba haciendo.

Pero entonces si no ¿qué estaba haciendo Matt en la ciudad? ¿Cuándo había vuelto? ¿Habría estado mucho tiempo? ¿Estaría solo de visita? ¿Cómo podía ser que nos encontráramos precisamente aquí?

¿Por qué me tenía que encontrar precisamente a Matt?

Como si la vida (junto con la ayuda de Caroline) estuviese empeñada de hacer que viera a mis antiguos novios. Y no a cualquiera, el de la etiqueta peligrosa. El que desaparece por arte de magia y que vuelve a aparecer también. Pensé que la segunda parte del truco no vendría nunca. Suspiré, estresada y halé a Caroline alejándonos completamente de Matt hasta que no pudiéramos verlo ni él a nosotras.

— ¡Hannah! — Se quejó — ¿qué pasa?

— Nos vamos

— ¿Qué? ¿Por qué?

—Yo ya terminé lo que iba a hacer, ya podemos irnos—se zafó de mi agarre.

— ¿Tan rápido?

En realidad no sabía si había terminado y el señor Carlos me había pedido el día anterior que fuera a su oficina en cuanto llegara y a estas alturas no había pasado por allí. Pero solo quería irme. Mi estómago estaba tan revuelto que solo quería vomitar, dormir y al despertar ver Titanic hasta morir.

—No quiero irme ahora Hannah, acabamos de llegar

—Pues entonces toma— saqué dinero de mi bolso y se lo pase— consigue un taxi, yo me voy.

— ¡Hannah! —Me haló la mano cuando tomó el dinero— ¿por qué estás así?

—Arrugó las cejas— ¿pasó algo malo?

—No—negué firmemente.

— ¿Entonces?

—Tienes dinero para un taxi Caroline, puedes irte cuando quieras, yo quiero irme ya—me volteé sintiendo como me halaba de nuevo para quedar a su frente.

—Hannah no seas...

—Basta Carol, sólo quiero irme—la mano que estaba en mi hombro bajó hacia mi mano y asintió. Mi expresión se suavizó y me acerqué para darle un

beso en la mejilla.

—Lo hiciste genial hoy—sonreí tristemente.

—Gracias, gracias por venir

—Está bien, me divertí, ahora bueno, vámonos

—No Carol—me sentí culpable por arrastrarla hacia los caminos de la tristeza y la depresión en la que me sentía y negué con la cabeza— no tienes que irte, de verdad. Solo toma el dinero y sigue divirtiéndote

—Pero te irás sola, ¿estás segura?

—Claro que sí—reí— llegaré a casa y dormiré y ya.

Y moriré.

—Está bien— devolvió el beso abrazándome —ten cuidado.

—Lo tendré, te amo.

— ¡Yo también te amo!—gritó cuando se volteó.

Capítulo 5

Me había despertado en la madrugada cuando a mi estúpido teléfono se le activó una estúpida alarma y no había podido dormir desde entonces. 5:34 de la mañana. Resoplé y me coloqué las pantuflas para terminar de comerme

el helado que había dejado la noche anterior.

Desde pequeña había sido muy irregular para dormir, si algo me despertaba era casi imposible volver al sueño. De hecho, llegué a tomar pastillas para eso, pero las dejé cuando cumplí 19, así que ya hacía bastante de eso.

Recordaba que mamá me cantaba para que lograra hacerlo sin problemas y me encantaba. Podía sentir su amor en su voz.

Pero intenté lograrlo sola, así que cantaba antes de dormir para recordar como ella lo hacía y poder dormir en paz. Mamá no era cantante ni nada por el estilo pero sabía que lo hacía porque yo amaba la música. Mis vellos se erizaron en cuanto puse el helado extremadamente frío en mis piernas y me estiré hacia atrás dejando que mi cabeza cayera en el respaldo del mueble.

No habría querido dejar a Caroline sola si no hubiese sido por la ola de emociones que me inundaron cuando vi a Matt después de tanto tiempo. 4 años, era demasiado tiempo para mí. Y aunque era gracioso y algo triste que mi vida no hubiese cambiado ni un poco desde ese tiempo era impactante verlo de nuevo. Escuchar su voz, saber que estaba ahí.

Odiaba que fuera Matt porque sabía en qué posición estaba él respecto a mis sentimientos y solo quería reprimirlos buscando que nada saliera a flote. Había olvidado cómo se sentía el extrañarlo o desear que volviera o incluso hacerme las miles de preguntas de por qué se había ido y que eso estuviese

rondando por mi cabeza de nuevo, de la misma manera hacía que quisiera vomitar.

Había sido tanto el impacto de saber que era él el que estaba en mi mismo espacio que ni siquiera lo había visto. No había visto si aún usaba esa barba que le quedaba perfecta y esos estúpidos aretes en sus orejas. Si sus ojos seguían mostrando la misma ternura que antes. Si tenía más tatuajes. Si seguía haciendo ese gesto con los labios que tanto me encantaba. Si había desaparecido el piercing en su ceja.

No podía demostrar nada, no quería hacerlo. No podía rebajarme hasta allí. No conocía muy bien el concepto de dignidad pero quería conservar aunque fuera un poco de la que tenía. El que yo misma supiera que me estaba sintiendo así era realmente penoso. No pensaba que estuviera mal el hecho de que costara dejar ir a una persona pero era una adulta y había pasado tiempo de eso. No estaba bien.

Froté mi frente y acomodé mis cejas como siempre solía hacer cuando estaba frustrada. En fin, ni siquiera lo volvería a ver. Fue solo una mala casualidad. Caminé hasta la ventana y corrí la cortina hasta lo último para ver si había amanecido. Y efectivamente sí así que le sonreí al nuevo día.

No quería quedarme sola en casa así que tal vez pasara porque mamá para saludarla y escuchar los mismo cuentos sobre sus matrimonios que ya más

que sabía. Fui partícipe de todos ellos. La que llenaba el camino de florecillas, la que sostenía su vestido cuando tenía ganas de ir al baño, la que acomodaba su peinado. No eran necesarios, pero me gustaba.

Además, necesitaría ayuda con mi repertorio si quería organizarme para cantar. Tomé un bolígrafo y una hoja y empecé.

Sugar de Robin Schulz estaba puesta en la emisora y canté a todo pulmón mientras me metía a la boca un pan de queso que había comprado para desayunar. Eran las once de la mañana así que en realidad debía haber estado almorzando pero no me sentía con mucha hambre. Las ventanas de mi coche estaban abiertas y el viento pegaba directo a mi cara haciendo que mi cabello se tornara a un completo desastre. Pero en fin, mi ropa también lo era, no debía preocuparme por eso.

Ajusté los cordones de mi jogger al momento en que creí que quedaría en ropa interior en medio de la calle cuando llegué a casa de mi madre y tomé el pan que había comprado para ella. Sacudí mi nariz que estaba algo congestionada por el frío que hacía y toqué la puerta varias veces. Qué raro, parecía como si estuviera aquí. Pegué el oído a la puerta y escuché pisadas, corroboré mi duda. Giré la manilla y de inmediato se abrió. Bien, al menos podía entrar.

— ¡Mamá! —Grité cuando luchaba con la bolsa, mi cuaderno y el cerrar la puerta — ¿Estás en casa?

— ¡Hannah! —escuché venir y me sorprendí al ver a Caroline con Penny en los brazos.

— ¿Carol? ¿Y eso que estás aquí?

—Sí, vine porque...

—Caramelito —la interrumpió mi madre saludándome acariciando mi barbilla —que bueno que llegaste, iba a llamarte.

— ¿Si? —Sonreí —pues que bueno porque creo que me tendrás aquí mientras no tenga nada que hacer en el día.

—Perfecto —sonrió —así podemos pasarlo los cuatro.

— ¿Los? —Reí —Penny es niña.

—No cariño, no lo decía por Penny —agitó su mano y arrugó las cejas.

Crucé el comedor siguiéndolas y la bolsa junto con el cuaderno que sostenía fueron a dar al piso y el oxígeno salió de mis pulmones para jugar con lo apretado que se sentía el no respirar. Mi nariz se puso caliente al igual que mis orejas y quise salir corriendo.

— ¿No es maravilloso? ¡Sorpresa! —dijo sentándose junto a donde estaba sentado Matt y vi venir que mi estómago se revolvió.

—Cuando te fuiste Matt y yo nos quedamos juntos y me dio su número —
sonrió Caroline —lo extrañaba mucho —sus palabras atravesaron mi pecho
como una daga ardiente y me quedé callada —pero nuestra amistad seguía
intacta ¿verdad? Fue muy extraño. Traté de contactarlo tantas veces y al final
me lo encontré solo por casualidad —rió como si de verdad fuera algo bueno.
Y gracioso.

Nunca le había contado a mi madre que Matt me había abandonado. Ellas no
sabían lo que en realidad había pasado. Porque traté de nunca demostrar nada
en frente de ellas. Creían que se había ido del país y que habíamos terminado
porque ninguno de los dos quería una relación a distancia pero que seguíamos
teniendo contacto como amigos.

De ahí su expresión tan relajada y fresca con la situación que a mí me estaba
haciendo querer coger los mismos cordones de mi jogger y ahorcarme allí
mismo.

—Hola Hannah —saludó, su voz gruesa y rasposa como siempre.

Traté de concentrarme en la milésima de segundo que tenía para responder y
entender que no podía entrar en un estado de pánico porque ya Caroline me
había notado extraña ayer. Pero mis cuerdas vocales se encontraban
congeladas y solo quería correr sin parar hasta que no pudiera ver más nunca
lo que ahora veía así que no sabía en realidad que hacer.

—Hola —dije e intenté sonreírle pareciendo más una cara de sufrimiento.

Lo que en realidad era.

Caroline frunció el ceño y se levantó dejando a Penny con mi madre. Tomó mi brazo y me llevó disimuladamente a la cocina.

— ¿Pasa algo? —preguntó examinando mi cara.

— ¿Por qué lo dices?

—Es lo que veo en ti

— ¿Lo ves?

Two and a half Men me había enseñado a responder con preguntas a otra pregunta para tratar de escapar de situaciones donde obligatoriamente te hicieran mentir pero creo que yo exageraba.

—Hannah, no hagas eso. ¿Tienes algo o no?

—No tengo nada Carol —fruncí los labios.

— ¿Es por Matt? —sus ojos se abrieron como cada vez que algo la sorprendía —Es por Matt —se respondió a ella misma.

—No es por él Carol, estoy bien

—Pensé que ustedes no habían quedado mal —entristeció — si así fuera fue horrible de mi parte invitarlo aquí —puso su mano sobre su boca como

respondiéndose sus propias preguntas — Oh por Dios, soy una tonta, sólo pensé en mí.

—No no Carol, de verdad estoy bien. Nada de eso pasó, no te sientas mal — suspiré intentando no morir en el intento —solo me siento algo conmocionada es todo.

— ¿Conmocionada? ¿Algo así como revuelta por el impacto? —rió.

—Creo que no podrías describirlo mejor —acerté sabiendo que no se refería al mismo contexto pero intentando mentir para que no le afectara.

—Entiendo, tranquila, yo también lo estaría. Pasó mucho tiempo y eso — agitó su mano — Siempre quise llamarlo para darte una sorpresa pero nunca encontré su número. Tú seguías en contacto con él ¿Cómo es qué...?

— ¿Chicas? —gritó mamá salvándome como caída del cielo.

— ¡Ya vamos mamá! —tomé rápidamente la mano de Caroline para ir a la sala intentando sentarme sin mirar hacia adelante.

Mamá me pasó a Penny que se había quedado dormida y acaricié su barbilla justo como ella hacía conmigo viendo como su boquita se movía hacia adelante. Reí y miré hacia arriba para comentarlo y recordé que Matt estaba allí. Sus ojos se suavizaron y sentí la mirada tierna de la que me hablaba esta mañana a mí misma. Sonrió y pasé la lengua entre mis dientes moviendo a

Penny de sitio.

— ¿Y qué estás haciendo ahorita Matt? ¿Trabajas? —preguntó mamá poniéndole azúcar a su café.

—Sí, ahorita estoy trabajando de coordinador —dio un sorbo al café y me quedé mirándolo sin poder apartarme. Aún usaba barba, pero de manera diferente. Y había cambiado sus estúpidos aretes que aún seguían siendo igual de estúpidos y bonitos. El gesto en su boca no había desaparecido, a diferencia de él mismo —algunos días, de miércoles a domingo me encargo de organizar las presentaciones que se dan en el club donde me encontré a Caroline. El famoso club sin nombre —soltó una risita y mis intestinos se apretaron —Y una que otra vez hago shows de magia, pero eso solo a veces, cuando es temporada.

¡¿Qué?!

— ¿De verdad? Que fantástico —Mi madre dirigió su mirada a mí —A ti te ofrecieron trabajar allí mi amor, ¿estás bien con eso?

—Estuvo perfecta mamá —saltó Caroline chillando —tienes que ir a verla. Fue perfecto

—Tengo que ir a verte —repitió mamá emocionada.

Pero si Matt trabajaba allí eso significaba que, dios, no.

—No sé si iré más —solté y todas las miradas se cruzaron para fusilarme.

— ¿Qué?

—No me siento cómoda allí —Caroline se movió hasta donde yo estaba y acomodó su cabello poniendo su mano en mi hombro.

—Claro que no Hannah, eres como pez en el agua. Sólo has ido dos veces y la gente se vuelve como loca

—Lo hacen con todos, solo buscan diversión. Cualquiera puede dárselas

—Carlos no —interrumpió Matt poniendo sus ojos directo a los míos. Era tan chino que casi ni podía vérselos bien. Pero el brillo que salía de ellos era precioso. Y me encantaba. Y lo odiaba — No entras si Carlos no quiere.

—Yo entré y Carlos no se enteró —me encogí de hombros.

—Tuviste suerte esa vez, además que ya te habían recomendado por lo que sé. Y porque ni siquiera fue culpa tuya, por lo que me enteré, pero —pasó su dedo por su ceja, costumbre que había tomado de mí —Nadie entra si Carlos no quiere —repitió.

Lamí mis labios que aún estaban secos por la sensación de encontrarlo sentado en la casa de mi madre y volví a mirar a Penny.

—Igual piénsalo —continuó —no tienes que hacer nada que no quieras.

—No si tú no estás ahí —se me escapó y el silencio fue inminente.

—Es increíble el tiempo que teníamos sin verte Matt, pensamos que nunca volverías —dijo mamá riéndose.

—Sí, que casualidad, creo que todas pensamos lo mismo —alcé las cejas diciéndolo de forma que sólo él entendiera que estaba siendo grosera.

—Sí, lo siento. No fue nada fácil al principio

—Me imagino —volví a decir y me levantó una ceja en ironía.

—Menos mal que seguías en contacto con Hannah, porque de no ser así no hubiésemos sabido más de ti —comentó mamá y mi pulso se aceleró al ver la cara de desentendimiento de Matt.

— ¿En contacto?

—Sí, hablábamos todo el tiempo cuando te fuiste —salté agrandando los ojos cuando lo miré para que me hiciera caso. Asintió sabiendo de inmediato que era lo que estaba haciendo —no queríamos que por irte dejáramos de hablar y no supiéramos más de ti.

—Sí, sí, menos mal. Hubiese sido difícil si no —movió su boca hasta arriba.

—Pero ya estás aquí, y eso es lo que importa. Iré a preparar algo para que comamos mientras ustedes hablan un rato.

—Yo iré a acostar a Penny, está completamente dormida —dijo Caroline sonriéndole a la bebé.

—Yo iré contigo —dije tratando de escapar.

—No tienes que ir conmigo —rió —Sólo iré a acostarla.

Y vi caminar mi única salida hacia esta situación desfavorable.

—Gracias por eso —escuché decir de parte de Matt atrayendo mi atención.

— ¿Por qué?

—Por no decirles, ya sabes, que solo me fui

—No lo hice por ti. Caroline te quería mucho y eso le hubiese dolido más —
cruce mis piernas hacia arriba en el sillón — Y mamá no creo que hubiese
querido escuchar eso. Solo le dije que tuviste que irte de emergencia pero que
seguirías en contacto con nosotras — cada palabra que decía daba la
impresión de ser un escupitajo que le estaba lanzando. Ni siquiera sabía por
qué le decía esto.

— ¿Fue difícil?

— ¿El mentir? Bastante, sobre todo con alguien como Caroline.

—No Hannah, que me fuera, ¿fue difícil? —fruncí el ceño y abrí la boca
sorprendida de lo que me había preguntado.

¿Cómo carajos podía preguntar eso sin abrir su cerebro y ponerse a pensar un
poco sobre el peso de lo que acababa de decir?

—No puedo creer que hayas preguntado eso

—Hannah es una gran oportunidad que nos hayamos encontrado tan fácil. Tienes que escucharme —lo interrumpí.

—Han pasado cuatro años Matt —reviré —cuatro malditos años, ¿crees que me importa escucharte?

Falso. Mi estómago se revolvía solo con saber que estaba cerca y que me estaba hablando. El dolor en mi pecho de recordar que se había ido para mi desgracia seguía intacto. Y si quería saber por qué me había dejado de una manera tan fea.

Estar hablando con él de esto me lo demostraba más. Pero no podía, ya estaba bueno de eso.

—No me importa si a ti te importa Hannah, te busqué tanto cuando llegué que haberte encontrado tan fácil es una gran oportunidad para mí y por eso tienes que escucharme.

— ¿Me buscaste? Por Dios —reí irónicamente.

—Tampoco me importa si me crees.

—Egoísta, como siempre.

—No soy egoísta

—Sí lo eres Matt. Me abandonaste —cuidé que mi voz no se quebrara y

decirlo lo más firme que pudiera — allí si no te importó nada. Solo me dejaste como si yo fuera un estúpido juguete que abandonas en cualquier parte.

—Hannah, eso no es así

—Pues qué raro, pasó hace tiempo, pero lo recuerdo muy bien —suspiró quedándose callado por un momento y moviéndose de sillón para quedar cerca de mí —no te acerques —lo frené.

—Hannah, por favor

—Matt nunca creí volver a verte. Y no quería tampoco. No más. Y el hacerlo ahora solo me confirma lo verdad que era. No te odio por completo — confesé — Así que si quieres hacer algo por mí, ahórrate las explicaciones, imagínate que esto nunca pasó, que nunca nos viste, vete y no vuelvas. Eres un experto en eso.

Su expresión cambió y casi que creí que le había dolido. Pero no tenía que importarme, así como a él tampoco le importó.

—Hannah... —comenzó pero fue interrumpido vorazmente por el grito de mi madre al salir de la cocina aún con un sartén en su mano.

—Oh por Dios.

— ¿Estás bien mamá?

— ¿Está bien? —dijo Matt al unísono.

—No podemos perder la costumbre, casi lo había olvidado —rió y tocó su cabeza —Es una excelente idea.

— ¿De qué hablas? —pregunté confundida.

— ¡Matt irá a mi boda!

La película de los la época de los noventa, diez cosas que odio de ti había corrido sola mientras me había quedado dormida de tanta frustración. Esperé no despertar pero la suerte no estaba de mi lado. Tomé el control para pararla y suspiré. 6:50 de la noche. Tenía que llegar al “club” entre comillas porque a mi parecer no lo era, a las ocho si quería presentarme.

Mi mente se encontraba en un debate de desperdiciar una gran oportunidad de mi vida de hacer lo que en realidad me gustaba solo para no ver a la razón de que frotara mis cejas cada cinco segundos del estrés o aguantar y enfrentarlo como una persona adulta y razonable que puede luchar contra sus miedos sin necesidad de hacerse una bola y comer golosinas mientras ve películas viejas de amor de adolescentes que como dice Caroline están sobrevaloradas. Pero me encantaban, qué más podía hacer.

Mamá me había dejado fuera de base con lo que había dicho y de verdad

consideré el ahorcarme ahí mismo frente a quien fuera. Pero al soltar el primer cordón corría el riesgo de quedar desnuda también frente a quien fuera así que la deseché por un momento. Había escapado como pude metiendo excusas como que tenía que hacer diligencias antes de la noche y lo logré, ¿Por qué tenía que pasarme esto a mí? no quería verlo, no debía verlo más. Y el solo hecho de pensar que tendría que soportar todos los cambios en mi misma todos los días por tener que toparme con él me ponía mal.

Pero no era una persona que no cumplía su palabra y menos irresponsable. Si no iba a ir más tendría que dar la cara a decirlo. Resoplé y pegué un grito para liberar estrés pero solo hizo que yo misma me asustara de lo horrible que había sonado.

Me metí en la ducha congelándome y salí rápido antes de sufrir una hipotermia intentando descifrar que me pondría. Tomé una blusa que tenía ositos por todas partes y un jean rosado claro. Dejé mi cabello suelto para no verme tan desarreglada y guardé la hoja que tenía que pasar al entrar en mi bolsillo trasero y guardé mi celular en el mismo.

Las llaves de mi coche habían caído en un líquido extraño y sufrí para tomarlas y ponerlo en marcha.

Estacioné en donde las últimas veces lo había hecho y al llegar el grandulón simplemente se quitó sin que le dijera ni le mostrara nada y toqué su brazo

como a manera de un “gracias”.

Las luces hoy eran amarillas y casi que me provoca dolor de cabeza. Odiaba el color amarillo. Ni siquiera de pequeña me gustaba, creo que porque Caroline tenía una gran obsesión con él. Caminé de una vez asegurándome de que nadie me prestara atención hacia la oficina de Carlos y al tocar varias veces la puerta se abrió.

—Oh Hannah—se sorprendió—ya te sabes bien el camino, que bueno.

—Buenas—saludé apenada—siento no haber venido ayer.

—Sí, menos mal que estás aquí, me faltan mucho de tus datos en la planilla que llenaste, siéntate para que continúes por favor.

—Sobre eso señor Carlos, venía a decirle que...—me interrumpió sacando algo de su gaveta.

—Claro claro, tu paga. A mí también se me había olvidado—movió las manos hacia su cabeza y luego colocó el sobre en su escritorio e insinuó que lo tomara. Fruncí el ceño algo confundida.

— ¿Mi paga?

—Tú paga—repitió sin verme sacando las planillas que me había dicho.

—No entiendo señor, solo he venido a cantar una vez.

—El pago es por día querida.

— ¿Por día? —me sorprendí notablemente.

—A todos aquí se les paga por día.

Wow, esto sí que era oportunidad. La paga que tenía en el café no era mala pero me pagaban por mes, como un trabajo normal. Y casi todo se iba en residencia y comida. Conté sin que lo notara y mis cejas se alzaron ante la cantidad de dinero. Dios, tenía que hacer algo. No podía perder esto por algo del pasado. No iba a dejar que mi pasado jugueteara con lo que pasaba en mi presente. No era tan inmadura para eso.

— ¿Ya puedes llenarlo? —preguntó sacándome de mis pensamientos. Sacudí la cabeza y me senté para hacerlo.

Mientras lo llenaba no pude evitar fijarme en que la corbata que cargaba esta vez era amarilla. Como las luces. Claro, se vestía de acuerdo a las luces que tocaran. Sonreí para mis adentros, que bonito.

Sacudí el bolígrafo como era costumbre mía y le entregué los papeles.

—Perfecto, gracias—volvió a abrir la misma gaveta para graparlas junto con una pequeña foto carnet que me habían tomado cuando vine— Grace no trabaja hoy, busca a cualquier que tenga el distintivo de coordinador de las presentaciones y dile que te lleve a la tarima.

No, no quería encontrarme a Matt.

—Yo ya conozco también el camino señor.

—Bien, entonces diviértete—hizo señas con las manos de que me fuera.

Asentí y cerré la puerta con cuidado suspirando. No sabía si gritar, llorar, o estar feliz, pero por los momentos lo único en que debía concentrarme era en que debía cantar. Corrí hacia el gentío para mirar si había alguien en la tarima y visualicé al muchacho que ayer se había presentado antes que yo.

Suspiré y revisé mis manos para ver si habían comenzado a sudar pero no encontré ningún rastro de nada. Bien, al menos un progreso.

Caminé lentamente hacia la entrada de los escalones y al sumergirme en la oscuridad y escuchar los gritos de la gente al lado mi corazón se aceleró. Sacudí la cabeza junto con mi cuerpo y me moví hacia adelante con fuerza sin pensar en más nada cuando me detuvo algo duro.

—Maldita mierda—dije cuando mi trasero pegó al piso.

—Bonita boca para una niña—dijo una voz masculina.

Por favor no. Esto no era lo que menos necesitaba ahora.

Matt alargó su mano para ayudarme y apoyé las mías detrás para levantarme sola.

—Te dije que no quería verte más nunca.

—Trabajo aquí, genio

—Pues ve a coordinar en otro lado, yo también trabajo aquí

—No seas tan orgullosa Hannah

Rodé los ojos y caminé tropezando de nuevo con el bendito primer escalón. Escuché su risita a mi espalda y volteé para fulminarlo con la mirada pero había parado de reír. Ahg, lo odiaba. El muchacho bajó dándome una palmadita en el hombro y subí sin problema con las orejas ardiendo.

Me acerqué rápidamente al Dj para indicarle la canción y tomé el micrófono esperando a que comenzara.

Tenía años que no cantaba una en español, así que bueno, era momento de estrenarme. Esta gente necesitaba algo más que un simple ritmo para moverse. Necesitaban letra.

Algo de Morat no estaría nada mal. Además algo dentro de mí me había dicho que la cantara.

Rabia y orgullo atrapadas dentro de muchos años tal vez.

Matt se había colocado en un ángulo en que no me fuera difícil verlo y cruzó los brazos sonriéndome. La sonrisa que tanto odié y amé cuando lo conocí. La que hacía que sus ojitos chinos se ensancharan tanto que ni se vieran y aquella que hacía que las abejas asesinas en mi barriga jugaran entre ellas.

Porque no estoy muy segura de que fueran mariposas.

Sus ojos penetraban en los míos y creí que mis piernas temblarían. La música comenzó a sonar y no dejé de mirarlo tal y como él lo hacía.

“Hoy me pregunto qué será de ti. Te tuve cerca y ahora estás tan lejos. Pero prohibirme recordar lo nuestro es imposible.

No me perdono, sé que te perdí, pero expiraron los remordimientos. Fui dictador en no dejarte ir, debió haber sido mi primer decreto.

4 años sin mirarte, tres postales y un bolero. Dos meses y me olvidaste, ni siquiera me pensaste un veintinueve de Febrero”

Su boca se abrió pero no dejé de mirarlo, intentando fulminarlo con cada palabra que decía.

“Andan diciendo por la calle, que solo le eres fiel al viento, el mismo que nunca hizo falta para levantar tu falda, cada día de por medio.

¿Cómo te atreves a volver? ¿A darle vida a lo que estaba muerto? La soledad me había tratado bien y no eres quién para exigir derechos.

¿Cómo te atreves a volver? Ya tus cenizas he convertido en fuego. Hoy mis mentiras veo caer que no es verdad que te olvidé ¿Cómo te atreves a volver?

¿Por qué volviste si te vas a ir? Tantas mentiras que al final no veo. Nunca fui bueno para distinguir, al fin y al cabo siempre me las creo.

Cuatro vidas me juraste, tres te odio y un te quiero. Dos consejos para darte, prefiero ser un cobarde que olvidarte de primero.

Andan diciendo por la calle, que solo le eres fiel al viento, el mismo que nunca hizo falta para levantar tu falda, cada día de por medio.

¿Cómo te atreves a volver? ¿A darle vida a lo que estaba muerto? La soledad me había tratado bien y no eres quién para exigir derechos.

¿Cómo te atreves a volver? Ya tus cenizas he convertido en fuego. Hoy mis mentiras veo caer que no es verdad que te olvidé ¿Cómo te atreves a volver?”

La gente que se la sabía comenzó a gritar las voces que sonaban de fondo en la canción y Matt seguía con los brazos cruzados sin quitar su mirada de la mía.

Mis manos ya habían empezado a sudar y respiré profundo antes de finalizar la canción.

No creí que la gente respondiera tan bien y aunque no la canté precisamente para ellos porque ni siquiera podía recordar que ellos seguían ahí me sentía feliz por eso.

“¿Cómo te atreves a volver? Me hiciste daño pero sigo vivo. Contigo yo me acostumbré a perder, mi corazón funciona sin latidos.

¿Cómo te atreves a volver? ¿A darle vida a lo que estaba muerto? La soledad

me había tratado bien y no eres quién para exigir derechos.

¿Cómo te atreves a volver? Ya tus cenizas he convertido en fuego. Hoy mis mentiras veo caer que no es verdad que te olvidé ¡¿Cómo te atreves a volver?!”

Sonreí y agité las manos despidiéndome corriendo a bajar antes de que la adrenalina desapareciera y me hiciera entrar en un agudo pánico. Matt se me había atravesado y lo esquivé como pude.

—Esa canción, era para mí—dijo caminando a mi velocidad quedando atrás aún.

—No, no lo era

—Sí lo era. Te encantaba esa canción y sé que me la dedicaste

— ¿Te sentiste identificado con la parte de dejar, abandonar y mentir?

—No seas cínica—volteé realmente ofendida.

—Por dios.

—Di que me la dedicaste

—Deja de fastidiar Matt—seguí caminando hasta llegar a la salida.

—No dejabas de mirarme

—Tú tampoco lo hiciste—me quejé.

— ¿Por qué me mirabas a mí mientras cantabas?

—No tenía más nadie a quien mirar—bajé las escaleras que daban hasta afuera. Malditas escaleras, las había en todos lados. Sentí un agarre y Matt apretó sus dedos en mis hombros poniendo su cara cerca de la mía.

—Es-la-excusa-más-estúpida-que-has-dicho-en-toda-tú-vida—me zafé.

—Vete

—No me iré hasta que lo hagas

—Estás fuera del club Matt

—Y tú estás fuera de la aceptación—rodé los ojos y saqué las llaves del coche cuando ya iba llegando a donde lo había estacionado.

Me monté halando el cinturón de seguridad para colocármelo y grité cuando lo vi sentado en el asiento del pasajero.

—No deberías dejar el seguro de esto abierto.

—Sal de mi coche Matt

—No pensé que lo tuvieras aún, lo has cuidado bien—dijo acariciando la tapicería con sus dedos.

—Oh, gracias, tenía tanto miedo de que cuando te montaras no te gustara como antes—cambié la voz— vete.

—Acéptalo.

—Dios, ¿cuántas veces tengo que decirte que no quiero verte nunca más?

—No digas eso.

—Tengo derecho—golpeé ligeramente el volante.

—Tienes que escucharme Hannah

—No lo haré, ahora baja de mi coche, vete y no vuelvas a hablarme más.

—Está bien—refunfuñó mirando hacia el frente. Suspiré en alivio de que por fin se resignara a hacerme caso cuando me interrumpió de mi momento de paz volteando de nuevo— pero hasta que lo aceptes. Si no, no me iré.

—Por Dios, no seas inmaduro

—Tú eres la inmadura—rió—No tiene nada de difícil decir que cantaste esa canción para mí

—Sal de mi coche Matt, quiero ir a casa

—Está bien, puedes llevarme a casa también si quieres

— ¿Qué? ¿Estás loco? No

—No se darán cuenta que me fui, no importa

—A mí no me importa si se dan cuenta o no, yo no quiero llevarte a tu casa—
tomó el dinero que tenía en el bolsillo y lo tiró por la ventana.

Choqué contra el volante cuando intenté levantarme para ver que carajos había hecho pero parecía muy tranquilo.

—No tengo dinero para el taxi ahora, tienes que llevarme

Crucé su cuerpo y abrí la manilla de la puerta.

—Sal, ahora.

—Vamos, no puedes dejarme morir aquí.

—No es mi culpa—reviré chillando.

Cogió las llaves que estaban sobre mis piernas e hizo que el coche encendiera.

—Vámonos de una vez Hannah, sólo tienes que llevarme a casa.

— ¿Y después no te veré más?

—No puedo prometerte eso, trabajamos en el mismo lugar.

—Okay okay—agité las manos— ¿no me hablarás más?

—Llévame a casa Hannah

Pisé el acelerador y grité internamente.

—Tomaré eso como un sí.

Encendí la radio y la coloqué a todo volumen para que si se le ocurría hablar no escucharlo pero sus golpecitos en mi hombro me estaban volviendo

realmente loca. Creí que se me desarrollaría un tic en el ojo pero solo intenté calmarme antes de explotar. Midnight estaba sonando y combinaba perfecto con la noche. Si no fuera por Matt.

Recordé todas las veces que juntos habíamos ido de camino a casa, cantando, bailando, bromeando. Pero esta no era la situación, esto no sería así.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Muchos golpecitos que me llevarían directo al abismo. Seis, siete, ocho y...

¿Ya? ¿Se detuvo?

Bien, ya se había detenido. Respiré profundo orgullosa de mí misma al no formar un escándalo por sus inmadureces cuando sentí que ponía su mano en la mía para mover el volante. Grité por lo que estaba haciendo y me paré como pude del lado de la carretera.

— ¿¿Qué carajos te pasa?! ¿¿Estás malditamente loco?!

—No sabes donde vivo Hannah

— ¿¿Y?!

— ¿Cómo piensas llevarme a mi casa si no sabes donde vivo?

—Eres un idiota—reclamé—un estúpido y un—tartamudeé intentando encontrar otro insulto— estúpido de nuevo.

—Y me odias lo sé.

—Cállate, cállate. No tienes derecho a hablar, de nada, ¡nada!

—Okay okay, perdón.

Resoplé y tomé el volante intentando conducir con tranquilidad otra vez. El frío me estaba matando y el suéter era tan ligero que no ayudaba en nada. Miré hacia mi lado disimuladamente para ver que hacía Matt pero solo se encontraba allí, existiendo. Se suponía que no perdería la calma pero con él casi siempre fue imposible. Era como un niño cuando se lo proponía.

La noche de verdad estaba preciosa y no podía creer que hubiese perdido millones de neuronas por solo agarrar una rabieta por su culpa. Las luces de la calle hacían juego con ella y sonreí al ver como la adornaban.

Tocó la ventana atrayendo mi atención y me insinuó con la mano que me detuviera.

—Me quedo por esta calle, puedes dejarme aquí.

— ¿Aquí? ¿Tú casa está cerca?

—Sí, solo tendré que caminar un poco, es para que no te desvíes.

—Bueno—pestañeeé varias veces al ver que había cambiado su comportamiento—está bien.

—Sí—frunció los labios— ¿podrías prestarme tu celular? Tengo que hacer una llamada.

—Claro—se lo pasé— ¿a alguien de tu casa?

—No—marcó el número—llamo para que vengan a traerme la moto.

— ¿La moto?

—La dejé en el club—sonrió y guiñó su ojo, volviendo a ese toque horrible de engreído que tenía.

Y juro que iba a matarlo.

Capítulo 6

Madrugada, Apartamento de Matt

Se despertó en medio de la oscuridad, con su cuerpo bañado de un perlado sudor que rociaba sus músculos. No había sido el insomnio el causante de que volviera a abrir los ojos antes de la mañana, era algo más profundo, más pesado, más doloroso... Algo que no le dejaría descansar hasta que se sacara ese sentimiento del pecho.

Si bien Matt nunca había sido un romántico empedernido ni mucho

menos, en ese preciso momento no pudo controlarse, la melancolía, el anhelo de sus labios, la tristeza de sus ojos... Todas señales claras de que la extrañaba mucho más de lo que él se atrevería a admitirlo. Pero ahora no debía esconder lo que sentía, no había nadie viéndolo, espiándolo con ojos que luego lo juzgarían.

En ese momento podía ser el mismo y dar rienda suelta a lo que realmente sentía, a expresarse de la manera que mejor le pareciera.

Cogió el pequeño cuadernillo marrón que guardaba bajo el colchón, alguna vez había sido un diario de anotaciones, se lo había regalado una chica instándole a escribir allí sus pensamientos más profundos... Matt lo había desechado de inmediato, pero, en ese momento se sentía atraído como si los polos magnéticos se atrajeran en vez de repelerse.

Tomó el lápiz, buscó una hoja en blanco y comenzó a garabatear, abrió su corazón y dejó que su alma hablara por sí misma.

“He aquí que tú estás sola y que estoy solo.

Haces tus cosas diariamente y piensas

Y yo pienso y recuerdo y estoy solo.

A la misma hora nos recordamos algo

Y nos sufrimos. Como una droga mía y tuya

Somos, y una locura celular nos recorre

Y una sangre rebelde y sin cansancio.

Se me va a hacer llagas este cuerpo solo,

Se me caerá la carne trozo a trozo.

Esto es lejía y muerte.

El corrosivo estar, el malestar

Muriendo es nuestra muerte.

Ya no sé dónde estás. Yo ya he olvidado

Quién eres, dónde estás, cómo te llamas.

Yo soy sólo una parte, sólo un brazo,

Una mitad apenas, sólo un brazo.

Te recuerdo en mi boca y en mis manos.

Con mi lengua y mis ojos y mis manos

Te sé, sabes a amor, a dulce amor, a carne,

A siembra, a flor, hueles a amor, a ti,

Hueles a sal, sabes a sal, amor y a mí.

En mis labios te sé, te reconozco,

Y giras y eres y miras incansable

Y toda tú me sueñas

Dentro del corazón como mi sangre.

Te digo que estoy solo y que me faltas.

Nos faltamos, amor, y nos morimos

Y nada haremos ya sino morirnos.

Esto lo sé, amor, esto sabemos.

Hoy y mañana, así, y cuando estemos

En nuestros brazos simples y cansados,

Me faltarás, amor, nos faltaremos.”

*Leyó lo que acababa de escribir, sonrió y cerró los ojos de nuevo,
sumiéndose en el sueño de los poetas enamorados.*

Había despertado tarde porque había llegado tarde a casa. Me sentía tan cansada que creí que dormiría por tres años. Lo que no sería una mala idea en realidad. Ajusté la bata de baño a mi cuerpo cuando me levanté y miré a mí

alrededor sin tener idea de qué hacer. No haría nada hasta que se hiciera de noche y eso era mucho. Puse a calentar un chocolate mientras caminaba como una loca por la casa.

No podía visitar a Caroline porque no haría más nada de hablar y preguntarme por Matt y si iba a que mamá se convertiría en la misma situación. Estaba realmente agotada de tener que escuchar su nombre. Y de repetirlo yo misma. Era casi imposible que entre millones de personas y lugares tuviera que encontrarme a mí.

Nunca me había mudado de la ciudad así que era una opción que podía considerarse si de eso se tratara. Pero encontrarnos en el mismo lugar, en el mismo trabajo, en la misma familia. Vamos, eso no podía tener más explicación de que el universo me odiaba. Había sido extraño ver a mis otros ex novios pero ninguno era la misma situación que con Matt. Ángel solo era un idiota al que le encontraba igualdad a su existencia y podía estar tranquila con que estuviera en el mismo sitio que yo porque podría fingir que nunca lo conocí. Julius no me daba igual pero ni siquiera íbamos en el mismo sentido y se veía muy feliz con su nueva pareja así que no tendría problemas por eso.

Pero Matt, él tenía esa estúpida etiqueta peligrosa de “Hola, no me superes nunca” y mis vellos se erizaban con solo escuchar su voz. Y creo que nunca me implantaron algo que me hiciera contrarrestar eso. Él simplemente no

tenía que volver y arruinarme la vida de nuevo.

No podía odiarlo, de hecho, creo que nunca había odiado a nadie pero no lo quería cerca de mi vida tampoco. No más. Que su actitud fuera la de cómo si nunca hubiese pasado nada me hacía hervir.

Y hablando de hervir, mi chocolate ya debía estar por deshacerse. Lo tranquilé y al momento escuché sonar la puerta. Me quejé bajito por lo caliente que estaba al tomar un sorbo y la abrí.

Rayos, si Mahoma no va a la montaña...

—Hola Carol—saludé algo desanimada.

—Wow, cuanta felicidad.

—No seas boba, me acabo de levantar, pasa.

—No, no voy a pasar—agitó la mano en la que no tenía cargando a Penny— sólo me preguntaba si tenías algo que hacer.

Que no me vaya a invitar a salir, que no me vaya a invitar a salir, que no me vaya a invitar a salir.

—Hasta ahora no

—Perfecto, yo sí. ¿Podrías cuidar a Penny?

¡Bien!

Espera ¿qué?

— ¿Cuidar a Penny? Nunca me la has dejado. Siempre se la dejas a mamá

—Mamá salió con George así que aplico la que tú tanto conoces: Para todo hay una primera vez, primor—sonrió.

No estaba completamente indecisa porque no tenía nada que hacer en el día pero ¿cuidar a Penny? A duras penas sabía cuidarme a mí. ¿Cómo me haría cargo de un bebé por tanto tiempo?

Caroline me miraba esperando mi respuesta algo desesperada y asentí frunciendo los labios deseando que todo saliera bien.

—Está bien, trata de no tardarte, tengo que ir al club esta noche—rodé los ojos.

Y además no estoy muy segura de lo que haré.

—No hagas esas caras, es fenomenal—se quejó pasándome a la bebé y un bolso enorme que ella hacía llamar pañalera—todo lo que ella necesita está allí. Sus pañales, su tetero, su comida, sus toallitas, su toalla de baño, su ropa, sus zapatitos, su...—la interrumpí.

—Sí, todo está aquí

—Bien, no tardaré, sé que lo harás bien. Ten cuidado por favor—agachó su cara para darme un beso a mí y para apapachar a Penny— Adiós preciosas,

las veo más tarde.

—Adiós Carol, vuelve pronto—la vi correr por el pasillo y Penny rió a mi lado— Hola chiquitita sólo somos tú y yo.

Un eructo salió de su garganta y reí.

—Y tus problemas estomacales.

Senté a Penny en el suelo conmigo y me quedé viéndola mientras se movía como una pequeña bola con patas. Era realmente bonita. Tan bonita y tierna que resultaba ser gracioso. Tenía rasgos de Darwin, su padre, pero era idéntica a Caroline, esa nariz respingada y esas cejas gruesas eran de ella. Sus orejitas pequeñas casi que ni se veían en su cabeza y su cabello lacio, casi todo era de ella. El color del cabello, los ojos y la forma de la cara eran de su papi pero era la viva y pequeña imagen de mi hermana. Suspiré y por un momento entró de nuevo esa nostalgia extraña.

— ¿No te gustaría tener un primito Penny? —le pregunté mientras sacaba la alfombra de su boca. Mala costumbre que al parecer no se le quitaría hasta que pudiera entender que la suciedad y los gérmenes no son ricos de masticar o tragar— O una primita tal vez, una con la que puedas jugar a las muñecas. No es que tu tía Hannah no lo haría es sólo que, pensé que tal vez una nena de tu edad sería mejor para ti—reí— Aunque si fuera un primito podrías practicar deportes con él y así te pondrías en forma—tomé sus bracitos y los

alcé simulando que mostraba sus músculos—tendrías a quien te protegiera de los chicos malos y pues, sería lindo—suspiré— Mamá no tiene más hijos y sólo pienso en qué, hasta ahora sólo tiene una nieta. Y ya yo soy una adulta y el tiempo me está comiendo. Además sería muy triste que crecieras sin primos, así como tu mami y yo—volví a sacar la alfombra de su boca— es una locura que lo piense dado que ni siquiera tengo a alguien con quien tenerlo pero, ¿no crees que sería bonito? —Sus pequeños ojitos café sonrieron al verme y soltó una risa cálida y graciosa cuando apreté su barriguita—tomaré eso como un sí.

Una pequeña lágrima se me escapó cuando sus pequeñas y regordetas manitas acunaron mi cara pero una flatulencia que también se le escapó a ella sólo hizo gracioso el momento.

—Oh vamos Penny, este tenía que ser un romántico momento.

Rió y los dientecitos de su boquita me saludaron. Bostezó tambaleándose un poco y pasé los dedos por su frente.

— ¿Tienes sueño preciosura? Vamos a bañarte, así podrás dormir fresquecita. A mí me funciona.

La dejé un momento sentada mientras corría a buscar algo que me sirviera como una bañera ya que no podía meterla en la ducha, hasta que uno de los grandes recipientes que usaba mamá para lavar la ropa apareció. Bien por mí,

ni siquiera sabía que lo tenía. El agua no se sentía fría así que tal vez no fuera necesario que la hirviera. Lo llené hasta donde creyera razonable y le quité el vestidito de vaquera que tenía puesto.

Sonreí al ver su cuerpecito dado que provocaba morderla en todas partes y rió cuando la metí al agua. Tenía que hacerme un tatuaje en honor a Penny, fallaba como buena tía al no hacerlo. Lo bueno de Penny era que no era chillona como generalmente eran todos los bebés así que era algo que me ayudaba mucho. Entraba un pánico cada vez que empezaban a llorar y sólo podía solucionarlo llorando también. Un lunar en su pecho llamó mi atención y sonreí al ver que era el mismo que yo tenía.

— ¡Tienes mi mismo lunar Penny! —reí pero fue una risa triste.

Sentía una rara nostalgia sobre querer tener un hijo pero nunca me había puesto a pensar en sí sería una buena madre o no. Mamá había hecho un buen trabajo con nosotras, a pesar de sus extraños gustos, espontaneidad en todos los ámbitos (incluso en los que no eran apropiados) y excentricidad se había esforzado por darnos la mejor educación y todo lo que tenía. Papá nos había abandonado pero en lo que fueron los primeros años fue un buen hombre. Cosa en la que también tenía que pensar.

Tomé el jabón que hacía espuma y lo embarré en su cuerpecito.

No podía solo pensar en si yo sería una buena mamá o no, también era

necesario preocuparme por lo que sería de su figura paterna.

Todo niño necesita un padre, yo lo sabía más que nadie. Y aunque repito, mamá hizo un estupendo trabajo, era bonito que un niño tuviera su papá. Es tedioso cuando llega el día del padre en la escuela y tienes que sentarte sola en una esquina a esperar a que llegue tu madre a rescatarte. Y aguantar las preguntas de los niños, que así no lo quieran, suelen herir con sus comentarios impertinentes y fuera de modestia acerca de que ellos si tienen un papá y tú no.

No sólo tenías que soportarlo, también tenías que verlo al momento en que descubrías que había otros niños pasando por lo mismo. Y a algunos que ni siquiera llegaba su mamá. Era difícil y no quería que mi niño, o niña, pasara por eso.

—Afortunadamente tú papi te adora y adora a tu mami, así que no tendrás que pasar por eso. Espero con todo que no—le dije en voz alta mientras enjabonaba sus piernitas de pollo.

Nunca había tenido mucho contacto con Darwin, el padre de Penny porque desde que era novio de Caroline había sido un muchacho callado. Solo lo escuchaba hablar ciertas veces y para pedir permiso o algo así por el estilo. Pero sabía lo mucho que la amaba y todo lo que tuvo que luchar cuando sus padres que nunca aceptaron a Caroline como su pareja se enteraron de que

estaba embarazada. Lo habían separado de toda su relación familiar y aún así no se separó de ella. Era realmente conmovedor y no me alegraba más que mi hermana fuera la protagonista de esa escena.

Penny había comenzado a tambalearse de nuevo y sus ojitos se cerraban solos así que la enjuagué rápido para poder sacarla. Tomé la toallita de baño que Caroline había dicho que estaba en la pañalera y sonreí al ver el montón de dulces bordados en ella. Esto tenía que ser obra de mamá.

—Ya dormirás preciosa, debes estar cansadita. Ser tan tierna es agotador.

Le coloqué el pañal y la envolví en una de mis sábanas por si le daba frío. No quería dejarla sola hasta que se durmiera y me acosté al lado de ella para mirarla. Su barriguita y su pecho danzaban al mismo rito de su respiración. Movié su boquita hacia arriba y cerró los ojitos poquito a poco.

Padre e hijo de Cat Stevens comenzó a reproducirse de repente en mi mente y en mi garganta y se la canté en voz baja para hacer que se durmiera con tranquilidad. Acaricié sus zarcillitos y mi mano viajó de allí a su nariz y pasé los dedos por su frente y por último por su barbilla, como hacía mamá. No tenía seguro porque lo seguía haciendo, porque en realidad era algo que sólo hacía papá. Tal vez solo se le había quedado esa costumbre.

Desde que era pequeña aún siendo la menor traté de ser la más fuerte de todas. Incluyendo a mí madre que lloró más de lo que alguna vez lo había

hecho en su vida cuando papá se fue. No quería llorar como ellas, tenía que demostrarles que las cosas seguirían en pie así nos faltara alguien en la foto familiar, pero la verdad es que él fue el primer hombre que rompió mi corazón. Intentaba no recordarlo e incluso hacer como si nunca hubiera existido pero sus recuerdos siguieron vivos a medida de que fui creciendo. Mamá se había casado tantas veces con el propósito de tener compañía y llenar ese espacio pero la realidad no era la misma. Ninguno iba a reemplazarlo y el tiempo que se quedaban tampoco era el suficiente como para que eso pasara. Así que simplemente debía acostumbrarme y tratar de no prestarle atención. Pero me dolía aún. Y el pensar en que eso podría pasarle a Penny o si alguna vez tenía hijos a ellos me rompía el corazón de nuevo.

Sacudí la cabeza dándome cuenta de que había empezado a llorar y las limpié de inmediato. Me había prometido no llorar por eso y lo estaba haciendo, era inaceptable.

Maldita guerra de las galaxias, nunca debí haberla visto y escuchar esa maldita canción.

Toques descontrolados me despertaron y de inmediato miré hacia mi lado preocupada de que algo le hubiese pasado a Penny. Pero dormía tan quieta que supuse que sería afuera.

Claro, Caroline. Dijo que volvería pronto. Vi la hora y daban las seis de la

tarde, no fue tan pronto como creía.

— ¿Qué estabas haciendo? Llevo horas aquí—se quejó cuando le abrí la puerta. Froté mi ojo y bostecé antes de responderla y rodó los ojos.

—Penny está en el cuarto, está dormidita—sonreí.

—Que linda—se alivió—es tan preciosa.

—Sí lo es—no pude dejar de sonreír al pensar en ella. Había pasado tiempo antes con Penny pero no como hoy, así que era diferente para mí.

— ¿Ya te enamoraste? —Rió entrando directo a la pañalera que había dejado sobre el mueble— la sensación de verla es hermosa. Deberías considerarlo.

— ¿Qué? ¿Cuidarla más seguido?

—No Hannah—respondió caminando hacia el cuarto— tener un bebé.

Me detuve en seco porque era increíble que precisamente estuviera considerándolo hace unas horas y era una gran coincidencia que lo mencionara. Pero era algo que me gustaría mantener para mí misma así que simplemente no se lo comenté. Además sabía que a Caroline le afectaba demasiado el tema de mi padre así que sí debía guardármelo. No era algo que pudiese hablar con la gente que había estado involucrada en eso.

—Lo pensaré—mentí.

—Penny no era algo que tenía en mis planes pero no hay nada que me pueda

haber hecho más feliz. Tal vez un condón defectuoso fue una buena inversión —rió y no pude evitar reírme también.

Caroline sacó un vestidito suelto y se lo colocó con cuidado a Penny para no despertarla pero igual falló al mover sus bracitos de la manera que no era.

—Ahg, siempre pasa—refunfuñó— nunca logro que no se despierte.

—Sólo hay que tener más cuidado.

—Sí. ¿Iras hoy al club?

—Tengo qué.

—No hables como si fuera una obligación—reviró como cada vez que me escuchaba hablar así— sabes que lo amas. Además no debe ser tan malo, al menos tienes a Matt para que te haga compañía.

Eso era lo que hacía a todo malo querida Carol.

—Sí, claro, ¿cómo no lo pensé? —mentí de nuevo.

— ¿Ves? Sólo tienes que sacar tu cabeza de ese hueco de negatividad en el que te empeñas en vivir y disfrutar las cosas buenas.

Bien, en eso si tenía razón.

—Lo sé, lo sé—le di un beso en la frente.

—Estoy muy orgullosa de ti Hannah, de verdad. Mi hermana pequeña es toda

una triunfadora—dijo en un tono gracioso— Sé que te irá bien. Todo comienzo es difícil, no te frustres.

—Gracias Carol, te amo

—Yo te amo más—sonrió plantando un beso en mi mejilla.

Había pasado por la oficina del señor Carlos al llegar para saludarlo y para decirle que no era necesario que me pagara diario y me devolvió el saludo e ignoró completamente mi sugerencia. Me otorgó la oportunidad de tomarme un día libre que quisiera así que elegí el mañana, jueves. No tenía ganas de venir todos los días así me encantara mucho cantar.

No estaba de mucho humor, así que elegí una canción que me hiciera animarme junto a las personas que esperaban por mí. ¿Y a quién no le anima Rihanna? Me fui por Diamonds, uno de sus mejores hits, que sabía que la amarían. Y efectivamente fue así. Mi ánimo mejoró completamente al escuchar los aplausos y gritos y bajé dando paso al que seguía. Le di una palmadita en el hombro justo como solían hacerme a mí casi siempre y el muchacho me sonrió.

Caminé hasta la salida y me detuve pensando en si debía irme o no. Nunca me había quedado hasta tarde y nunca había sobrepasado el área de la tarima. Nadie me esperaba en casa ni mucho menos tenía hora de llegada así que

¿por qué no quedarme a tomar algo? Nada me lo impedía.

Ajusté las mangas de mi chaqueta y me devolví mi piel por debajo de la tela poniéndose de gallina al ver de nuevo tanto movimiento. La barra se veía más tranquila así que caminé rápidamente hacia allá para encontrar donde sentarme. Usaba chaqueta todo el tiempo porque me había acostumbrado debido a mi anterior trabajo. No eran muy bien visto los tatuajes, aunque eso solo era un tabú. Y aunque yo tenía pocos, eran notables. Nadie le prestaba atención a eso así que Mónica empezó por no ponerle atención ella. Pero la costumbre se había quedado y además venía bien en esta época que al parecer el frío era su fuerte.

Me senté en uno de los banquitos que estaba cerca de la esquina y resoplé al ver que, como siempre, mis piecitos no llegaban al piso. Le hice señas al muchacho que estaba del otro lado y me sonrió al verme. Qué lindo. Tenía el cabello peinado hacia atrás y usaba un piercing en la nariz pero diferente al mío. Un millón de pecas salpicaban su cara y el lazo en su cuello me parecía gracioso. No sabía que pedir así que le pedí una sugerencia.

—Tengo lo indicado para ti—dijo con seguridad sonriendo de nuevo y caminó hacia el medio de la barra.

No estaba muy segura de cómo le decían a los que servían los tragos, Caroline había tenido un novio que lo era, pero no era algo que pudiera

recordar con claridad. Me emocioné cuando comenzó a hacer todo en frente de mí y casi que aplaudo cuando empezó. Sus manos viajan de aquí a allá con movimientos rápidos y salté en cuanto encendió la bebida.

— ¿Qué haces? —me asusté y al ver mi cara rió.

—Baby blue—me pasó la copa en la que la había vertido.

—Estoy confundida.

—Esta bebida es Baby blue, se llama así

—La encendiste—seguía confundida y su risa no había parado.

—Ese es el truco.

¡Bar tender! Así se llamaban, recordé.

—Wow, que locura—sonreí. Me sentí como una niña— Que extraño. De verdad estuvo genial—alcé un pulgar y rió negando la cabeza limpiando la botella— ¿Cuánto es? —pregunté mientras trataba de sacar el dinero de mi bolsillo.

—Tú no pagas—dijo como si fuera obvio.

— ¿Qué? ¿Por qué?

Su mano se acercó a mi franela y haló el distintivo que tenía que ponerme cada vez que fuera a presentarme.

—Los que trabajan aquí no pagan—explicó.

—Oh vamos, lo que hiciste fue genial, toma—puse unos billetes sobre la mesa y negó con la cabeza sonriendo.

—No puedo aceptar eso

—Nadie se enterará—alcé las cejas varias veces y repitió el movimiento. Agarré la mano que tenía libre y se los coloqué— Está bien, ten.

—Bueno baby, está bien—dijo refiriéndose así por la bebida.

—Te vi desde allá—dijo aproximándose otra voz. No, por favor no.

Al muchacho se le atragantó la respiración y me preparé para contrarrestar cualquier estupidez que Matt dijera.

—Manos fuera—dijo señalando el distintivo—No tocar. Shu—hizo señas con la mano que se fuera y el muchacho me dio una última mirada antes de irse.

Rodé los ojos y le di un sorbo a la bebida. Sonreí de inmediato al probarla y le di otro de una vez. Que delicioso, pensé.

—Baby blue es muy buena, ¿no la habías probado? —No respondí— Lo único malo es que así sea solo una te hace sacar cosas que tal vez no dirías estando normal. Te pone algo cursi.

Volteé a ver a Matt que se había quedado sentado a mi lado y al pegar mi boca a la copa lo ignoré.

—No puedes ignorarme toda la vida.

Otra vez.

—Hannah.

Y una vez más. Bien.

No escuché más su voz y suspiré cerrando los ojos agradeciendo que por fin se hubiese ido.

— ¿Desde cuando eres tan odiosa? —me ahogué cuando lo escuché cerca de mi cuello.

— ¿Qué parte de qué no te quiero cerca no has entendido?

—Iu—señaló lo que se me había corrido por la boca y mis orejas ardieron de la vergüenza. Todo nada más para molestarme —sólo venía a saludarte.

—Espantaste al único que se acercó a hablar conmigo

—Es el bar tender Hannah, tenía que hablarte si querías algo—dijo riendo y mis orejas volvieron a arder. Maldito, si tenía razón pero igual no tenía derecho a espantarlo.

—Es igual, a él lo quería cerca, a diferencia de ti, que no—aclaré.

—No seas así Hannah, tampoco tengo nadie con quien hablar aquí

—Qué triste.

—Extrañaba tu sarcasmo—dijo sonriendo para abajo. Quise revirar pero al verlo solo pude quedarme callada. No había nadie que hiciera que sacara tanto esa parte de mí que él. Si no estuviera tan molesta podría creerle. Suspiré y entrecerré los ojos cuando vi que no tenía nada en la ceja.

—Ya no está—se me escapó.

— ¿Qué? —frunció el ceño y pude notar la pequeñísima cicatriz debido a eso.

—Tu piercing, ya no está—me vi obligada a responder al pensar en voz alta.

—Ah, esto—tocó esa parte—sí, también lo extraño. El tuyo sigue ahí—señaló mi nariz—Simplemente se perdió, no lo volví a ver—se encogió de hombros.

—Como su dueño—bromeé. Humor malo. Pasó la lengua por sus dientes y ladeó la cabeza.

—Tú tienes un cambio también. A parte de tu amargada actitud y tus comentarios con poca decencia común—se quejó— tienes otro tatuaje.

Llevé la mano a lo que se veía de él en el cuello por instinto y asentí.

— ¿Qué son? ¿Flores?

—Lo que se ve sí.

—Qué bonito—sonrió. Y miré directo a su brazo donde tenía el primero que

se había hecho.

—Wow, no ha perdido el color

—Lo sé, es fuerte. Ninguno de los otros tampoco.

Intentó acercar la mano hacia mi cabello y de inmediato lo esquivé.

—Manos fuera. No tocar—repetí imitando su voz. Rió y rodó los ojos.

—Eres una enana engreída.

—En mí se ve tierno, en ti no.

— ¿Cómo está la bebé de Carola? —preguntó como si la palabra tierno hubiese activado algo en su memoria que le hiciera preguntar.

—Está bien, preciosa—sonreí.

—Me hubiese gustado estar cuando nació—y la sonrisa se me fue apenas lo escuché decir eso. Porque era cierto, no había estado cuando eso. Ni siquiera cuando Carol había dado la noticia de que estaba embarazada. No podía pasar un segundo sin que no me acordara de lo que había hecho y mi ánimo se bajara. Definitivamente no era una buena idea hablar con él. Ni verlo, ni nada. Odiaba tener que encontrármelo tanto.

—Sí, como sea—bajé con cuidado del banquito— yo ya tengo que irme. Espero tengas una buena noche.

—Espera, espera—haló mi brazo— ¿por qué ahora?

—No tengo que darte explicaciones —bufé— para ti eso no es necesario— sus ojos rodaron y apretó su agarre.

—Sueño con el momento en que dejes de sacar eso.

—Pues sigue soñando, mientras sigas persiguiéndome pasará—me molesté, como si fuera un pecado lo que estaba haciendo. Mis sentimientos a flor de piel.

Mis mejillas se sentían calientes y de repente me sentí tan débil que no pude imaginar que era.

Oh, rayos.

Si lo que decía Matt de la estúpida bebida era cierto necesitaba salir de aquí lo más pronto posible.

—Hannah, sólo quiero que me escuches, por favor. Sólo he buscado eso.

—No quiero escucharte Matt, estoy cansada de decirlo—mi voz se escuchaba extraña cuando sus dedos hicieron cosquillas en mi antebrazo.

—Sé que estás molesta conmigo, pero no puedes sacármelo cada vez que se te venga en gana y ni siquiera darme la oportunidad de escucharme—me zafé como pude ofendida hasta los huesos.

— ¿Yo soy la mala aquí? —Resoplé— Discúlpame Matt, no sabía que podía

herir tus puros sentimientos negándome a escuchar unas estúpidas excusas.

—No son estúpidas Hannah, por favor, ven acá—intentó tomarme de nuevo.

—No, suéltame. No vuelvas a intentar tocarme.

—Hannah, te busqué tanto cuando llegué aquí que no pienso desperdiciar esto. Pasé mucho tiempo buscand...—lo interrumpí furiosa.

—Yo pase buscándote más de unas simples semanas o meses Matt, teniendo la esperanza de realmente encontrarte—solté como una bomba— ¿Y sabes que encontré? Lo único que conseguí, fue ver como esa esperanza se hacía pedazos. Te fuiste sin importarte nada, ni mis sentimientos, ni mi amor por ti, ni mi familia, ni nada. ¿Sabes cuánto tiempo pasé llorando por eso? No, no lo sabes. ¿O cuánto tiempo pregunté por ti en todos lados preocupada de saber si estabas bien o no? ¡No! ¡No lo sabes! —a este punto ya estaba gritando. La música contrarrestando mi voz quebrada— ¿Y ahora, después de cuatro años que tú te dignas a regresar, esperas que yo me sienta a escuchar tus estúpidas —repetí—estúpidas excusas? ¿O qué no me sienta en derecho de negártelo? ¿O que no esté molesta? —toqué mi cara al sentirla fría encontrándome con lágrimas, y esa sensación horrible que estaba presente en mí desde que se fue —Me abandonaste Matt, al igual que el primer hombre que rompió mi corazón—y la bomba explotó—igual que mi padre.

Capítulo 7

No había dejado de llorar toda la noche. No volvería a tomar jamás y nunca esa cosa. De hecho, no volvería a tomar más. Y no volvería a ver a

Matt. Que era lo que en realidad me había hecho daño y arruinado mi noche.

Sacudí mi nariz en el quinto pañuelo que usaba y reproducí de nuevo *I Can't make you love me* de mi bella amiga, compañera de depresiones, Adele, mientras intentaba cantarla yéndome en llanto de nuevo. Estaba dejando correr tantos años de abstinencia. Lo que al parecer era mucho porque ya me sentía seca y mi cara era un papel. Las lágrimas se habían marcado en mi cara y me vi en el espejo sólo para deprimirme más al ver mis ojos hinchados.

Abrí la ducha para limpiar todos esos indicios de que había estado muriendo y mis dientes tiritaron al sentir el agua extremadamente fría. Mi cuerpo comenzó a temblar y quise tener calefacción en el baño y haber calentado el agua. Pero necesitaba algo que me despertara y me hiciera sentir que efectivamente estaba viva.

Me había hecho la dura por tanto tiempo que no pensé que explotar se sintiera tan horrible. Había tratado de cristalizar mis sentimientos pero no pensé que llegara el momento en que tuviese que quebrarse esa capa. Era una chica, no estaba mal visto que llorara, de hecho, hasta solían considerarlo tierno. Pero yo no buscaba ser tierna, ni nada por el estilo, quería proteger a mi familia dándoles un hombro en el que apoyarse. Si me veían llorar, caerían también. Y eso era lo que menos quería. Quería ver a mamá y a Caroline sonriéndole a todo lo que viniera.

Y lo habían hecho muy bien. A pesar de las cosas malas que surgieron después.

Enjaboné el tatuaje que tenía cerca de la costilla que me había hecho como referencia a lo que había vivido con mi padre y me di cuenta de lo que en realidad me había dolido. Por eso odiaba tanto que Matt me hubiese abandonado, porque no quería que otro hombre que era importante para mí me dejara. Pero lo hizo. Y ayer descubrí que seguía doliéndome como si hubiese acabado de pasar.

El tatuaje daba desde la costilla hasta la espalda, un tatuaje de largas horas y sesiones. No había sido nada fácil, pero estaba satisfecha con el resultado.

Empezaba con un pájaro, a su lado la compañera en su nido y seguía hacia el costado con los mismos viendo nacer a sus crías.

El pájaro más grande comenzaba a volar por toda la espalda, evidentemente alejándose de su nido hasta desaparecer en un montón de cenizas.

Las crías y su compañera seguían abajo, nada más que viendo como decidía esfumarse.

No dejaban de mirar hacia arriba así que era un poco triste, porque allí terminaba.

No puedo decir que no me importó que mi padre se fuera, es sólo que tenía

que aprender a aceptarlo porque sabía que no volvería. Al igual que lo sabía mi madre. Debía estar ahí, firme. Como el tatuaje de mi brazo, unas grandes raíces. No podía doblegarme o siquiera intentarlo, porque las lágrimas no me lo devolverían. Lo sé porque las lloré.

Cerré la llave dejando caer las últimas gotitas sobre mi pecho y salí enrollándome en la bata de baño que me había regalado mamá cuando cumplí quince años. Tenía bordadas flores por todas partes, pero con el pasar del tiempo se le habían ido borrando. Aún así era mi favorita y no la cambiaría simplemente por eso.

Agradecí haber pedido el día libre hoy porque las ganas que tenía de hacer algo eran completamente nulas. Podría pararme allí y pedirle el favor a alguien de que me asesinara pero no creía que eso fuera una opción precisamente favorable. O al menos bien vista desde el punto de los demás.

Suspiré al tumbarme en la cama y peiné mis cejas intentando sentirme más relajada. No le había preguntado nada a mamá por su boda y ni siquiera había ido a verla. Siempre le había ayudado a organizarlas así yo fuera extremadamente mala para esas cosas. Pero, ella siempre lo negaba y me ponía a elegir los adornos de la fiesta.

— ¡Ni siquiera tengo vestido!—me quejé en voz alta.

Bien, al menos ahora tenía algo que hacer. Levantarme y coger ánimos era el

pequeño problema.

Bostecé y me estiré lo más que pude intentando alcanzar mis pantuflas y me coloqué una blusa que Caroline había dejado aquí la última vez que vino y un jogger que encontré tirado. Tomé mi cartera y las llaves del coche porque a pesar de que el centro comercial quedaba cerca no pensaba irme caminando por nada del mundo. Ya bastaba con sólo existir, como para gastar la poca energía que me quedaba.

Me miré en el retrovisor para ver si lucía como si hubiese pasado toda la noche miserable y efectivamente sí. Mis ojos y mi cara estaban hinchados. Mis mejillas tenían marcas y mi nariz aún estaba roja. A pesar de que era ligeramente morena este tono de piel no me ayudaba.

Estacioné el coche lo más cerca que pude y el viento arrasó contra mí. Entré rápidamente antes de que me llevara completamente y fui directo a donde mamá había comprado su vestido el día que George le propondría matrimonio.

Todas las columnas estaban llenas y si soy sincera, no sabía qué hacer. Todos parecían tan bonitos pero a la vez tan simples e iguales que no podía elegir uno. Nunca venía sola por esta misma razón, no servía para estas cosas.

— ¿Hannah? —escuché preguntar a mi lado una voz de mujer conocida.

— ¿Mackenzie? —sonreí, mi cara doliendo por lo rígida que estaba.

— ¿Y eso? ¿Tú por aquí? Nunca fuiste una chica de vestidos—habló mientras se ponía más cerca para darme un beso.

—Ahm lo sé. Es sólo que mi mamá va a casarse dentro de poco y pues, aún no tengo vestido—fruncí los labios.

— ¿A casarse? ¿Otra vez? —se sorprendió. Mackenzie no era muy amiga mía pero si solía contarle algunas cosas cuando trabajaba con ella.

—Sí—reí—otra vez.

—Si quieres puedo quedarme a ayudarte, no tengo nada que hacer. Es bonito haberte encontrado.

— ¿Si? —me alivié. Cualquier chica ahora sería de gran ayuda— Suelo venir con mi hermana pero ahora ha estado muy ocupada con la bebé—mentí. No tenía ni idea de si lo estaba y tampoco le había dicho nada para venir pero no quería molestarla— y no creo que pudiera acompañarme.

—Bah—agitó su mano—yo vengo todo el tiempo. Sólo que no compro nada.

— ¿Por qué? —fruncí el ceño.

—No he conseguido trabajo aún.

Claro, no sabía cómo estaban mis demás compañeros acerca de eso. Yo había conseguido sólo por suerte pero ellos en realidad no tenían más opción que mudarse o renunciar.

—Pero en fin, no viniste para hablar de mí, porque ni siquiera sabías que yo estaba aquí—tocó su cabeza con su dedo y rió— viniste a escoger un vestido y yoo—enfaticó la o—voy a ayudarte con eso—tomó mi mano para caminar —la boda de tu mamá ¿es formal o algo tranquilo?

Rayos, ni siquiera sabía eso. Sólo sabía que iba a casarse y ya. Todas sus bodas solían ser diferentes y yo siempre estaba al tanto de todo. Pero esta vez ni por lo menos sabía cómo debía vestirme.

— ¿No tienes ni idea verdad? —preguntó al darse cuenta de mi silencio inminente. Negué con la cabeza apenada y haló mi mano para llevarme al último corredor— Siempre hay una solución para todo. Estos de aquí son para ese tipo de situaciones.

— ¿Dónde no sabes cómo es la boda de tu mamá?

—No específicamente. Son para cuando no quieres lucir formal pero tampoco tan relajada. Esa etiqueta sería muy larga para el mercado—reí.

—Está bien, está bien. Elige dos.

— ¿Dos? Quieres estar preparada—sonrió. No tuvo problema en escogerlos porque podía mirar todos debido a que era muy alta y bajó uno negro precioso que tenía una abertura en la espalda y uno verde oscuro con un escote en frente algo, provocativo. No de mi estilo—Este es fenomenal—dijo refiriéndose al verde.

—Llevemos esos dos entonces.

—Wow, que rápido. Nunca me había pasado esto. Generalmente paso horas intentando decidirme por uno—rodé los ojos sonriendo y yo tomé su mano esta vez.

Nos movimos hasta la caja y me recosté en el mostrador mientras contaban el pago.

— ¿Qué estás haciendo tú ahora? ¿Trabajas?

—Sí, algo sí—sentí pena. No por lo que yo estaba haciendo, si no el hecho de que trabajamos en el mismo lugar y yo tenía y ella no— Canto algunas noches en un club y me pagan por eso.

—No—pegó su mano contra la madera— ¿en el club sin nombre? Oí que allí hacen ese tipo de cosas.

— ¿Nunca has ido?

—No—entristeció— Sus reservaciones son algo costosas—frunció sus labios

— Bueno, en realidad no lo son, es sólo que no puedo costearlos.

— ¿Quisieras ir?

—Pues claro—respondió tomando la bolsa de los vestidos cuando la cajera terminó de contar.

—Pues ve—dije en su mismo tono pasándole donde estaba el verde.

— ¿Qué? —se veía confundida y sonreí.

—Lámame—hice el gesto con las manos y acaricié su brazo antes de salir de la tienda dejándola allí aún con su expresión de confusión total.

Bien, ya tenía vestido al menos. En realidad lo único que necesitaba.

Y saber cuando era la boda.

Ahg, no quería ir a que mi madre, pero no quería pasar por lo mismo de su tercera boda cuando se le olvidó decirme que había cambiado la fecha y llegué, digamos, algo antes. Como tres días, algo así.

Giré el volante para elegir el camino que daba hasta su casa y me apresuré para solo llegar, preguntar e irme de nuevo a mi miseria.

— ¡Mamá! —Grité en la puerta— ¡Mamá soy Hannah, ábreme!

Dios, por fin me decido a venir y al parecer no está. Me pegué para revisar si escuchaba ruidos pero solo podía escuchar el sonido de los artefactos encendidos. Bien, tal vez no estaba. Giré la manilla sólo para asegurarme y deseé no haberlo hecho, porque ¡bum! Estaba abierta. ¿Qué más daba? Igual iba a entrar en todo caso.

Lancé el vestido en el mueble y comencé a llamar para ver si de verdad no estaba. Fui a su cuarto, al baño y efectivamente no vi nada. A lo mejor había salido con George pero ¿Por qué tenía que dejar la puerta abierta? Tomé uno

de esos yogurts que siempre tenía en la nevera y me fui al cuarto que solía ser mío.

Casi que me pongo a llorar de nuevo. Qué lindo, todo estaba perfectamente acomodado como si nunca me hubiese mudado de allí. De hecho, hasta tenía las mismas sábanas. No había querido llevarme esas porque quería que mi habitación conservara algún toque de mí misma, de que yo existí, así que simplemente la deje allí puesta. Mi escritorio estaba vacío al igual que lo estaría mi clóset pero igual me atreví a revisarlo.

—Awwwww— maullé en cuanto vi que mis vestiditos de bebé estaban colgados todavía. No sabía porque nunca se los habían dado a Penny, ya que de pequeña si solía usar muchos. Había zapatitos, gorritos y guantes que les pones para que no se chupen los dedos. Estaba todo aquí.

Tal vez mamá estaba esperando a que tuviese una próxima Hannah y quería dejarlos para ella. No pude evitar ponerme triste por eso. Me monté en uno de los cajones que estaba firme y revisé arriba para ver que había. Wow ¡Mi guitarra! Qué extraño que la hubiese dejado aquí, amaba tocar mientras cantaba. La bajé para llevármela y tropecé al intentar bajar.

Maldición. El golpe en mi tobillo dolió. Froté para que se me pasara pero solo pude saltar hasta la cama.

Pasé las uñas por las cuerdas de la guitarra y ladeé la boca al escuchar lo

desafinada que estaba. Sonreí al recordar cuando me sentaba aquí y cantaba cualquiera que se me viniera a la mente. Amaba cantar sola. Mi máximo público era mi madre. ¿Quién diría que terminaría haciéndolo para tantas personas?

Comencé a rasgarlas intentando recordar una que me supiera y de repente se me vino una a la mente. Antes la cantaba mucho, y me la sabía completamente pero no era algo que precisamente hoy quisiera cantar.

Aunque no me gustó mucho el resultado no vi malo que lo intentara dado que estaba sola ahora. Nadie podría verme, ni saber que la había estado cantando.

Al menos no el que me preocupaba que lo supiera.

“Recuerdo que al llegar ni me miraste. Fui solo una más de cientos. Sin embargo, fueron tuyos los primeros voleteos.

¿Cómo no pude darme cuenta que haya ascensores prohibidos, que hay pecados compartidos, que tú estabas tan cerca?

Me disfrazo de ti, te disfrazas de mí. Y jugamos a ser humanos en esta habitación gris.

Muerdo el agua por ti, te deslizas por mí. Y jugamos a ser dos gatos que no se quieren dormir.

Mis anclajes no pararon tus instintos ni los tuyos mis quejidos, dejo correr

mis tuercas y que hormigas me retuerzan. Quiero que no dejes de estrujarme sin que yo te diga nada y que tus manos sean lagañas enganchadas en mis vértices.

Me disfrazo de ti, te disfrazas de mí. Y jugamos a ser humanos en esta habitación gris.

Muerdo el agua por ti, te deslizas por mí. Y jugamos a ser dos gatos que no se quieren dormir.

No sé que acabó sucediendo, sólo sentí dentro dardos, nuestra incómoda postura se dilata en el espacio. Se me hunde el dolor en el costado y se me nublan los recodos, tengo sed y estoy tragando, no quiero no estar a tu lado.

Me disfrazo de ti, te disfrazas de mí. Y jugamos a ser humanos en esta habitación gris.

Muerdo el agua por ti, te deslizas por mí. Y jugamos a ser dos gatos que no se quieren dormir.

Me moriré de ganas de decirte, que te voy a echar de menos. Y las palabras se me apartan, me vacían las entrañas. Finjo que no sé, que no he sabido, finjo, que no me gusta estar contigo y al perderme entre mis dedos te recuerdo sin esfuerzo.

Me moriré de ganas de decirte... que te voy a echar de menos.”

Me quedé con las ganas de Zahara, hermosamente triste.

—Qué hermoso —escuché la voz de mi madre y de inmediato solté la guitarra asustada.

—Mamá, pensé que no estabas aquí.

—No estaba —se movió de la puerta —acabo de llegar. Había salido con George.

—Dejaste la puerta abierta

—Lo sé, sólo era un momento —sonrió acariciando mi barbilla. Y juro que mis ojos podrían haberse cristalizado de no ser porque ya no tenía lágrimas dentro de mí —Extrañaba oírte cantar, sigues cantando precioso mi querido caramelito.

—Gracias mamá —me recosté en su pecho y se echó hacia atrás para acostarse conmigo.

—De hecho te extraño a ti —tocó mi nariz con su dedo —Quisiera que pasaras más tiempo aquí. Sabes que puedes volver cuando quieras.

—Está bien mamá, no quisiera molestarte. Por los momentos puedo vivir sola, así que estaré bien —lo deseaba bastante, pero sabía que mi madre tenía más cosas de las que preocuparse y no quería ser una carga más. Sí tenía que intentar pasar más tiempo con ella pero no estaba entre mis planes mudarme

de nuevo.

—Bueno, pero ya al menos lo sabes —apretó mi cuerpo contra el suyo y me sentí la persona más amada en el mundo —Vi una bolsa en el mueble, ¿es tuya?

—Oh sí —me levanté con cuidado —fui a comprarme el vestido para... — me interrumpió.

— ¿Para miii boda? —dijo en un tono emocionado, que a la vez era gracioso.

—Sí, para tuuu boda.

—Qué bonito, iré a buscarlo, quiero verlo

—No —negué con la cabeza—se supone que tiene que ser una sorpresa. Ya me verás el día de la boda.

—Oh Hannah —se quejó —aún falta mucho para eso, no quiero esperar hasta mañana.

— ¡¿Qué?! —Grité — ¿Mañana? ¿Este viernes, mañana?

—Sí, mañana ¿Por qué tanta sorpresa?

— ¿Por qué tan pronto?

—No es pronto —bufó — Llevaba años esperando que me lo propusiera, casarme era solo el desenlace, así que ¿para qué esperar tanto por eso?

—Pero no me habías dicho nada y mira, sólo falta ¡un día! —volví a gritar —
En realidad la mitad de uno.

—Creí que ya sabías, pensé que Carol ya te lo había dicho. Por eso compraste
tu vestido ¿no?

— Fue pura casualidad que comprara el vestido —reclamé ofendida —
¿Quién te ha estado ayudando con todas estas cosas? ¿Lo adornos? ¿La
música? ¿Todas esas cosas?

—Oh —agitó su mano —las hermanas de George han sido muy cordiales
conmigo, han estado preparando todo. Yo sólo tuve que comprar mi vestido
—rió.

—Menos mal que yo compré el mío —refunfuñé.

—Vamos cariño, no te molestes, no sabía que no estabas al tanto de eso

—La próxima vez asegúrate mamá, casi que ni iba a tu boda

—No habrá próxima vez Hannah —rodó los ojos —Este si es el indicado.

—Claro, claro, lo siento —sonreí.

—Además, la música no es problema —se encogió de hombros —Tú
cantarás en mi boda.

Okay, esto realmente era una locura. Había pasado de no saber cuando era la boda a tener ya un papel fundamental en ella. Mamá siempre me había preguntado si le haría “el honor” de cantar en sus bodas pero nunca me lo había ordenado. Ahg, quería complacerla pero no quería hacer eso.

Además, tenía que pedirle permiso a Carlos para mañana y se suponía que hoy sería mi día libre. Pegué mi cabeza contra el respaldo del coche y suspiré. Había sacado mi trasero de la cama para ir sólo a comprar un maldito vestido y había terminado dando más vueltas que las que tenía planeadas. Suspiré una vez más intentando encontrar paz mientras abría la puerta del coche para ir a eso. Tomé el distintivo que afortunadamente siempre cargaba en la guantera por si acaso y caminé hasta la entrada.

El guardia grandote de la puerta frunció el ceño al verme y lo saludé con la mano y una sonrisa.

—Creí que hoy era tu día libre —sentí un escalofrío al escuchar su voz. No sólo su tamaño daba miedo.

— ¿Cómo sabes eso? —pregunté curiosa.

—Tengo que saber todo aquí, linda.

— ¿Recuerdas todas las caras?

—Todas y cada una de ellas.

—Bueno, vaya, sí que das miedo —me reí y le toqué el hombro cuando se hizo a un lado —volveré pronto, solo vengo a hablar con Carlos.

No estaba vestida como para venir a un lugar donde hubiese tanta gente así que quería pasar lo más desapercibida posible. Sólo quería ir, rogar para que me diera el día libre y salir. Ir a mi casa y hundirme de nuevo en mi miseria. Era mi plan inicial al llegar a casa de mi madre pero por lo visto ahí no había funcionado. Al menos esperaba que en esta situación sí.

—Pasa —escuché decir desde dentro a la primera vez que toqué — ¿Hannah?

—Se extrañó al verme — Creí que hoy era tu día libre.

—Sí, lo es —recordé al grandulón —es sólo que necesitaba hablar con usted

—respiré profundo — Verá, sé que pedí los jueves libres pero necesito que me dé el mañana esta vez.

— ¿Cómo? ¿También los viernes libres?

—No no —agité las manos —sólo este. Mi madre se casa —me preparé mentalmente para cualquier comentario sarcástico o algo por el estilo y las respuestas que podía dar pero al decir esas palabras su expresión cambió por completo.

— ¿Se casará? —Sonrió —Que bonito —sacudió la cabeza como recordando algo — está bien —hizo señas de que me fuera.

— ¿Cómo? ¿Ya? ¿Así tan rápido?

— ¿Tienes idea de lo bonito que es casarse?

—Yo no, pero creo que ella sí tiene mucho que responder a eso.

—Pues bueno, es hermoso. Así que si, está bien, vete —volvió a hacer las señas con las manos volviendo a los papeles sobre su mesa.

Okay, eso fue fácil. Tal vez el plan había funcionado. Caminé de puntitas por todo el camino hacia la salida pero era casi imposible que la gente que estaba cerca de la tarima no me viera. Una chica que estaba en la esquina me reconoció y me saludó varias veces con emoción. Me pareció muy tierna, así que me acerqué para darle un beso.

—Eres la chica que canta

—Y tú eres la chica que —piensa rápido. Vamos —escucha —perfecto Hannah, eres la mejor.

—Sí, generalmente —rió frunciendo el ceño.

—Bueno —mis mejillas enrojecieron —ya tengo que irme.

— ¿No cantarás?

—No hoy —fruncí los labios — Y no vestida así —sonrió al verme.

—Me gusta cómo estás —chocó mi hombro con el suyo — Puedes quedarte

si quieres, en un rato viene el show de Magia, hay que aprovechar —movió sus manitos hacia arriba —poco lo hacen.

— ¿Show de Magia?

—Ladies and gentleman —escuché desde la tarima y la luz incandescente hizo que entrecerrara los ojos —Hola, sólo soy yo —rió y la reconocí sin necesidad de verlo.

La gente rió con él y la chica que estaba a mi lado aplaudió muy fuerte.

—Necesito que presten mucha atención esta vez —la luz se movió hacia el público y me escondí detrás de la chica para que no se diera cuenta de que estaba allí. Qué bien, sí era cierto que las hacía —hoy haré un truco diferente a todos los que han visto ahora. O como a todos les gusta llamarlos, ¡magia! —sonrió.

— ¿No es precioso? Es precioso —mencionó la muchacha soltando un suspiro y me reí — ¿Te imaginas como sería de novio?

—No —me crucé de brazos aún riendo un poco — no me lo imagino.

—Yo tampoco en realidad.

—Es mi ex.

Podía haber guardado su expresión en una botella y sacarla cada vez que me sintiera triste y quisiera reírme un buen rato. No quise ser grosera así que

simplemente sonreí y ella volteó apenada simulando prestar atención al frente. Con cuidado de que no me viera mientras se dirigía a las personas seguí escondida a sus espaldas.

—Quiero que tú —señaló Matt a una chica del público —elijas una carta. La que tú quieras. Solo dime cuando parar —deslizó el mazo por su dedo y pude escuchar cuando la muchacha lo mandó a que se detuviera —Tómala, enséñala al público, te prometo que yo no la veré.

Me era difícil ver de lejos así que tuve que acercarme un poco para visualizar cuál era. A de corazones roja, que casualidad, una de sus favoritas.

—Bien ¿todos la vieron? — Abrió el mazo para que la chica la introdujera mientras todos afirmaban y empezaba a barajear —Ahora, necesito que tú misma revises las cartas que acabo de batir y me digas si tú carta está.

Todos estaban tan quietos que no podía creer que fuera el mismo lugar donde estaba ahora. Todos a la espera, todos con su ilusión.

Siempre me habían encantado sus trucos y la manera en la que él disfrutaba hacerlos.

Siempre quieres saber cómo los hace, si es magia de verdad, o si tiene algún pacto en él más allá. Me reí mentalmente. Pero aunque él estuvo siempre dispuesto a enseñarme nunca quise aprender. Los magos se quitan la ilusión para dársela a otras personas. Y me consideraba una persona egoísta al no

querer quitarme a mí misma esa ilusión.

—No está, la carta no está aquí —escuché decir a la chica de en frente y sonreí al ver que el truco le había salido bien.

—Okay, perfecto —volvió a hablar Matt y me sorprendió porque creí que eso sería todo — alguien del público, alguien a su lado, tiene esa carta — entrelazó sus manos —y necesito que ustedes la consigan.

Alcé mis cejas y quise empezar a correr en cuanto vi que todo el mundo comenzó a moverse como una manada de jabalíes. Esto sería malo. Yo era pequeña, todos eran grandes, iban a aplastarme. Estúpido Matt.

—Dijo a su lado, no tienen que volverse locos —me quejé cuando me empujaron y choqué contra la chica que había estado conmigo desde que había decidido mirar. Se volteó para quejarse también de que sin querer había tropezado contra ella cuando sus ojos se abrieron exasperadamente creándome cierto susto.

—Tú —dijo poniendo atención sobre el bolsillo de mi blusa.

— ¿Qué?

Tomó mi mano fuertemente como si tuviera miedo de que me fuese a soltar, porque siendo sincera, era lo que en realidad quería y comenzó a gritar como loca. No podía distinguir bien que era pero creo que decía “¡La tengo, yo la

tengo!”

Intenté zafarme pero sus uñas se incrustaron en mi piel y chillé.

¿La tenía? ¿Qué se suponía que tenía? ¿Mi carne machacada?

—La tienes, sé que la tienes, suéltala —dijo Matt cuando vio como me tenía agarrada.

Era la única vez que me alegraba de algo que hacía desde que lo había visto.

—Ven acá —dijo refiriéndose a mí. Negué con la cabeza y rodó los ojos — al menos saca la carta de tu bolsillo por favor.

—No tengo nada —bufé, teniendo en cuenta de que él ni siquiera me había visto, y que tampoco sabía que yo estaba ahí.

Pero su expresión era tan seria y relajada que no pude evitar mirar hacia abajo.

Por-Dios. Mi pulso se aceleró al ver lo que parecía ser un cartón rojo en el bolsillo donde me había puesto el distintivo y sacudí la cabeza pretendiendo suponer que era mentira. Pero la expresión de sorpresa de las personas a mi lado me hacía saber que no.

Tragué saliva intentando guardar mis ansias de gritar y emocionarme como cada vez que me sorprendía, y mis manos comenzaron a sudar.

—Ven acá —repitió sutilmente sin decir mi nombre.

Respiré profundo aún con las ansias a punto de explotar y caminé lentamente hacia el inicio de la tarima. Bajó con cuidado y al sonreírme sacó de mi bolsillo la carta y me pidió que la tomara.

— ¿Es la carta?

Tenía tantas ganas de golpearlo porque sabía que si tenía que ser la carta y no quería revisarla.

—Hannah —dijo en voz bajita subiéndola después — ¿Es la carta?

—Sí es la carta —la alcé sin mirarla porque estaba segura y sentí todas las personas gritando detrás de mí.

—Gracias —me sonrió bajando mi mano y quitándomela para romperla — Esto es para ti, estaremos mano —fruncí el ceño confundida mientras me pasaba el papel y subía de nuevo a la tarima.

“Tuve miedo de perderte y de ser el error del que pudiste aprender.

Nunca quise dejarte, no me malinterpretes, solo quería enseñarme a mí mismo, ser mejor”

Las chicas comenzaron a moverse hacia donde estaba gritando y me hicieron moverme hacia atrás a fuerza de empujones.

Estaba ¿cantando?

“Quise corregir las cosas, todas las que había hecho mal. Sabías que por ti

moría, la vida daba. Y el camino que tú junto a mí formabas, solo era bueno en destruir.

Sé que no me perteneces, nunca lo hiciste. Tu libertad era lo que más amaba”

Mi respiración comenzó a volverse entrecortada y temblando tomé el papel que me había dado y sonreí dejando escapar algunas lágrimas que se formaron cuando vi su torpe letra allí. Seguí lo que estaba cantando que era lo mismo que tenía escrito la hoja y no hubo momento en que lo odiara y lo extrañara tanto como ahora.

“No quería que mis demonios te hicieran dar un paso al odio. Era a lo que más le temía.

Quería convertirme en lo que me pedías, porque vivía para ti. Me convertí fuego para arder en ti.

Ceniza fui, ceniza seré, hoy y siempre, en lo que me convertí”

Toqué mi tatuaje por instinto en cuanto dijo eso y se me hizo un nudo en la garganta que si no lo sacaba pronto lo más posible era que me ahogara con él.

“Antes para siempre te decía. Y que ya no pudiera verte me sumía en tanta ironía.

Ya sabía que era malo, porque hasta me lo decían.

Pero me hacías sentir tan bien que a veces ni me lo creía”

Mi nariz empezó a calentarse y mi cara comenzó a tonarse pegajosa por las lágrimas y supe que tenía que salir de ahí rápido.

“Nunca quise abandonarte. Mi plan nunca fue dejarte. Perdóname, no te lo merecías

Mi único deseo era que fueras feliz”

Los aplausos y los gritos más que todo de mujeres que estaban a mi lado comenzaron a hacerse más fuertes y se movían tanto que terminaron por dejarme hasta atrás de nuevo. Me sentía otra vez tan vulnerable que hasta mi cuerpo dolía. Volteé para verlo una vez más y no pude evitar que el nudo que tenía atravesado saliera a flote por mis ojos. Lo vi correr por la tarima y me apresuré a la salida corriendo también.

Sabía que intentaría alcanzarme así que abrí lo más rápido que pude la puerta del coche y rogué para que encendiera rápido.

Bien, lo hizo. Vi a Matt salir al mismo tiempo que me ponía en retroceso y apreté los labios intentando no llorar más pero su mirada se veía tan triste que casi rompo la palanca al intentar retroceder más rápido. Se movió hasta el carro y al escuchar sus gritos llamándome comencé a rodar alejándome todo lo que pudiera de él.

Capítulo 8

Afortunadamente sólo llegué durmiendo porque tanto llorar me había hecho sentir cansada y no había pensado tanto en lo que había pasado. No lo había olvidado pero tenía tantas cosas en mi cabeza que no tenía claro de lo que podía o no pensar primero.

Corrí hacia el baño para lavarme el cabello y dejé el vestido y los zapatos que

me pondría para estar lista e irme de una vez a casa de mamá. Me había parado tarde y eso no me ayudaba en nada. Tiré la bolsa donde habían estado los deliciosos panes de queso que había desalmuerzado en la papelera del baño y ni siquiera lo fría que estaba el agua afectó lo apurada que estaba.

Mi cabello olía a rosas por la esencia que había comprado para el shampoo y me sentí indecisa de si ponerme el vestido de una vez o después de que fuera a la peluquería. Rayos, no sabía qué hacer. Si iba a la peluquería con el vestido podría arruinarlo, pero si iba después mamá vería el vestido.

Ahhhhg, tomé la misma ropa que me había colocado ayer y salté cuando parte de mi cabello mojado se pegó a la blusa.

La puerta sonó y maldecí cuando resbalé tratando de correr a abrirla.

— ¡Hannah! ¡Ábreme rápido!

Caroline. Definitivamente tenía que devolverle su llave.

Giré la manilla para que entrara y salí corriendo otra vez con el riesgo de volverme a resbalar para seguir acomodando las cosas que pretendía llevar.

— ¿Vas a la peluquería ya? —su voz se escuchaba desesperada y miré sorprendiéndome. Estaba hecha un desastre.

— ¿Por qué no te has arreglado? —pregunté mientras la ayudaba con la pañalera y ella intentaba sostener a Penny.

—Por lo visto por la misma razón que tú. Me paré muy tarde —se quejó —
Mamá debe estar furiosa al ver que ninguna de las dos había llegado.

—Lo entenderá —agité las manos buscando las llaves del coche.

—Darwin pidió permiso sólo para noche, tengo que andar con Penny para
todos lados ahora

— ¿Compraste tu vestido? —me preocupé.

—Lo compré desde que mamá dijo que estaba saliendo con George —rodó
los ojos —Sólo me falta el cabello, ya tengo todo. Hasta Penny lo tiene —
haló el lacito que le había colocado en el pelo. Se veía tan tierna que no pude
evitar enamorarme más. Rió cuando fui a abrazarla y Caroline golpeó mis
manos —Al coche Hannah, no tenemos tiempo.

—Lo sé, lo sé —refunfuñé sonriéndole de costado a la bebé.

Metí todo en un bolso grande que tenía y apuré a Caroline para que fuéramos
afuera donde tenía el coche.

—Iremos a la que queda en el centro comercial, no tenemos tiempo para ir
más lejos —ordenó colocándose el cinturón.

—No conozco otra Carol —Ladeó la boca y le colocó los zapatitos a Penny.
Unas sandalitas preciosas de color azul que le combinaban perfectamente con
su vestido floreado.

Tranqué todo en cuanto llegamos y Caroline me pasó a la bebé para ir a pedir la cita rápido. Como por obra y gracia del cielo, no había suficiente gente y habíamos quedado de terceras. Caroline no dejaba de mirar su reloj y eso me estaba impacientando a mí. Penny soltó un gasecito y comencé a darle palmaditas en la espalda para que sacara todos los tenía.

—Las hermanas de George son una roba shows

— ¿Lo dices porque la organizaron toda?

— ¡Claro! —Chilló —no querían que nos metiéramos en nada de eso.

—Habla por ti misma querida, yo ni siquiera las conozco. Ni siquiera sabía

— ¡Eligieron todo! —volvió a chillar — Los adornos, la comida, las flores, el lugar, todo.

—No te estreses Carol, no podías estar pendiente de eso igual, ahora tienes a Penny —la sacudí —no es lo mismo que antes, tienes que dedicarle más tiempo a ella y no hubieses tenido el necesario para ocuparte de esas cosas.

—Ahg, lo sé, lo sé, tienes razón —frotó su frente —Espero que todo salga bien.

—Lo saldrá, es mamá —sonrió.

—Siguiente —dijo la chica de en frente y le hice señas a Caroline de que fuera primero mientras yo jugaba con Penny.

No me cansaba de escucharla reír cada vez que apretaba su barriguita y movía su barbilla con mi dedo. La señora que estaba a mi lado sonrió al escucharla también y la miró con ternura.

— ¿Tú bebé? Que preciosa

—No, es de mi hermana —sonreí tristemente.

—Hola linda —la saludó tocando su nariz —eres extremadamente bonita ¿sabías?

—Sí, lo sé, igual que mi tía —respondí moviendo su boquita por ella. La señora rió y asintió.

—Es muy bello tener un hijo, tengo tres y son todo en mi vida

—Sí, debe ser muy hermoso —entristecí un poquito más. No lo decía para chocarme pero igual dolía un poco.

—Hannah, vas tú, rápido —me interrumpió Caroline sosteniendo los rulos en su cabello. Había quedado perfecta.

Mi vestido era escotado en la espalda así que tener el cabello suelto no era una buena opción. Pedí que me hicieran un peinado alto y comencé a toser en cuanto rociaron spray por toda mi cara. Cerré los ojos hasta que estuve segura de que habían terminado y una sonrisa se me escapó al verme a mí misma en el espejo de en frente.

— ¡Perfecta! —gritó Caroline desde atrás y reí.

Llegamos corriendo a la casa de mi madre con cuidado de no arruinar nuestro cabello y nos recibió con una carota. Y un hermoso vestido color perla ajustado a su cuerpo.

— ¿Dónde se supone que estaban? Ya va a ser hora de irnos—miró su reloj

— Corrección, ya es hora de irnos

—Perdón mamá, fuimos a arreglarnos.

— ¡Ni siquiera están vestidas!

—Planeábamos vestirnos aquí—se quejó Caroline.

— ¡¿Y que se supone que están esperando?! —Nos corrió— George debe estar pensando que no llegaré a mi boda.

Me metí en el que era mi cuarto e hice que desapareciera la ropa que tenía. Respiré profundo al ver el vestido temiendo que no me quedara bien y me lo coloqué. Corrí a verme en el espejo pero olvidé que tampoco tenía puestos los zapatos. Eran los únicos tacones cómodos que había conseguido en toda la historia humana y no me había separado de ellos cada vez que mamá tenía

una boda porque siempre había un familiar o amigo del novio que le gustaba sacar a bailar.

Pisé varias veces para acostumbrarme y esta vez sí corrí hasta el espejo. Un ajuste por aquí, otro por allá, la tela algo más abajo, el escote tal vez arriba. Listo. Estaba lista. Me di otra sonrisa a mí misma y metí un pelito que había quedado suelto dentro del peinado. Las mangas del vestido eran largas así que sólo sobresalía una parte del tatuaje que tenía. No me gustaba maquillarme, así que casi siempre andaba en estado natural.

Nada mal, pensé al echarme otra mirada, podría decirse que hasta me veía bonita.

Caroline también tenía su propio cuarto antes así que fui para ver si ya estaba lista cuando para mi sorpresa la encontré vestida y emperifollada pero llorando.

— ¿Carol? ¿Estás bien?

—Hannah—limpió su cara rápidamente intentando esconderse—dile a mamá que ya casi estoy lista, sólo me falta...—la interrumpí acercándome a ella y dándole un abrazo.

— ¿Qué pasa?

—No pasa nada, la emoción—mintió

—Sé cuando mientes Carol

—Lo sé—chasqueó los dientes—Estoy algo triste Hannah, bueno, en realidad muy triste—sopló su nariz en el pañuelo que tenía en la mano y se separó sentándose de nuevo.

— ¿Es por mamá? ¿Dijo algo?

—No no, claro que no—negó con la cabeza—estoy feliz por mamá, de verdad. Es sólo que—pausó—sé que es estúpido pero no puedo evitar pensar en cómo serían las cosas si papá aún estuviera con nosotras. No lo sé si mamá en vez de estarse casando todo el tiempo estuviese renovando los votos con papá, es estúpido porque han pasado mucho más de diez años pero no puedo evitar pensar en eso cada vez que hay boda—se desplomó llorando.

Me tragué mis sentimientos y me agaché de rodillas para volver a abrazarla. A esto me refería, mis dos mujeres necesitaban un hombro fuerte en el que apoyarse. Y yo tenía que ser ese hombro. No podía desplomarme también tomando el riesgo de que se cayeran junto conmigo. Tenía que tener firmeza, poder. No demostrarles que estaba mal llorar pero sí que podían llorar en mí.

—Tengo veintiocho años y sigo llorando por esto ¿puedes creerlo? —Asentí posando mi cabeza en la suya— ¿Cómo haces para que no te duela Hannah?

—la miré a los ojos. Sus grandes ojos avellana hinchados.

—Que no llore no quiere decir que no me duela—sonrió.

—Lo sé, siempre lo dices.

—Quita esa carita, se te verá horrible el maquillaje.

—Oh por dios—rió—tienes razón.

El coche de mamá no había querido encender, así que nos fuimos las tres en el mío. Nunca la había visto tan nerviosa, casi que hasta podrían decir que era la primera vez que se casaba. Venía masticándose las uñas desde que habíamos salido y yo no dejaba de pegarle en la mano para que dejara de hacerlo. Mamá usaba el cabello corto, así que no tenía problema a la hora de arreglárselo, solo secador por aquí, por allá y se veía radiante. Tenía la boca pintada casi del mismo color de Caroline y cargaba puesto los zarcillos que le había regalado la vez que gané mi primer sueldo. Perla, al igual que su vestido. Sonreí al voltear a ver a Penny en el retrovisor, tan linda y ella rió al notar que la estaba viendo. Era gracioso porque Caroline tenía puesto el mismo vestido que la bebé pero en versión grande y se veían muy tiernas.

—Vete por la derecha, George nos reservó puestos adentro—dijo mamá haciéndome señas a la gran puerta de metal que ahora tenía en frente.

Había una gran cantidad de gente fuera y me pregunté si serían invitados de mamá o de George.

—No veo a Matt por ningún lado—dijo Caroline haciendo que apretara el freno sin querer.

—Hannah—se quejó mamá.

— ¿En serio lo invitaste?

—Sí—frunció el ceño— ¿por qué? —Se preocupó— ¿Estuvo mal?

No sabía que responder a eso. Las imágenes del día anterior volaron a mi cabeza y me quedé paralizada.

—Hannah, están esperando a que entremos—me tocó el hombro con la manito de Penny haciéndome reaccionar y aceleré, mamá saludando a los que estaban en la puerta.

— ¿Estuvo mal caramelito? —repitió esperando mi respuesta.

—No mamá, no te preocupes—le dediqué una sonrisa fingida intentando que se viera de verdad.

No podía decirle si estaba bien o no. Jesús, era su boda.

Además no estaba realmente segura de esa respuesta. No sabía que pensar acerca de Matt. Las imágenes volvían a mi cabeza como un cassette al que le pones replay. No sabía que querer.

Mamá me dio una última mirada antes de bajarse del coche e intenté sonreírle otra vez de la misma forma para que no notara que estaba mintiendo y de

inmediato le saqué conversación mientras caminábamos hacia adentro. Se había asegurado de irnos por un camino en el que ni George ni nadie la viera, porque como dicen las malas lenguas “es de mala suerte”.

— ¿Estás nerviosa? — su rostro se iluminó.

—Claro que lo estoy, voy a casarme—ladeé la boca— Lo sé, lo sé, “te has casado muchas veces” —repitió con mi voz— pero no me cansaré de repetirlo, esta vez es diferente. Todas las veces lo son, pero hay ciertas personas que te hacen sentir más que otras—Wow, por un momento creí que había leído mi mente y estaba jugando al ventrílocuo conmigo— y George, él me hace sentir como si no tuviese tantos años encima, ni problemas, ni bodas—rió— Me hace sentir especial. Me hace sentir Evelyn.

Hacía años que no escuchaba el nombre de mamá, casi que había olvidado lo bonito que era. No es común decirle por su nombre a tu madre, así que no era común escucharlo seguido. Tomó mi mano y la apretó respirando profundo al acercarse a entrar.

Me sorprendí al ver el lugar y la decoración. A pesar de casarse por civil, lo habían organizado de manera que se viera como si fuera por la iglesia. Que ingeniosas. Y extrañas.

Tomé a Penny en brazos mientras Caroline acomodaba su vestido y su cabello y tomaba la otra mano de mamá. Ya no se veía triste, pero sabía que

lo estaba. Había música clásica dentro y sonreí, porque le encantaba. Respiré profundo yo también cuando pisamos la entrada y todas las personas se levantaron al vernos llegar. Algunos familia, otros amigos de mamá y personas que no reconocí que supuse que serían de los invitados de George. Sentía pánico cada vez que un grupo grande de personas posaban su atención en mí pero creo que ya me estaba acostumbrando. De lejos pude ver a George suspirando como diciendo “Dios, si llegó” y no pude evitar soltar una risita.

Mamá nos soltó cuando ya nos estábamos acercando y nos sentamos en los puestos que supuse habían apartado para nosotras. Estaba también el lugar de Darwin pero él no llegaría hasta la noche.

Se veía tan feliz que sonreí cuando el hombre comenzó a hablar.

No había tenido mucho contacto con George, porque no solía tenerlo con los que habían sido esposos de mamá, aunque ellos intentaran tenerlo con nosotras, me gustaba mantener distancia. Agradecía las cosas que me habían dado, pero no era algo que yo viera necesario que tenían que hacer solo porque estaban saliendo con ella. Pero se veía que era un buen hombre y a mamá por lo visto le encantaba.

Vi de nuevo a Caroline para asegurarme de que estuviera bien y solo sonreía al igual que yo al ver al frente. Bien, al menos todo estaba bien. Por ahora. Aún no tenía claro en mi mente como debía haber respondido de verdad la

pregunta de mamá de si estaba mal o no ver a Matt de nuevo. Sus palabras atraparon mi corazón como cuando estaba enamorada de él. Pero ese era el problema ¿lo estaba aún? Si de algo estaba cansada era de tener que darle vueltas a mi mente con ese tema. ¿Amaba a Matt? ¿Quería volver a verlo? ¿Lo sacaría de mi vida para siempre?

¿Cómo se suponía que iba a responder esas preguntas?

—Puede besar a la novia—escuché y pegué un salto en el puesto mirando a todos lados para ver si todos habían escuchado lo mismo que yo.

— ¿Qué? ¿Ya? ¿Tan rápido? —pregunté apenada a Caroline, por no haber estado prestando atención.

—Ufff sí—refunfuñó— Para mí fueron horas, es estresante escuchar lo mismo varias veces.

Aún seguía apenada. Me sumía tanto en mis pensamientos que no era capaz de escuchar lo que pasaba a mi alrededor. Teniendo en cuenta de que no era cualquier cosa, si no la boda de mi madre.

—Penny se durmió—sonreí.

—Yo también lo hubiera hecho—rió mirándola.

Mamá se acercó a George para recibirle el beso y los escandalosos aplausos a mi lado me hicieron levantarme y aplaudir fuerte también. Penny se

despertó ante el estruendo y Caroline enloqueció, se sentó de nuevo y me le acerqué para decirle que iba al baño.

Otra vez casada. Ya legalmente. Así que si se podía decir que era una boda completada. Ese era el momento que se suponía era emocionante.

Había ido a tantas bodas desde pequeña que no me preguntaba cómo sería casarse. Podía imaginar cómo se sentía solo con ver a mamá, con ver a su esposo, con ver a la gente que los rodeaba. Casarse es un compromiso difícil, algo que no puedes tomar a la ligera. Estás eligiendo a la que se supone será la pareja de toda tu vida. Es algo que no funciona en estos tiempos, porque sólo les gusta vivir la emoción del momento, pero a pesar de que no quería casarme tenía claro lo importante y significativo que debía ser lo que muchos llaman ese simple papel.

La gente comenzó a moverse entre todos para saludarse y antes de que fueran a atraparme me escapé hacia el coche. Afortunadamente no tenía que manejar más porque la recepción sería allí mismo pero igual era agotador cuando se te acercaba toda la familia a saludarte y tenías que mantener una sonrisa de oreja a oreja por toda la noche. No me consideraba una persona asocial, pero estaba algo cansada de eso.

Cada vez venían menos familiares y mamá en ciertas ocasiones se quejaba, pero aprendió a aceptarlo después de la cuarta. Tropecé contra una piedra al

apresurarme a salir por los tacones y creí que me iría de boca cuando unas manos me detuvieron y suspiré. Un ángel caído del cielo.

—Por Dios, gracias, creí que me caería—dije entre risas cuando tomaba sus brazos para apoyarme hasta levantarme por completo.

—Estás hermosa—mis labios se secaron al instante como si fuera una reacción propia que pasara cada vez que lo escuchaba.

Miré hacia arriba y tragué saliva en cuanto lo vi.

Mis manos seguían aferradas a sus brazos y se sintieron cómodos mis dedos entre la lana de su traje. Fruncí el ceño en cuanto que me di cuenta que era del mismo color que mi vestido y que se ajustaba completamente a su cuerpo. Se había quitado los aretes y se había rebajado la barba y el cabello. Aún así, seguía viéndose como la primera vez que me lo encontré. Hermosamente guapo. Asentí frunciendo los labios, mi habla desapareciendo como ya solía ser común y caminé hacia el coche escuchando sus pisadas detrás.

Sabía que me estaba siguiendo pero no hice empeño a detenerlo. Ni siquiera podía hablarle, así que no estaba segura de si pudiera quejarme de algo.

—Siento haber llegado tarde—se disculpó cuando intentaba sacar las llaves de mi bolsito de mano.

—No te perdiste de nada—dije y me sorprendí. Bien, mis estúpidas cuerdas

vocales habían vuelto—es lo mismo que en todas las bodas.

—Nunca llego a tiempo a las bodas—rió. Y mi estómago se revolvió. No otra vez esa sensación, por favor.

Era cierto, nunca lo hacía. De todas las que había ido de mi madre, nunca había llegado antes del “Ahora son marido y mujer” Debí imaginarme que era él.

—Pues yo que si he llegado a tiempo a muchas, puedo asegurarte que no te perdiste de nada—me atreví a mirarlo.

—Estás hermosa—repitió y me quedé quieta sin saber que decir. ¿Lo insultaba? ¿Le agradecía? ¿Salía corriendo?

No quería quedar como una maniática pero de verdad quería la última opción.

—Tú también lo estás—se me ocurrió decir. Aunque no solo era una ocurrencia, en realidad lo estaba.

— ¿Hermosa? —bromeó y se me escapó una sonrisa.

Siempre tenía algo bobo que decir.

—Guapo, estás guapo—por fin, las llaves. Abrí la puerta del coche y me quedé mirando a Matt sin saber si despacharlo o invitarlo a entrar conmigo.

No estaba en obligación de hacer lo segundo, así que ¿porque si quiera estaba pensando en eso? Por Dios, iba a morirme de un colapso mental si seguía

preguntándome cosas sin saber que responderme a mí misma. Como si leyera mis pensamientos sostuvo la puerta de mi coche hasta que me sentara y caminó hasta la otra para entrar también.

Froté el volante y el silencio fue inminente. No tenía muy claro muy bien lo que estábamos haciendo. O porque estaba sola con Matt, pero de verdad sólo quería relajarme antes de que fuera a explotar. Miré hacia afuera por la ventana y vi el bullicio de gente afuera hablando entre todos. Mamá sabía que ese tipo de cosas no me gustaban así que no debía preocuparse por donde estaba. Era lo único bueno.

— ¿Vamos a alguna parte? —preguntó halándose su corbata como si le faltara oxígeno y sonreí.

—Hasta ahora, que yo sepa, no.

—Puedes ir a donde quieras, tienes imaginación.

—Y gasolina—bromeé.

—No seas aguafiestas. ¿Te gusta estar aquí?

—No quiero estar dentro, está bien aquí.

—Bueno, si así lo quieres—sonrió y algo rojo en su pantalón llamó mi atención.

— ¿Cómo lo hiciste? —pregunté al darme cuenta de que eran barajas y

recordar lo que había pasado ayer.

— ¿Cómo hice qué? —saqué las cartas de su bolsillo.

—El truco ¿cómo lo hiciste?

—Creí que no te gustaba que te dijera—sonrió.

—No, no me gusta—afirmé dejándolo confundido.

—Sabía que irías al club.

— ¿Cómo? Era mi día libre.

—No habías pedido permiso—respondió con suficiencia. Abrí la boca y de inmediato la cerré— Sabía que irías —repitió — y que luego al verme te esconderías. Tú hiciste todo lo que yo quería.

—Como siempre —se me escapó rodando los ojos.

—No como siempre—me avergoncé al darme cuenta que había escuchado— Solo cuando se trata de predecirte—lanzó una carta a mi nariz.

—Eres un idiota—reí cuando me hizo cosquillas. Y de repente me entró una tristeza enorme incrustada en mi pecho.

—Lo demás, solo tuve que...—lo interrumpí.

—No decir—ordené.

—Está bien, no decir—froté el volante de nuevo— ¿Te gustó?

—Sí, lo hiciste muy bien. No quería admitirlo pero la verdad me sorprendió mucho, no te había visto ese.

—No Hannah, no el truco—tocó mi mano y captó mi atención haciendo que lo mirara— No me refería al truco.

Lamí mis labios al sentir lo seco y deshidratados que estaban y tomé una respiración fuerte porque ya podía entender a que se refería. El colapso mental entre no saber que decir había vuelto y me quedé callada mientras me miraba. Los vellos de mi brazo se habían erizado en cuanto sentí su tacto y pude sentir el caliente subir por mis orejas cuando sus ojos negros atravesaron los míos esperando una respuesta.

—Hannah —repitió intentando hacerme reaccionar.

Pero estaba completamente fuera de base. De verdad no sabía que responderle. Y hasta tenía miedo de tenerlo tan cerca. Podía oír su respiración, y se sentía tan extraño como la última vez que lo hice. No podía dejar de pensar en todo lo que había pasado antes que no estaba concentrándome en lo que pasaba ahora. Estaba frente a mí, ya, en este momento. Y yo estaba paralizada sin saber qué hacer.

—Matt, yo... —mi voz sonaba horrible y rasposa.

—No te pido que me perdones Hannah, no quiero obligarte a nada. Sólo quiero saber qué quieres. No tienes idea de cuánto me duele.

—Yo... —nervios, 1, 2, 3 — tenemos que irnos —abrí la puerta del coche — repartirán el pastel.

—Hannah —llamó mientras intentaba pisar sin caerme.

Caroline y mamá estaban al frente e intenté llegar rebotando entre todas las personas. Caroline sonrió excesivamente pero sabía que no era por mí. Así que supuse que Matt me había seguido. En este momento sólo quería escaparme de él. Y de sus preguntas, que ni yo misma le sabía las respuestas.

—Caramelito —exclamó mamá sacando la copa de sus labios — ¿Dónde estabas?

—En el coche, sabes que no me gustan estas cosas —agité las manos haciendo referencia a la multitud.

—Pues, no es por ser mala contigo mi amor, pero es hora de la música — sonrió

—Ya hay música —hice obvio

— ¡Es hora de cantar! —gritó y eché la cabeza hacia atrás.

Debí haberme quedado en el coche.

La gente se había movido hacia adelante también y sentí ganas de vomitar. Mamá había mandado la música que ya estaba sonando a que parara y acarició mi cabello.

Por favor no, ya hasta lo había olvidado. Dios, todo fuera por complacerla. George estaba junto a ella y me sonrió en cuanto dijo eso. Intenté sonreírle pero volteó como buscando algo.

—Toma —me pasó una guitarra que había sacado de cerca de la mesa donde estaba la comida —un regalo.

—Wow —sonreí asintiendo en sorpresa. Nunca había tenido contacto con él, así que ¿cómo podría saber que yo? —gracias George. Aunque yo debería ser la que te lo esté un presente. No debías molestarte.

—Está bien, caramelo. Yo le dije que lo hiciera —ah, ahora tiene sentido.

—Gracias mamá —le sonreí rogando que se le olvidara su idea loca de hacerme cantar allí. Pero al ver su expresión y al sentir su mano sobre mi brazo moviéndome hacia adelante supe que no lo había logrado.

—Ahora, a hacer bulla —bromeó. Pero solo pude pensar ¿más? —cántanos algo lindura.

Respiré casi como un resoplo intentando no caerme al montarme en un pequeño piso que había cerca de la mesa y lamí mis labios. Resultaba gracioso al querer escapar de una situación embarazosa hacia otra pero era preferible que tener el corazón a mil por estar cerca de él. Mamá se colocó delante de todos simulando que era mi único público y me concentré en que así fuera. Caroline estaba al lado de Matt y al verlo mis manos comenzaron a

temblar y sacudí la cabeza mentalmente para no sentir nada e imaginar que esto solo era un regalo para que mamá se sintiera bien.

Sabía que le encantaba Zahara, una cantante española al igual que a mí, así que rasgué las cuerdas que se escuchaban perfectamente para cantar una y las personas que estaban lejos se acercaron para verme.

Imagina que es para mamá, imagina que lo es.

Cerré los ojos volviendo a respirar y comencé.

“Tu me llevas, tú me elevas.

Y no hay luz de este semáforo.

Tú me llevas, me desenredas, nosotros sobre el asfalto.

A través del conducto de ventilación me llegan los olores y a través de tus gafas de sol veo tus manos venir que están que arden.

Y correr, por las líneas de la mano. Correr, recordando los atajos, no habrá nadie que sepa dónde encontrarnos.

Tú me llevas, voy despierta, hay flores en los tejados.

Tú me llevas, sin darnos cuenta, vamos pasando los charcos. Rodea el aire nuestras caras, suenan las canciones en la radio. Miro en el retrovisor y perros en pandillas siguen nuestro rastro.

Y correr, por las líneas de la mano. Correr, recordando los atajos, no habrá nadie que sepa dónde encontrarnos.

Y correr, por las líneas de la mano. Correr, recordando los atajos, no habrá nadie que sepa dónde encontrarnos”

Sonreí al ver a mamá aplaudiendo y bajé rápido para que me abrazara y poder escapar de nuevo. Pero toda la familia había venido adelante y se preparaban para saludarme, pudiendo escuchar de aquí los besos y los elogios. No se sentía tan mal, pero quería escapar de todas formas.

George había encendido de nuevo la música y rodé los ojos al ver que había puesto una canción de la misma artista. La que canté cuando estaba sola en el cuarto. La única que no quería escuchar en este momento.

Si no quería ponerme triste, debía salir de aquí. Coloqué la guitarra de donde la había sacado George y salí corriendo hasta la salida. Vi hacia atrás para asegurarme de que Matt o Caroline no me hubiesen seguido y me sorprendí cuando me tomaron de las manos halándome.

—Recuerdo muy bien esta canción.

—Matt, sólo quiero irme. Suéltame por favor.

—No escapes de mí Hannah, no puedes escapar de mí toda la vida.

—Matt ¿qué es lo que buscas? —pegó su cuerpo contra el mío mientras los

demás de al lado bailaban al ritmo de la música también —Quieres que responda tus preguntas, pero tú no respondes las mías.

—Baila conmigo Hannah, sólo una vez —dijo acercando su cara a mi cabello.

Mi nariz pegó contra su pecho y entristecí al oler su perfume. Seguía oliendo a gloria. Cerré los ojos intentando imaginar que nada había pasado pero no podía sentirme nada más que triste. Había estado tan acostumbrada a actuar siempre como alguien fuerte que no sabía cómo reaccionar cuando algo de verdad me estaba doliendo. Había sido tanto tiempo la dura que no sabía que hacer cuando me derrumbaba.

Me quedé quieta, débil, sintiendo nada más como su cuerpo se movía junto al mío.

“Recuerdo que al llegar ni me miraste, fui solo una más de cientos. Sin embargo fueron tuyos, los primeros voleteos. ¿Cómo no pude darme cuenta que hay ascensores prohibidos? ¿Qué hay pecados compartidos? ¿Qué tú estabas tan cerca?” canté bajito sin que me escuchara y se me hizo un nudo en la garganta.

Odiaba tanto a Matt que lo amaba. Y estaba molesta por eso.

—Prometiste que no me dejarías nunca—solté de repente.

— Lo sé. ¿Dejaste de pensar en mí alguna vez? —preguntó, su voz tranquila.

—No.

—Entonces la cumplí —alzó mi cara.

No pude evitar que mis ojos se cristalizaran y si no hubiese sido porque su boca se acercó tanto a la mía hubiera empezado a llorar. Su mano acarició mi espalda y cuando me besó sentí como mi cuerpo se derretía. No había cambiado en nada. Los ángeles cantaban, la maldad del mundo desaparecía, mis piernas amenazaban con caer. El efecto de sus besos no había cambiado. Alcé mi mano indecisa de si hacerlo o no y al tocar su cabello una lágrima se escapó sin permiso.

— ¿Tienes idea de cuánto te odio? —pregunté colocando mi mano en su pecho.

—También tengo idea de cuánto me amas —sonrió haciendo que el universo se detuviera

-¿Entonces? ¿Es esto un adiós?

Matt sonrió de nuevo, pero su sonrisa esta vez no tenía el efecto cósmico de antes, había perdido fuerza, quizás la tristeza estuviera haciendo mella en su corazón como lo estaba haciendo en ese momento en el mío.

-Siempre te amaré... No quiero que en ningún momento tu corazón se atreva

a albergar una duda como esa. Siempre lo haré...

Dijo el con su voz queda, casi en un susurro, el tono de los que tienen roto el corazón. Al parecer esa despedida lo estaba matando tanto como a mí.

-¿Entonces por qué te marchas? ¿Por qué no te quedas y construimos un futuro? ¡Me complementas Matt! ¡Maldita sea! ¡Estas acabando con la poca vida que le quedaba a mi corazón!

Mi voz se había convertido en llanto de una forma tan desprevenida que no fui capaz de darme cuenta hasta que las lágrimas ya se desbordaban por mis ojos.

Matt se acercó de nuevo, me rodeó con sus brazos pero yo lo rechacé, odiaba el hecho de que viniera a intentar consolarme cuando el mismo era el único culpable de que me estuviera desmoronando en mil pedazos.

Lo odiaba, lo amaba, lo sentía...

Sentía como su corazón y el mío latían con tanta fuerza, al unísono. Como si incluso en eso estuviéramos conectados.

Pero de la misma manera en que sentí que estábamos conectados, algo me decía que esa sería la última vez que nos veríamos. No habría un final feliz para nosotros, ni siquiera la esperanza de vernos de nuevo, Matt, el hombre al cual había sacrificado voluntariamente mi corazón, se marcharía, como todos,

como siempre...

Pero Matt no dejó que mi vano esfuerzo lograra apartarlo, de nuevo me rodeo con sus brazos, y ahogo mis sollozos contra sus hombros, me apretó con fuerza, en el último abrazo. Casi podía imaginarlo, como si aquel agarre fuera su forma de disculparse, de intentar mantener unidos los pedazos de mi corazón antes de que cayeran al suelo.

-Voy a amarte aquí, ahora y para siempre... Aunque no estemos en el mismo espacio, aunque no puedas verme, o escucharme, o siquiera sentirme respirar cerca de ti. Voy a quedarme en tu pecho, en tu alma... Voy a quedarme en tu amor, así como tú te quedarás en el mío. ¿Sabes por qué?

Me separé de sus brazos y me sequé las lágrimas, quería verlo justo a los ojos para escuchar de su voz aquella respuesta que nos cambiaría para siempre.

-¿Por qué?

Espeté con más valentía de la que realmente sentía, si iba a recibir todo el fuego del adiós, quería hacerlo de pie, de frente, quería hacerlo con la frente en alto y mi mirada en la suya. Quería que me destruyera con la cruda verdad.

-Vamos a quedarnos así, porque estamos tan llenos el uno del otro, que nunca, nadie, en ningún momento será capaz de borrar esas huellas...

Dio un paso atrás, se acomodó la camisa. Sus ojos penetraban los míos como

rayos equis, me estudiaba, me analizaba, pero al mismo tiempo... Me amaba.

-... Nunca nadie podrá compararse a esto, nadie va a amarte de la misma forma que yo, nadie nunca me hará sentir de la misma forma en que lo hiciste tú. Es nuestra condena, y yo la acepto de buena gana. Maldición... Y es por amarte tanto que sé que no podemos juntos en este momento, no estamos listos... Y es una pena. Y me duele, y me mata...

Una lágrima solitaria empezó a brotar de su ojo derecho, me miró y no pudo continuar hablando. Tampoco hacía falta ninguna otra palabra. Matt había dicho todo lo que había que decir, y yo había entendido todo lo que tenía que haber entendido.

Se acercó a mí, esta vez no quise apartarlo, y creo que aunque lo hubiera querido, ni siquiera lo hubiera intentado, anhelaba aquel beso de despedida, anhelaba aquellos labios de fuego. Anhelando que me destruyera de una vez por todas, que me partiera el corazón definitivamente para terminar de una vez y por todas con esta maldita historia de amor.

Me besó.

Lo besé.

Nos besamos.

Y nacieron un millón de constelaciones, y el tiempo se detuvo, y descubrimos

el significado de la vida, y nos volvimos nuestro propio misterio, y rompimos paradigmas, y morimos, y nacimos de nuevo, y acusamos a la inmensidad de no poder contener un amor como el nuestro, y nos dolimos por extinguirnos, y nos volvimos bruma de niebla, y susurro...

Dejó de besarme.

Dejé de besarlo.

Dejamos de besarnos.

Y no hizo falta decir otra cosa. Simplemente se dio la vuelta y caminó hasta la puerta de salida, quise correr detrás de él. Pero sabía que no era lo correcto. Habíamos dejado todo claro, nuestro camino no estaba destinado a juntarse, no al menos mientras no fuéramos capaces de entender a que nos había llevado todo esto.

Le vi alejarse, a Matt... Al hombre que se había adueñado en cuerpo y alma de mí ser.

¿Y saben algo?

Me sentí feliz, feliz de verlo marchar, y de que me hubiese roto el corazón.

Feliz de que alguien como él hubiese decidido amar a una chica como yo, y aunque me doliera... También me daba esperanza.

La esperanza de que él me amó, y que solo podía significar que en el futuro,

alguien me volvería a amar.

Fui feliz, desde entonces...

Amar era combatir, y yo estaría esperándole por siempre para una nueva batalla...

Fin...

Epilogo

Varios meses después... En algún lugar del planeta.

Matt detuvo la moto a mitad de la autopista, miró en ambas direcciones y se alegró de que ningún coche estuviera transitándola a esa hora, era de madrugada, su reloj marcaba las dos de la mañana, aunque probablemente fuera más tarde.

Levantó la mirada y contemplo aquel maravilloso cielo estrellado, aquellas constelaciones solo podían recordarle a la mirada perfecta de aquella mujer a la que había amado tanto.

¿Todavía la amaba? Era una pregunta que le interesaba... ¿Habían sido sus últimas palabras un simple mecanismo de defensa para con ella? ¿O realmente había dejado en claro todo lo que sentía?

Si iba a buscarla, tal y como se había prometido, quería estar seguro de hacer lo correcto y no embarcarse en una odisea por un simple capricho del corazón. Era el momento en que lo descubriría.

De la pequeña mochila que llevaba guindada a la espalda sacó dos cosas... Una, el pequeño cuadernillo marrón que le había servido para desahogarse aquella madrugada cuando se sinceró sobre ella... La otra, una fotografía, la única que alguna vez se había molestado en conservar. Era de ella, así que automáticamente se convertía en su tesoro más preciado.

La miró por un instante que le pareció volverse eterno, sacó el lápiz y empezó a escribir de nuevo, probablemente el mejor y más perfecto poema que alguna vez se hubiera podido escribir para una persona amada.

Estuvo así por demasiado tiempo, cuando terminó el alba ya se apreciaba majestuosa en el cielo.

Matt leyó lo que había escrito y eso le hizo recordarla y sonreír:

Quién hubiera creído que se hallaba

Sola en el aire, oculta,

Tu mirada.

Quién hubiera creído esa terrible

Ocasión de nacer puesta al alcance

*De mi suerte y mis ojos,
Y que tú y yo iríamos, despojados
De todo bien, de todo mal, de todo,
A aherrrojarnos en el mismo silencio,
A inclinarnos sobre la misma fuente
Para vernos y vernos
Mutuamente espiados en el fondo,
Temblando desde el agua,
Descubriendo, pretendiendo alcanzar
Quién eras tú detrás de esa cortina,
Quién era yo detrás de mí.
Y todavía no hemos visto nada.
Espero que alguien venga, inexorable,
Siempre temo y espero,
Y acabe por nombrarnos en un signo,
Por situarnos en alguna estación
Por dejarnos allí, como dos gritos
De asombro.
Pero nunca será. Tú no eres ésa,
Yo no soy ése, ésos, los que fuimos
Antes de ser nosotros.
Eras sí pero ahora*

Suenas un poco a mí.

Era sí pero ahora

Vengo un poco a ti.

No demasiado, solamente un toque,

Acaso un leve rasgo familiar,

Pero que fuerce a todos a abarcarnos

A ti y a mí cuando nos piensen solos.

Hemos llegado al crepúsculo neutro

Donde el día y la noche se funden y se igualan.

Nadie podrá olvidar este descanso.

Pasa sobre mis párpados el cielo fácil

A dejarme los ojos vacíos de ciudad.

No pienses ahora en el tiempo de agujas,

En el tiempo de pobres desesperaciones.

Ahora sólo existe el anhelo desnudo,

El sol que se desprende de sus nubes de llanto,

Tu rostro que se interna noche adentro

Hasta sólo ser voz y rumor de sonrisa.

Puedes querer el alba

Cuando ames.

Puedes

Venir a reclamarte como eras.

He conservado intacto tu paisaje.

Lo dejaré en tus manos

Cuando éstas lleguen, como siempre,

Anunciándote.

Puedes

Venir a reclamarte como eras.

Aunque ya no seas tú.

Aunque mi voz te espere

Sola en su azar

Quemando

Y tu dueño sea eso y mucho más.

Puedes amar el alba

Cuando quieras.

Mi soledad ha aprendido a ostentarte.

Esta noche, otra noche

Tú estarás

Y volverá a gemir el tiempo giratorio

Y los labios dirán

Esta paz ahora esta paz ahora.

Ahora puedes venir a reclamarte,

Penetrar en tus sábanas de alegre angustia,

Reconocer tu tibio corazón sin excusas,

Los cuadros persuadidos,

Saberte aquí.

Habrá para vivir cualquier huida

Y el momento de la espuma y el sol

Que aquí permanecieron.

Habrá para aprender otra piedad

Y el momento del sueño y el amor

Que aquí permanecieron.

Esta noche, otra noche

Tú estarás,

Tibia estarás al alcance de mis ojos,

Lejos ya de la ausencia que no nos pertenece.

He conservado intacto tu paisaje

Pero no sé hasta dónde está intacto sin ti,

Sin que tú le prometas horizontes de niebla,

Sin que tú le reclames su ventana de arena.

Puedes querer el alba cuando ames.

Debes venir a reclamarte como eras.

Aunque ya no seas tú,

Aunque contigo traigas

Dolor y otros milagros.

Aunque seas otro rostro

De tu cielo hacia mí.

Matt cerró el cuadernillo y subió de nuevo a su motocicleta, acababa de recibir la respuesta que tanto había buscado.

La amaba, en verdad la amaba, con toda su alma...

La amaba, si... Y volvería a buscarla.